JAZMIN

LOS MAS BELLOS ROMANCES DEL MUNDO



HERENCIA DE AMOR

Emma Darcy

Herencia de amor

Él era un experto en el arte del amor.

El legado de una casa de su tía le dio a Lyn la oportunidad que necesitaba para escapar de una familia poco cariñosa. Ahora, en su propia casa, ella podría concentrarse en su arte.

Su vecino fue una agradable sorpresa. Peter Kelso, un hombre de mundo, introdujo a Lyn en el ambiente del arte de Sydney, abriéndole la posibilidad de vender sus creaciones y haciéndole conocer una libertad inesperada...

Pero cuando se enamoró de Peter, Lyn descubrió que esa libertad era lo último que ella quería.

Capítulo 1

Lyn se sentía más sola que nunca. Su padre, sentado a su lado, conducía el Daimler con concentración. Desde el asiento de atrás, le llegaba una especie de zumbido, el de las palabras que su madre decía para confrontar a Delvene, quien se empeñaba en que todo el mundo supiera lo perturbada que estaba. Nadie le dirigió la palabra a Lyn desde que salieron de la oficina del notario. La habían mirado como si se tratara de un insecto repulsivo, desde que se enteraron del legado que le otorgo la tía Henrietta, como su ultimo deseo.

-¡Debió estar loca!

Alicia Mansfield dirigió la exclamación hacia su marido, pero fue Lyn la que se sintió aludida. La implicación de aquellas palabras era clara. Cualquiera que favoreciera a Lyn e ignorara a su hermosa hermana, Delvene, debería estar desquiciado. Se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Era tan terrible que por primera vez alguien la hubiera preferido? Tantos años de experimentar el rechazo de sus padres no habían logrado endurecerla lo suficiente para no sentirse herida. El dolor del fallecimiento de su parienta, la abrumaba. Echaría de menos a su tía, la única persona de la familia Mansfield que la había tratado siempre con imparcialidad. Y en su testamento fue más que justa.

Lyn miró con inquietud a su padre para captar su reacción ante la sugerencia de que su hermana había perdido la razón. La expresión del hombre era sombría y de irritación. Sujeto con fuerza el volante del Daimler mientras el hipo de Delvene se hacia más intenso.

-No merece la pena insistir en eso, Alicia -dijo él con suavidad-. El testamento es válido y ningún juez apoyaría el argumento de que la directora de la escuela para niñas de mayor prestigio en Sydney, estaba mentalmente trastornada. Además de eso, no tengo la menor intención de ventilar problemas familiares en una corte. Debe haber otra solución. Estoy seguro de que este error tan lamentable puede ser resuelto entre nosotros mismos.

Lyn de inmediato dedujo que le quitarían la herencia. De alguna manera, de cualquier manera. El coche dejó de hacer ruido y los sollozos de Delvene desaparecieron. Misión cumplida, pensó Lyn con amargura. Las lágrimas de su hermana siempre lograban arrebatarle cualquier ventaja que ella hubiese obtenido. Casi podía sentir la hostilidad de su hermana, lo mismo que la antipatía de sus padres. Un profundo dolor se apodero de su alma.

No importara lo que hiciera; por mas que trataba de ser la clase

de hija que sus progenitores querían, la preferida era Delvene. Lyn sintió cerrarse una puerta invisible que le impedía el acceso a la aprobación paterna, la que siempre había monopolizado Delvene. Le parecía increíble que la tía Henrietta la hubiese favorecido a ella, al patito feo de la familia Mansfield.

Y eso no le haría ningún bien, pensó desalentada. Su nacimiento había sido un error y estaba destinada al fracaso. No había algo que ella pudiera hacer para impedirlo. La tía Herietta sólo le ocasionó problemas con su decisión de heredarle el hermoso apartamento de Kirribilli.

La propiedad era costosa, aunque para una familia rica como la de los Mansfield, no significaba mucho, excepto por el hecho de que había pasado a manos de Lyn. Todos fueron incluidos en el testamento de la tía, pero fue Lyn quien recibió la joya mayor de Henrietta, y eso no lo aceptaba Delvene. Nadie se habría molestado si ésta hubiese sido la heredera, todos la hubieran considerado una decisión acertada.

Lyn no encajaba en su familia. No podía hacer algo bien, o que al menos pareciera acertado. Ni siquiera merecía la pena intentarlo; debería darse por vencida y marcharse de casa pues jamás superaría o igualaría a su hermana. Marcharse de casa y hacer lo que deseara, cambiar de vida y dejar de ser el error de su familia. Si consiguiera un empleo mediante el cual pudiera sufragar sus gastos, dedicaría su tiempo libre al diseño, y cundo recibiera el dinero de la herencia, crearía su negocio donde vendería lo que ella hiciera.

Lyn se sintió aturdida durante el resto del viaje. Estaba tan ocupada con esos planes, que en su cerebro no había lugar para preocuparse por lo que pensaran su padre, su madre o Delvene. Tan pronto como el Daimler se detuvo, Lyn bajo del coche y subió a su habitación, llena de esperanzas.

Una llamada telefónica del notario le confirmo que podía tomar posesión del apartamento de la tía en cuanto quisiera. Lo único que tenia que hacer era recoger la llave en el despacho del notario. Existía un problema: el de conseguir un empleo, lo cual, pensándolo bien, tampoco seria un obstáculo. Su diploma de la escuela de arte era un punto a su favor.

Lyn se sintió muy agradecida. Nunca habría podido terminar esos cursos de no haber sido por la intervención de la tía. Sus padres afirmaban que las estudiantes de arte eran desarrapadas, de ideas raras y socialmente mal vistas, por lo que su hija nunca seria una de ellas. El deseo de Lyn no pudo cumplirse hasta que la tía Henrietta mantuvo una batalla sin tregua con su hermano. No fue una victoria fácil y Lyn siempre sintió la amenaza de que pudieran sacarla de la escuela, pero la tía siempre la apoyó y lo único que le

pidió fue que la gratificara con altas calificaciones. Ahora le ofrecía una ayuda invaluable: la casa. Ese pensamiento conmovió a Lyn y reforzó su resolución.

Aunque el diploma de la escuela de arte no le proporcionaría un empleo, era una chica bien educada que sabía cómo actuar y arreglarse en varias circunstancias. Estaba preparada para aceptar cualquier tipo de empleo. El fin justificaba los medios, se repetía y era precisamente el fin lo más importante, por ahora. En esta ocasión no claudicaría.

La creatividad que había sido reprimida por su familia, floreció de nuevo. Lyn abrió un cajón y saco cuatro bolsas grandes de plástico, "el pequeño pasatiempo de Lynette", y formarían parte de las existencias de su tienda. Estaba a punto de abrir la bolsa que contenía su obra favorita cuando Delvene entro sin anunciarse, una sonrisa de satisfacción le curvaba los labios.

-Nettie, ¿te sientes complacida contigo misma?

El destello de los ojos verdes le advirtió a Lyn que no debería responder. En silencio, regresó las bolsas de plástico a su lugar y cerro el cajón con llave. Como su progenitora siempre menospreciaba los trabajos artísticos de Lyn, los guardaba con celo. Ahora no permitiría que Delvene pusiera sus manos encima de sus diseños, en especial el vestido que había creado para sí misma. Ya en una ocasión había sucedido con una prenda. Se la pidió "prestada" y sus padres permitieron que se quedara con ella. Pero no volvería a suceder, se prometió Lyn. Delvene jamás le quitaría algo otra vez.

-No es que me interese, pero, ¿cómo hiciste para convencer a la tía de que te legara la tajada del león? Siempre pensé que eras demasiado orgullosa para suplicar, Nettie.

Lyn miro a su hermana con cautela. Delvene se había acostado sobre la cama con una postura estudiada para hacer resaltar su figura curvilínea.

-Ignoro por qué lo hizo -le respondió, concisa.

-¡Vieja bruja! Debió estar loca -Delvene jamás se molestaba en adoptar un aire de virtuosismo y dulzura cuando su única oyente era Lyn-. Me alegra que haya muerto - añadió, sin compasión-. Siempre te prefirió. Sin embargo, no te servirá de mucho, porque mi papi esta de mi lado.

Lyn apretó los dientes. Aunque deseaba abofetear a su hermana, sabia que eso repercutiría en contra de si misma. En vez de eso, dijo con desprecio:

-¿Loca solo porque era la única persona que no acudía a ti, presurosa, cada vez que chasqueabas los dedos, Delvene? ¿Así es como juzgas a las personas?

Delvene sonrió como lo haría un felino a punto de atacar.

-Vaya, Nettie, ¡sacas las uñas! Te aconsejo que no te atrevas a hacerlo delante de papá. Después de todo, la tía esta muerta, no puede salir de la tumba para defenderte y el testamento es sólo un pedazo de papel, ¿no? -sus ojos brillaron con maldad saboreando el triunfo-. Ah, a propósito, papá quiere verte en la biblioteca para hablar contigo. Me pidió que te avisara que bajes inmediatamente.

Lyn sintió que el corazón se le caía, Una conversación con su padre en la biblioteca solo podía significar una cosa: que estaba a punto de enfrentarse, una vez más, con su desaprobación. Sintiéndose enferma, le dedico a su hermana una mirada opaca mientras esta salía de la habitación. Entonces, decidida a terminar con todo aquello cuanto antes, siguió a Delvene y bajo por la escalera, dispuesta a enfrentarse con su padre, por ultima ocasión.

Odiaba la biblioteca; había sido el escenario de muchas humillaciones y derrotas. Trato de tranquilizar su errático pulso y se dijo que debía actuar y hablar con dignidad, sin importar lo que su padre dijera. Cuando entró, encontró al señor a un lado del escritorio, de pie, con los brazos cruzados y con su habitual ceño fruncido.

-No me gusta que me hagan esperar -le espeto, irritado.

La experiencia le había enseñado a Lyn que no merecía la pena explicar que había sido culpa de Delvene. De inmediato, la chica tomó asiento en una de las sillas tapizadas de piel que siempre la habían hecho sentir en desventaja. Esta vez había tomado una decisión y estaba dispuesta a defenderla a cualquier precio. Elevo su pequeña barbilla con gesto desafiante y sostuvo la mirada de su progenitor.

Era un hombre atractivo a sus cuarenta y nueve años y tan ciego como siempre en lo referente a Delvene. El se aclaró la garganta.

-Lynette... he estado pensando en este asunto ten desafortunado. Te das cuenta, por supuesto, de que el testamento es injusto para tu hermana. No puedo imaginar que estaba pensando Henrietta. Por eso he decidido que el apartamento y lo que contiene, debe ponerse en venta. Lo que se obtenga de ello, será dividido entre tú y tu hermana, como debió ser desde el principio.

Lyn palideció. Su sueño de llevar una vida propia, se evaporaba antes sus ojos.

-No puedes hacer eso -murmuró, indecisa.

-Por supuesto que puedo hacerlo. Todo lo que necesito es que firmes dando tu consentimiento. Espero que hagas lo correcto, Lynette.

El hombre frunció mas el ceño, dándole a su expresión un aire amenazante. Pero Lyn se mantuvo firme.

-No, papá, no lo haré, La tía quiso que fuera yo la dueña del apartamento y...

Él exclamó furioso:

-¡Lynette! Fue algo bochornoso que, a nuestras espaldas, hayas ido con tu tía y la hayas influido...

¡Palabras de Delvene! El siempre creía en cualquier cosa que le dijera la primogénita. Nunca le dio a Lyn el beneficio de la duda. La chica se puso de pie, el dolor acumulado durante tantos años la hacia temblar.

-¿Es eso realmente lo que crees de mí, papá?¿Qué traté de influir en la tía?

-¿Qué otra cosa puedo pensar? Es incomprensible que Henrietta hiciera a un lado a Delvene.

Lyn trató de suavizar el nudo que se le formó en la garganta, esforzándose por hablar con mayor control para que su padre escuchara su punto de vista.

-¡No le daré el apartamento a Delvene! Viviré en él, conseguiré un empleo y me independizaré. Después abriré una tienda para...

-¡Una tienda! -sonrió con desdén.

-Si, eso es lo que quiero. Tú nunca has escuchado lo que yo deseo. Necesito...

-¡No permitiré que una hija mía sea una vulgar tendera! -le grito.

El no escucharía; nunca iba a hacerlo. Su voz adquirió tonalidades de decepción.

-¡Entonces desherédame! Ya no me importa. De hecho, por lo poco que te has preocupado por mí, hace muchos años que me desheredaste.

El hombre se sonrojó.

-No puedo creer que seas capaz de decir eso, Lynette. Has tenido el mismo amor, la misma atención y los mismos privilegios que tu hermana.

-¿De verdad, papá? ¿Exactamente lo mismo? -pregunto con una sonrisa amarga

Su rostro se puso aún más rojo.

-Lynette, encuentro tus celos hacia Delvene muy impropios -su voz alcanzó tonos muy agudos-. ¡Dame un ejemplo! ¿Solo un ejemplo de ese supuesto favoritismo!.

Aquella ceguera la pareció a Lyn demasiado dolorosa para seguir luchando contra ella. Casi se dejó vencer, pero era la ultima oportunidad que tendría para abrirle los ojos y para conservar el cariño hacia su padre.

-Podría darte miles de ejemplos, pero como solo me pides uno, uno te daré -con unos cuantos pasos rápidos, llego hasta el

escritorio y levanto un marco de oro que contenía una foto y que estaba localizado en el sitio de honor-. Tú y Delvene en la noche de la graduación de ella... el padre orgulloso y la hija hermosa. ¿En dónde está mi foto contigo, la de la noche de mi graduación, padre?

Los ojos de Lyn se cuajaron de lagrimas mientras miraba la foto. El dolor era demasiado intenso para soportarlo.

-Llevaste a Delvene a la ciudad y le compraste el vestido mas bello que encontraste, y estabas tan orgulloso de ella que contrataste a un fotógrafo para que viniera a casa y tomara esta foto. Tú y tu hija -las lágrimas se deslizaron por sus mejillas al levantar el rostro para ver a su padre-. Por supuesto, no hiciste lo mismo conmigo.

El se aclaró la garganta y su respuesta fue áspera, defensiva:

-Tú no me lo pediste. Todo lo que tenías que hacer...

-Delvene tampoco lo pidió -le reprocho ella con tristeza-. Yo esperé a que tú me lo ofrecieras. Yo espere a que tú me dieras un poco del amor que siempre le diste a Delvene. He aguardado demasiado tiempo, ya no me importa que me veas o no, pero mi hermana tiene mas de lo que corresponde. Me quedare con la casa de la tia y me ire en la mañana. Nada de lo que me digas ahora, lograra que cambie de opinión -dejo la foto en su lugar y camino hacia la puerta.

-¡Lynette! ¡Regresa aquí!

La chica ignoró la orden y corrió hacia su habitación. Se sentía demasiado agobiada para escuchar a su padre defenderse, lo que sin duda iba a hacer. Nada cambiaria y no quedaba mas por decir. Su vida en aquella casa había terminado. De hecho, permaneció demasiado tiempo en ella intentando un imposible.

Empezó a hacer el equipaje guardando todas sus cosas en maletas y cajas hasta que no hubo algo suyo en el dormitorio. Nadie intento hablar con ella. Lyn sabia que las discusiones iban a suscitarse, aquello era tan solo un respiro. Delvene no aceptaría quedarse con las manos vacías y su padre trataría de complacer a su adorada hija. En lo que se refería a su madre, ella no entendería ni aprobaría la decisión de Lyn de marcharse de casa, de la misma manera que nunca comprendió ni apoyo la actitud de su hija menos hacia nada.

Lyn bajo por la escalera, dispuesta a cenar. El orgullo le prohibía esconderse de la batalla que se desataría por sus deseos de independencia y estaba preparada a resistir cualquier tipo de presión.

Una de ellas fue resuelta de inmediato. Delvene estaba radiante y de buen humor. La injusticia del testamento de la tía Henrietta había sido mas que desagraviada. Papito depositaria una cantidad

igual que la de la herencia de Lyn, en la cuenta bancaria de Delvene al día siguiente, tal y como ella deseaba.

-Es una cuestión de justicia -declaro Gerald Mansfield.

Los ojos de Delvene brillaban de felicidad. En cuanto a la señora, la cual era idéntica a su primogénita, estaba sentada en actitud de reproche hacia su hija menor. Lyn continuaba firme en su decisión. Miro a su padre a los ojos y dijo con ironía:

-Yo no sé lo que es justo y lo que no lo es, papá. Lo único que sé es que en esta familia no hay lugar para mí.

Los labios de su padre se apretaron antes de espetar:

-Estoy muy decepcionado de ti, Lynette. Pensé que habías olvidado tu rabieta y de nuevo serias razonable. Como no puedo forzarte a compartir algo que es legalmente tuyo, espero que tengas el suficiente sentido común para darte cuenta de que la venta del apartamento de la tía Henrietta puede darte una fortuna. Es absurdo que hables de marcharte de esta casa.

-De todos modos me iré. He hablado con el notario y asegura que puedo tomar posesión de la casa mañana mismo. Me marchare temprano -comunicó Lyn con tono decidido.

-¡No puedes hacerlo! -exclamo su madre-. ¿Qué pensaría la gente? Gerald, no se puede marchar.

-Si te vas, Lynette, no esperes que yo cubra tus gastos -le advirtió el padre con suavidad.

La joven le sostuvo la mirada sin parpadear.

-¿Nunca supiste que no es dinero lo que yo buscaba de ti? -le pregunto con tristeza.

El frunció el ceño, sin embargo, no era el mismo gesto habitual de desaprobación. Por primera vez, pareció que sus ojos se abrían al dolor que ella había sufrido a causa de su actitud.. Arrugo el entrecejo aun más, abrió la boca como si fuera a decir algo, pero volvió a cerrarla moviendo la cabeza. Su actitud reflejaba confusión.

Su esposa no sufría tal desconcierto. Rompió el breve silencio con una orden tajante con la cual corto el leve lazo de comunicación que se estableció entre Lyn y su padre.

-¡No lo permitiré, Lynette! ¡No permitiré que te vayas y hagas cosas que arruinaran tu posición social! Eres desagradecida y... y excéntrica, por decirlo con suavidad.

-¡Oh, mamá! -intervino Delvene-. Nettie tiene veintiún años, Déjala que viva sola durante un tiempo.

La mirada de Lyn brillaba con picardía. Por supuesto que Delvene la apoyaba en su decisión. Le convenía ser la única hija en la casa. Y, en lo que se refería a su madre, Lyn no ignoraba que su única preocupación era lo que “los demás pudieran pensar”. Esa

había sido siempre su principal y única preocupación, la única regla con la que media todo.

-Viviría en la casa continua a la de ese hombre -protesto su madre con disgusto marcado-. No es un lugar adecuado para una señorita respetable. Estaba bien para Henrietta, nadie podía criticar a una anciana solterona, pero el buen nombre de Lyn estará en peligro.

Delvene rió con un delicado toque de escarnio.

-Deja de preocuparte, mamita. Peter Kelso ni siquiera notara que Nettie vive allí.

-No se trata de eso, Delvene -insistió la señora-. La proximidad puede dar origen a murmuraciones desagradables.

-¡Oh, mamita! Nettie no puede ser motivo de ese tipo de habladurías. Sólo piensa en la clase de mujeres con las que ha estado ligado él. Han sido personalidades muy conocidas y verdaderas bellezas.

"Es cierto, diste en el clavo, Delvene. El patito feo de la familia Mansfield no era el tipo de mujer que captaría el interés de un donjuán tan famoso".

-El apellido Mansfield es muy conocido -aclaro Alicia con soberbia-. Y ese hombre no tiene respeto a los apellidos. Es probable que le resulte divertido arrastrarnos por el lodo. ¡Mira lo que le hizo a los Thurson! -su voz adquirió un tono fúnebre-. No volverán a levantar la cabeza en sociedad.

-Un corredor de bolsa no debe desfalcar, mamita -dijo Delvene con dulzura.

-Nunca estuve convencida de que Howard Thurson invirtiera a nombre de sus clientes. Si no hubiera sido por eso... ese jugador...

-Alicia frunció el ceño al notar el silencio de su marido-. Y sigo creyendo que fuiste desleal al suscribirte a su revista financiera, Gerald. Los Thurson eran de los nuestros.

-Los consejos siempre son sanos, por eso lo hice -le respondió-. Y un hombre que ha acumulado millones con...

-¡Con el juego! -lo interrumpió su esposa.

-Todos jugamos, Alicia, cada vez que hacemos una nueva inversión -le contesto con poco interés.

"Y eso es lo que yo estoy haciendo", pensó Lyn con satisfacción. "Estoy realizando una nueva inversión en mi vida".

Sin embargo su madre no se sentía satisfecha.

_¡Gerald! No es posible que apruebes que Lynette se mude tan cerca de él. Su reputación es sórdida. No puedes ser indiferente ante esa situación. Peter Kelso es sólo... un bribón. Y no permitiré que una de nuestras hijas este conectada con él. ¡Es inaudito!

La mirada de su padre retornó a Lyn. Había un brillo de

comprensión en sus ojos.

-Lynette, tu madre tiene razón -dijo, dudoso.

Por un momento, también Lyn dudó, ansiosa por recibir la comprensión que siempre había anhelado. Quizá en ese momento los ojos y el corazón de su padre estaban mas abiertos hacia ella. Por desgracia, Delvene estaba allí y su presencia lo inhibía. Lyn la miro. La sonrisa irónica de su hermana le advirtió que cualquier apertura de inmediato seria cerrada. De cualquier manera, ya era demasiado tarde. Demasiado tarde.

-Deberías tener fe en la educación de los Mansfield, padre. He vivido veintiún años con esa educación y nunca intime con algún vecino, ¿o sí?

Y en honor a la verdad, no tenia la intención de relacionarse con ese hombre, aunque no podía negar que tenia curiosidad. A pesar de que había frecuentado mucho a su tía, jamás se topó con él, pero sabia que, tarde o temprano se conocerían. Era inevitable, compartirían el mismo piso del edificio donde se localizaba el apartamento de la tía.

Alicia Mansfield no confiaba mucho en los principios de Lynette, y por primera vez ignoro los consejos dulces de Delvene.

A la mañana siguiente, su desaprobación fue mayor mientras Lyn guardaba sus pertenencias en el coche. Era difícil ignorarla, pero Lyn estaba decidida a controlar su temperamento. Ya había dicho todo lo pertinente.

Delvene optó por alejarse de la escena. Lyn logró sonreír mientras besaba a su madre en la mejilla.

-Adiós, mamá.

Se volvió hacia su padre quien la había ayudado con su pesado equipaje. El no dijo una sola palabra contra la perorata de su esposa, pero tampoco se unió a su desaprobación ni a su protesta. Lyn se encontró con su mirada, que reflejaba inquietud.

-Adiós, padre. Gracias por todo lo que has hecho por mi.

El le tomo una mano y ella estuvo a punto de darle un fuerte abrazo.

-Puedes acudir a mí si necesitas algo, Lynette -su voz sonó áspera.

¿Podría? No, decidió con tristeza Lyn. Ya había pasado ese tiempo en el que siempre se negó a escucharla y a demostrarle su amor. El resentimiento ante tantas oportunidades perdidas suavizó su voz.

-Recordare eso, papá.

La mirada de Lyn se dirigió hacia la mansión Mansfield una vez mas y después subió al coche. Era una casa enorme, impresionante, magnifica, pero nunca fue su hogar.

Cerro la puerta del auto y tomo con lentitud el camino sin volver la vista. Tras ella quedaba su pasado. No se arrepentía de su decisión. El futuro la llamaba… una hoja en blanco sobre la cual podría escribir su propio destino.

Capítulo 2

Lyn cerro la puerta y se apoyo contra ella. Con la vista recorrió el apartamento empapándose de todo lo que había dentro. La sensación de libertad era intoxicante, y aún más lo era la intimidad. Era un lugar amplio, encantador, lujoso, donde podría ser ella misma.

Se alejo de la puerta y se desahogo dando algunas piruetas antes de dirigirse hacia las otras habitaciones corriendo cortinas y abriendo ventanas. El sol entro y su estado de animo se elevo a alturas insospechadas. Incapaz de resistir el impulso de salir al bacón que Corría a lo ancho de la sala, fue allí y se apoyo sobre la barandilla para disfrutar del placer que todo aquello le provocaba.

La vista era magnifica. A su derecha se admiraba el Sydney Harbour Bridge, al otro lado, Opera House y las velas de las embarcaciones brillando bajo los rayos del sol, más abajo, el puerto al cual llegaban barcos de diversos países. También todo aquello era suyo siempre que sintiera deseos de admirarlo.

Su hogar. Se regocijo mientras volvía a entrar. Al observar con ojo critico la decoración de la tía Henrietta, rectifico su pensamiento. Aún no era su hogar. Cuando tuviera el dinero suficiente, lo arreglaría a su gusto, iba a cambiar los colores neutrales y los muebles clásicos por algo más vibrante y vivo. Como sus encantadores cubrecamas.

Lyn suspiro al pensar que ya no tendría que esconderlos de los demás. Convertiría los dos dormitorios vacíos, en lugares de trabajo donde todo estuviera a la mano. Y esa noche... esa noche ella dormiría debajo de una de sus creaciones favoritas. Con eso daría color a la alcoba principal.

Ansiosa de colocarla, tomó las dos maletas y las llevo hasta la habitación que ocuparía. Su mente estaba atareadísima planeando donde pondría todo, mientras se quitaba la ropa con la que había ido al despacho del notario. Después, vestida con pantaloncillos cortos de color limón y una blusa veraniega, bajo al garaje y saco del coche algunas de sus pertenencias las cuales llevo al apartamento.

Cargaba dos pesadas maletas cuando subió al ascensor y oprimió el botón que correspondía al piso de su apartamento. Todo los demás pisos tenían cuatro apartamentos, pero el de arriba, donde se encontraba el suyo, sólo tenia dos, el de ella y el de ese hombre.

Lyn sonrió al recordar la negativa de su madre incluso a pronunciar su nombre. Independientemente de si su reputación era justa o no,

Lyn decidió que no podría ser un vecino problemático ya que la tía Henrietta llevo una buena relación con él durante diez años. El ascensor se detuvo y se abrieron las puertas. Lyn se inclinaba a tomar las asas de sus maletas cuando vio que algo obstruía la salida. Dos manos recorrían con suavidad un trasero femenino. Lyn empezó a dirigir la vista hacia arriba. Definitivamente no había el menor indicio de inhibición en aquel hombre cuyo rostro y silueta estaban entre sombras, lo cual no impidió que Lyn lo identificara.
Lyn no supo que hacer. La vergüenza se mezclaba con la ira que le provocaba la situación. Aquellas manos estaban ocupadas ¡a la vista del publico! Una cosa era oír hablar sobre un hombre como aquel y otra verlo en acción... ¡sobre todo en una acción tan intima como ésa! Solo la posibilidad de que probablemente él creyera que no había testigos, mitigo la ofensa.
Lyn decidió que la dignidad era la única manera de afrontar el conflicto. Esforzándose por fingir desinterés, volvió a dejar las maletas, cruzo los brazos y esperó.
-Ahora, prométeme que estarás allí -suplico, en un susurro, la rubia.
-Jessie... -él se negó a hacer promesas.
Rechazaba tanto las promesas como las plagas, supuso Lyn.
-Bueno, inténtalo.
Lyn imagino su puchero y un gesto de disgusto curvo sus labios mientras se preparaba para moverse. Levanto la mirada con impaciencia y encontró unos ojos oscuros que la observaban con diversión. Pese a su asombro Lyn le devolvió la mirada. Había supuesto que el era apuesto, pero no se atrevería a afirmar que aquel rostro era hermoso, ¿Cómo lograba llevar a infinidad de mujeres bellas a su cama?
-Jessie, la señorita Mansfield ha estado esperando muy amablemente y tú te has demorado. Con respecto a lo de esta noche, ya veré como me siento. Ahora, es tiempo de que te vayas -con un gesto a la vez juguetón y autoritario, separó a la rubia de sí. Después, tomo las maletas de Lyn y las sacó.
Jessie le dedico a él un gesto de reprobación mientras se esforzó por sonreír a Lyn.
-Gracias. Eres un dulce.
-De nada -murmuro Lyn incapaz de reprimir el tono de burla.
Con rapidez se aparto para permitir que la rubia entrara en el ascensor.
Jessie tal vez no tuviera una conversación interesante, pero saltaba a la vista que su anatomía suplía aquella carencia. Lyn sintió envidia. Comparada con la rubia, su figura era un tanto infantil y registraba un cero en la escala de sensualidad.
Las puertas del aparato se cerraron y Lyn miró a su alrededor

esperando ver reflejada alguna emoción en la cara del hombre, el cual estaba apoyado en el marco de la puerta del apartamento de la chica. Su única vestimenta era una bata y la observaba con interés.
-No hay mucho que mirar en mí y usted no es un dulce -habló con suavidad antes de brindarle una amplia sonrisa-. ¿Cómo está usted, señorita Mansfield?
Le había leído el pensamiento y con ello la desarmo. Después de un momento de desconcierto, ella noto que le devolvió a aquel hombre la sonrisa.
-Me las arreglo, a mi manera, pero me resulta obvio que no compagino con usted, señor Kelso -le respondió en tono burlón.
Él rió. Su físico era impresionante, como revelaba la pequeña bata que lo cubría. Su tórax estaba salpicado de vello oscuro. Los brazos y piernas tenían la musculatura de un boxeador e incluso su rostro parecía el de un hombre que había pasado varios años en el boxeo.
Su piel estaba profundamente bronceada, el cabello oscuro le caía sobre la frente con descuido dándole un aire de informalidad. Lyn pensó que si tuviera bigote, se parecería a Clark Gable cuando filmo la celebre película "Lo que el viento se llevó".
Ella se dio cuenta de que al tiempo que lo evaluaba, él hacia lo mismo. Nerviosa, busco las llaves de la puerta.
-Para se una chica sensata, tiene unas piernas adorables.
El halago inesperado incrementó el nerviosismo de Lyn. No estaba acostumbrada a oír piropos. Nadie se había fijado en su cuerpo mientras Delvene estuviera cerca y Lyn no quería que un hombre como Peter Kelso lo hiciera. De seguro él alababa de aquella manera a todas las mujeres, reflexiono ella, sorprendida de haberse sentido momentáneamente feliz. Encontró las llaves y lo miro con escepticismo.
-Lastima de rostro.
-¿El suyo o el mío?
-Nací con el que tengo. ¿Qué le sucedió al suyo? -le pregunto ella con una sonrisa.
Él encogió los hombros y le dejo espacio para que pudiera abrir la puerta.
-Supongo que puedo decir que la vida hizo estragos. L nariz se me desfiguro en un accidente de esquí acuático. Tuve un enfrentamiento con un árbol durante un descenso en paracaídas y la edad suele dejar cicatrices año con año. Sin embargo me siento muy bien con lo que tengo - la miro con ojo critico-. ¿Cuál es su queja?
Mientras hablaba, él la había observado y Lyn era consiente de su físico. Un buen estilista le había cortado el cabello a la altura de los hombros. El estilo acentuaba sus rasgos y Lyn había decidido que ya que tendría que vivir con ellos siempre, debería sacarle partido a su

dudoso atractivo.
Su rostro distaba mucho de ser perfecto. Tenia la frente amplia y los pómulos salientes; los ojos de color café eran muy grandes y aunque estaban rodeados con gruesas pestañas, éstas sólo servían para acentuar el tamaño de sus ojos. Su nariz era aceptable y su boca tenia la forma correcta, aunque mucho habría ayudado que sus labios hubiesen sido mas anchos. Por ultimo estaban sus orejas, ligeramente puntiagudas y casi sin lóbulos, lo cual había contribuido para que se ganara el sobrenombre de Pixie mientras estuvo en la escuela. Pero por lo menos estaban muy pegadas al cráneo, lo cual la consolaba. No era una belleza clásica y nunca lo seria. En cambio, Delvene era muy hermosa.
Abrió la puerta y se volvió con una sonrisa de despedida.
-Debo acomodar todo esto. Mi cara no es mi mayor tesoro, ¿verdad?
-Me gusta. Tiene originalidad -declaro con firmeza.
-Eso sí.
-La encuentro interesante.
Lyn recordó la fama de aquel hombre y deseo no haber revelado tanto de si al hacer los últimos comentarios. Peter Kelso debió captar sus implicaciones.
-Es usted muy amable, señor Kelso -dijo ella con sequedad mientras tomaba sus maletas.
Él la detuvo, su bata revelo mas de su físico en el momento en que se inclino para cargar el equipaje.
-Aún no he empezado a ser amable contigo, Lynette.
-Lyn -lo corrigió automáticamente.
-Peter -él sonrió y su sonrisa fue cálida, sincera, sin el menor signo de lujuria.
-No necesito ayuda -dijo ella con rapidez tratando una vez mas de ignorarlo.
-Tonterías... pesan mucho. Además, me gusta representar el papel de samaritano con chicas sensatas.
Como Lyn estaba empeñado en detenerlo, él se apresuro a entrar en la sala, la cruzo y se dirigió a la alcoba principal. Regreso como si estuviera en su casa.
-¿Tienes algún sexto sentido que te permita saber cual es el dormitorio de una mujer?
Él rió sin inmutarse por su observación.
-No dependo tanto del sexo femenino, pero me provee de un espléndido ejercicio. Algunas personas juegan tenis para mantenerse en forma, otras practican golf o frecuentan los gimnasios. Yo prefiero el sexo, es más placentero y a menudo, más agotador. Se lo recomiendo a todos. ¿Seguimos con lo demás?
Como Lyn seguía luchando contra la sorpresa que le provocaba su

actitud, él añadió, afable:
-Suerte que te haya conocido rápido. Imagino que traerás mas cosas.
Lyn aceptó con un movimiento de la cabeza.
-¿Intentas ayudarme vestido así?
Él miro su bata.
-¿Qué tiene de malo? Es muy cómodo -levanto una ceja al mirarla-. De hecho, estoy mas cubierto que tú. No es que me queje, a todas las mujeres les gusta mostrar lo que tienen. De lo cual me siento enormemente agradecido... me da el placer de observar las curvas femeninas. Y las tuyas las encuentro particularmente atractivas.
Sin más comentarios se dirigió hacia el ascensor. Lyn no sabia que hacer, si sentirse molesta o divertida, nunca había conocido a una persona tan desinhibida con la cual ninguna señorita sensata y decente debería tener trato. La frase la hizo reaccionar.
-¿Por qué me llamaste chica sensata? -le pregunto con curiosidad-. Ni siquiera me conoces.
Él sonrió y su mirada fue diabólica.
-Así te describía tu tía. Pero la "vieja Henry" no era una persona a la que pudiera hacérsele hablar con facilidad.
¡La "vieja Henry"!, ése era el mote que le habían dado las alumnas de la escuela a la tía Henrietta, la estricta directora del Colegio Presbiteriano para Señoritas, cuya moralidad era innegable. Pero para ese hombre...
-Supongo que jamás te atreviste a llamarla "vieja Henry" en su cara -le pregunto, incrédula.
-Le encantaba.
-No te creo.
Él rió, divertido.
-Ella protestaba al principio, pero después que a sus espaldas la llamaban la "vieja Henry" desde hacia treinta años, creo que al final disfrutaba de que alguien se lo dijera de frente. Era un nombre afectivo, ¿sabes? Fuimos muy buenos amigos. Incluso, lo ultimo que me dijo antes de morir, fue: "Cuida a Lynette", y le di mi solemne promesa de hacerlo. Ella siempre se preocupo mucho por ti, tú lo sabes.
-¿Preocupada?
-Decía que tu familia te estaba opacando. Esa fue la razón por la cual cambio su testamento en tu favor.
Las puertas del ascensor se abrieron y él, con un gesto divertido, la invito a entrar. Lyn ya no pensaba negarse. Por increíble que pareciera, Peter Kelso había disfrutado de la confianza de la tía Henrietta y Lyn sentía demasiada curiosidad para alejarlo. Subió al aparato sin pronunciar palabra.

El pulso el botón y se apoyo contra una de las paredes mientras observaba a la chica. Con toda deliberación, ella se movió hacia el extremo opuesto y lo miro de la misma forma. Él sonrió ante aquella maniobra como si le complaciera y Lyn se irrito al notar que había hecho lo que él quería.
-Debiste conocer muy bien a la tía Henrietta -declaro, más cortante de lo que hubiera deseado.
-Fuimos amigos. En el mejor y más intimo sentido de la palabra.
Lyn no podía aceptar aquello. Sin duda su tía desaprobaba la conducta de Peter Kelso. Seria absurdo que una mujer con sus principios morales fuera amiga de un mujeriego como él. Y de haberlo visto vestido tan sólo con aquella bata, la mirada de la tía lo habría partido en dos.
-No lo creo. Eran polos opuestos... sin nada en común -una sonrisa burlona curvo los labios de Lyn-. Si mi madre me viera ahora contigo, se escandalizaría. Y el que mi tía, que era aún más estricta que mamá, te haya pedido que me cuidaras... -ella movió la cabeza mostrando una vez más su incredulidad.
El ascensor se detuvo y Lyn dio un paso adelante esperando que se abriera las puertas. Pronto lo hicieron pero antes que pudiera moverse, sintió caer sobre un hombro una pesada mano que oprimió su piel. Miro a Peter Kelso con expresión de rechazo. La mirada del hombre ya no era de diversión, adquirió una seriedad absoluta mientras la veía a los ojos.
-Las cosas no siempre son lo que aparentan -le dijo él con suavidad pero su voz mostraba autoritarismo-. He dedicado toda mi vida a buscar lo mejor, lo que es raro, único, diferente, especial. Y de todo lo que he experimentado, puedo asegurarte que la gente es lo más decepcionante.
Sus dedos se hundieron mas sobre la suave piel dándole mayor énfasis a sus palabras.
-Y de todas las personan que he conocido, tu tía fue la que reunió la mayoría de las cualidades que yo busco en otra persona. Yo la valore como a un tesoro. Mi vida se ha vuelto árida desde su partida. Tú no la conociste, Lyn.
El la dejo en libertad y salió del ascensor, termino su seriedad y le sonrió al añadir.
-Si alguna vez logras medio llenar sus zapatos, serás un gran consuelo. Mientras tanto, mi búsqueda continua.
Lyn se sintió confundida. Lo siguió hacia el coche al tiempo que su mente se esforzaba por estudiar a aquel hombre. ¿Qué había dicho?
"Las cosas no siempre son lo que aparentan". Si de verdad había sido amigo de la tía Henrietta, quizás no fuera el terrible mujeriego que los demás creían. Tal vez sólo disfrutaba conmocionando a la

gente. Aquel hombre era imprevisible y contradictorio.
Pero lo había visto con Jessie, ésa era una evidencia de su conducta habitual. Por eso le molesto la afirmación de que él había conocido mejor a la tía Henrietta que ella. Además de la relación familiar, Lyn había asistido a la escuela de la tía durante seis años, disfrutando de sus platicas y sobre aquella fascinante filosofía de la vida. Y esa filosofía se oponía a todo lo que representaba Peter Kelso.
Un recuerdo le llego de repente. Mientras abría el coche, Lyn levanto una ceja con gesto escéptico mientras veía a su vecino.
-Lamento mucho no haber conocido a mi tía tan bien como es obvio que la conociste tú, pero creo que te engañas con respecto a la opinión que ella tenia de ti. Puedo decirte con precisión lo que ella pensaba de ti.
Él sonrió dejando de manifestó que aquellas palabras no lo perturbaban.
-¿Y cuál era su opinión?
-Decía que eras un genio y un tonto. Un genio por lo que eras capaz de hacer y tonto por lo que habías hecho -respondió satisfecha.
El inclino la cabeza para permitir que las palabras llegaran hasta su mente y cotejarlas con su propia versión.
-¿Ella dijo eso?
-Sí.
La satisfacción cambio de dueño.
-¿Ya lo ves? A pesar de sí misma, yo le simpatizaba. Debo ver a mi notario mañana -añadió con gusto.
Lyn se sintió perdida.
-¿Para qué?
-Quiero que esas palabras sean mi epitafio cuando muera. Y ahora, si lo crees conveniente, podemos empezar a sacar el resto de tu equipaje.
Él volvió a hacerlo... sorprendiéndola y actuando de una manera diferente a lo que ella habría supuesto. Suspirando, Lyn abrió la puerta del auto.
Peter se inclino y empezó a sacar cajas. Lyn noto que él había fruncido el ceño como si le desagradara el trabajo al que él mismo se había ofrecido. Lo hizo sin comentarios, transportando las cajas hacia el ascensor con rapidez. Él parecía molesto con ella. Lyn estaba extrañada por el cambio de su actitud. Se pregunto si lo habría ofendido a pesar de que la conversación de Peter no había mostrado el menor signo de rencor.
Trató de calmar su inquietud. No debía afectarle el que Peter Kelso decidiera poner barreras entre ellos. El no era el tipo de hombre en el que ella se interesaba. Sólo fue su comentario acerca de la

amistad con la tía lo que la había intrigado, pero si él ya no quería hablar con ella, perfecto. Además, no le pidió que la ayudara; él insistió a pesar de su negativa.
Sin embargo su silencio la inquietaba. Había un ligero aire de reproche que ella no entendía. Además, ¿qué derecho tenia él de quejarse? Lyn se alegro cuando la ultima caja llego a su apartamento y con ella no existía ninguna razón para que Peter permaneciera en su compañía.
La chica logro esbozar una sonrisa.
-Muchas gracias, fuiste muy amable.
Él la vio con mofa.
-¡Espero que la vieja Henry no se esté moviendo inquieta en la tumba!
Había algo de sarcasmo y Lyn frunció el ceño.
-¿Por qué habría de hacerlo? El que yo me mude no va en contra de sus deseos.
Él sonrió con ironía.
-¿Sabes la razón por la que la vieja Henry hizo ese testamento, Lyn?. Me dijo que tú tenias mas talento artístico en uno solo de tus dedos, que cualquier otra persona que ella hubiera conocido durante toda su carrera como maestra. Pensó que tu familia estaba reprimiendo ese talento y quería que tú estuvieras libre de esa influencia nociva -él hizo un movimiento con el brazo recorriendo toda la habitación-. Pero aún no veo ningún caballete, lienzo...
-¡Yo no pinto! -lo interrumpió la chica sintiéndose agraviada por la implicación de que estaba fallando a los deseos de la tía.
Peter levanto una ceja.
-¡Oh!
-Hay otras manifestaciones de arte -remarco con acritud-. Y lo que has transportado es el fruto de mi trabajo.
La mirada de él se detuvo en las bolsas de plástico y Lyn se sintió complacida de que por primera vez él se mostrara inseguro.
-¿Tapices?
-No, no son tapices -Lyn dio un paso al frente y tomo la bolsa que contenía su mejor diseño.
-Espera aquí... te mostrare y después, podrás disculparte.
Sin darle oportunidad de responder, ella se dirigió al dormitorio principal, desato la bolsa y saco con mucho cuidado la colcha. La desenrolló y le quito el papel protector. Después, la extendió sobre la cama para que pudiera observarse con mayo facilidad. Dio un paso atrás para admirarla con orgullo antes de llamar a Peter Kelso.
Fue entonces cuando las dudas mermaron su confianza. ¿Qué sucedería si él no se impresionaba? Su instinto auto protector la hizo reaccionar. Si Peter Kelso menospreciaba su arte, sus proyectos

se verían amenazados. Por otro lado, seria absurdo esconder la cabeza en la arena. Independientemente de que su trabajo fuera o no vendible, la reacción de Peter seria un indicador sobre el cual podría basarse.

Respiro profundo y lo llamo. Su necesidad de aprobación era tan intensa que olvido que un dormitorio era el ultimo lugar donde una señorita decente y sensata invitaría a Peter Kelso.

Capítulo 3

Lyn se hizo a un lado cuando Peter entro en la alcoba. Sintió que se le contraía el estomago. Ella lo ignoro, repitiéndose que su opinión poco importaba. Centro su atención en la colcha, asegurándose que no había cometido un error al considerar que tenia valor artístico.
La puesta de sol en las montañas era su diseño mas espectacular y ella lo amaba... el púrpura y el azul oscuro de los cerros hechos en terciopelo, el dorado sol de satén, las rayas liliáceas y azul pálido del cielo, las nubes de color de rosa y blanco en seda, le daban equilibrio al conjunto. La alfombra y las cortinas de la tía Henrietta no eran el complemento adecuado para hacer resaltar el cubrecama, pero en la mente de Lyn, esos detalles carecían de importancia.
Era bueno y ella lo sabia. Peter Kelso no podía decir lo contrario. A pesar de su seguridad, no fue capaz de mirar a Kelso a los ojos. El corazón le latía despacio, como si algo lo oprimiera y en silencio, las dudas comenzaron a minimizar su confianza y a hacer estragos.
Él dio un paso adelante para observar desde el mismo ángulo de la chica. Su cabeza empezó a moverse en lo que parecía un gesto negativo y Lyn se mordió el labio inferior mientras luchaba por no emitir un grito de protesta. Peter acercó una mano a la colcha y con lentitud empezó a palpar las diferentes telas para captar el cambio de las texturas.
Volvió a su posición original y la miro a los ojos, los de él tenían una expresión extraña y distante, como si la considerara en otra dimensión. Con lentitud, sus labios se curvaron en una sonrisa.
-Extraordinaria -musito él.
Una risa nerviosa afloro los labios de Lyn antes que pudiera decir:
-Tendrá que ser extraordinaria si es que logro venderla en el precio que quiero.
Él sonrió:
-¿Cuál es el precio? Puedes vendérmela a mí ahora mismo.
Ella rió, aliviada. Le gustaba tanto que estaba dispuesto a comprarla.
-Lo siento, pero no está a la venta. La hice para mí.
-Y no habrá copias.
-No.
-¿Cuánto pedirías por un trabajo como éste?
Ella encogió los hombros antes de responder.
-Alrededor de ciento cincuenta dólares.
-Es muy barata -señalo él con lentitud y después pareció reflexionar-. Podrías ofrecerla en cuatro o cinco mil dólares. Yo

estaría dispuesto a pagar esa suma por ésta. Si cambias de opinión...
-¿De verdad? -dudó preguntándose se seria razonable pedir tal cantidad.
-¿La venderías?
-No, no está a la venta.
-De todos modos la quiero -dijo con firmeza y su tono indico que no estaba acostumbrado a que se le negara algo-. Te daré diez mil dólares.
-¡Estás loco! -lo miro con incredulidad.
-No. ¿Diez mil dólares es suficiente?
-No está a la venta -le repitió, irritada. ¿Estaba tan habituado a conseguir todo lo que quería sólo porque tenia dinero para comprarlo?
Él inclinó la cabeza. Su rostro estaba tan tenso que parecía que cada uno de sus músculos había perdido elasticidad.
-¿No te he convencido? Me gusta tener cosas únicas. ¿Te parecen bien veinte mil dólares, Lyn?
Ella movió la cabeza frunciendo el ceño ante su insistencia. ¿No podía aceptar él que ella no quería venderla? Era suya. Su primera creación verdaderamente satisfactoria y no iba a deshacerse de ella.
-Cincuenta mil.
-¡Oh, por Dios! ¡Esto es ridículo! -exclamó con impaciencia.
-Iré por mi talonario de cheques.
-¡No, no lo harás! Es mía, forma parte de mi. Seria como venderme a mí misma. No importa qué cantidad estés dispuesto a ofrecer, no la venderé. ¡No podrías adquirirla ni con todo el dinero del mundo!
La mirada que le dirigió fue de franca aprobación. Los músculos de su rostro se relajaron y sus labios se curvaron con una simple sonrisa.
-Tienes razón... la integridad no tiene precio. Comprendo que tendría que ser a manera de regalo. Así, pues, que sea un obsequio de ti para mí.
Lyn mostró su exasperación.
-Yo no apostaría a que eso sucedería.
-Soy un jugador, Lyn, y estoy acostumbrado a ganar.
El brillo diabólico de sus ojos fue inquietante. Ella tuvo la extraña sensación de que Peter Kelso hablaba de algo más que de colchas. Sus dedos volvieron a recorrer las telas y parecía fascinado con la texturas. Lyn sonrió. Ella también adoraba aquellas sensaciones. El tacto le proporcionaba más placer que su impacto visual, que era grande.
-Hermosa y erótica -murmuro Peter Kelso al levantar la vista hacia la chica, y algo en la profundidad de aquellos ojos masculinos, algo depredador, hizo que el corazón le diera un vuelco.

El se refería a su trabajo... por supuesto. No era posible que pensara en ella, el patito feo de la familia Mansfield, hermosa y erótica.
-¿Te gustaría ver las otras que he hecho?
-Me gustaría ver todo lo que tienes -le respondió son suavidad.
Lyn lo miro sospechando una doble intención en sus palabras, pero su sonrisa de inocencia la desarmo. Le dio el cartapacio donde tenia sus diseños mientras sacaba los otros tres cubrecamas. Los comentarios de Peter acerca de sus diseños le revelaron que admiraba las líneas y el color, así como la sutileza de cada uno de los diseños. Nadie, excepto sus profesores, había mostrado tal interés por sus trabajos, y para Lyn aquella experiencia resultaba intoxicante. Sin embargo, sintió una pequeña decepción cuando el no ofreció nada por la segunda, tercer y cuarta colchas que ella desplegó.
-Estas tres sí están a la venta -dijo ella.
-Y se venderán bien -le aseguro él con una sonrisa-. Son exquisitas, únicas. Pero nada de lo que has mostrado supera a la primera. Esa tiene pasión.
Lyn casi salta de placer.
-Cuando tenga suficientes, abriré una tienda -le confió.
-No tiene sentido, limitas tus posibilidades. Eso seria atarte a algo innecesario. Canaliza tus obras a través de un decorador de interiores. Puedo nombrarte a media docena que derribaría tu puerta suplicándote que les permitas exhibir esas creaciones únicas. Estos son productos que dan prestigio.
Lyn no había pensado en eso. Siempre deseó una tienda propia. No tenia experiencia en el área comercial y por precaución había desechado la idea de colocar su trabajo en establecimientos ajenos.
-No creo que pueda hacer eso -dijo, dudosa.
El la miro con cierto aire de especulación.
-Mejor para ti. Un artista nunca puede evaluar con imparcialidad sus creaciones. Necesitas un agente.
-¿Tú? -pregunto esperanzada. Sólo la confianza suprema de Peter Kelso podría convencerla.
Él negó con la cabeza.
-No es mi línea. Pero puedo presentarte a la persona adecuada. ¿Por qué no intentarlo? Piensa en las ventajas.
No le gustaba la idea de depender de otros. Además, siempre tomaban ventajas. Tenia muchas experiencias amargas al respecto.
-Yo lo arreglare todo -insistió él, persuasivo.
Lyn lo miro con recelo. Ese ofrecimiento era demasiado generoso para ser cierto, la gente no daba su tiempo ni su esfuerzo a cambio de nada.
-¿Por qué harías eso por mí? ¿En que te beneficia?

-Me daría placer -respondió con suavidad y su sonrisa fue provocativa.
El corazón de Lyn se desboco. ¡Dios! Esas palabras que él usó... habían tenido un segundo sentido. Y tenia la desfachatez de estar parado allí, sonriéndole como una araña que había capturado a su presa.
Ella pudo sentir el rubor tiñéndole las mejillas y perdió el control.
-¡Lujurioso! ¡Todo lo aprovechas para tus sórdidas actividades sexuales!, ¿verdad? Pues bien, conmigo te equivocas, vecino, así que ve a vender tu cama de puerta en puerta lejos de aquí, ¡y te aconsejo que te alejes de mí!
A pesar de la mirada repulsiva de Lyn, él rió.
-Qué bajo concepto tienes de sexo, Lyn. Es el acto de placer más exquisito entre una mujer y un hombre y tú lo defines con esas palabras. ¡Qué vergüenza!
El camino hacia ella, la mofa y la rabia combinándose en su expresión.
-Tú me subestimas. Disfruto de los placeres, de muchos de ellos. Y en este momento gozo de haber descubierto un nuevo talento -se detuvo frente a la joven con mirada burlona-. No me gusta ver perder tiempo y esfuerzo, particularmente cuando ese tiempo y ese esfuerzo pueden ser aprovechados cuando se tiene tu talento para la creación.
Lyn se sintió confusa. ¿Habría juzgado mal a ese hombre? No, por completo. Cada uno de sus nervios registraba la fuerte sensualidad que proyectaba Peter Kelso. Era un varón muy agresivo, seguro, controlado... y ella era un mar de dudas, inseguridad y timidez.
De repente, ya no había burla en los ojos de él, sino un profundo respeto que se introducía en el alma árida y solitaria de la chica para formar una flor de extraordinaria belleza.
-Eres muy especial, Lyn -murmuro él y su voz fue como una dulce caricia-. Demasiado especial para que te escondas detrás de un mostrador. Debes gozar de libertad para expresarte en la manera en que sólo sabes hacerlo. Me daría un gran placer saber que yo te proporciono esa libertad.
Lyn estaba hipnotizada por aquella veneración. Creaba más adicción que una potente droga. Él llevo una mano hacia la mejilla de la chica y con el dedo pulgar la acaricio. Lyn sucumbió ante el preciado regalo de aprobación, una aprobación que jamás había experimentado.
-¿Es un trato?
-¿Trato? -repitió ella con voz ronca sintiendo la garganta seca.
La mirada de él descendió hasta sus labios y ella hizo lo mismo. Su corazón dio un vuelco previéndola y una especie de alarma le

advirtió el peligro. Ella suspiro, exasperada por su vulnerabilidad y se alejo de aquel contacto. Tenia que recuperarse, salir de la habitación, sacarlo del dormitorio. De repente, fue muy consiente del cuerpo que medio ocultaba aquella bata.
-¿Qué tienes en mente? -pregunto ella caminado hacia la sala, que era el sitio más adecuado para hablar de negocios. Si es que él quería hablar de ello.
Ese hombre era peligroso, exasperante. Confundir y conquistar, ese era su juego, un juego donde él siempre tomaba ventaja. Por eso Lyn no permitiría que un mujeriego la manipulara. Ella tenia ahora un propósito en la vida, y los medios para lograrlo, gracias a la tía Henrietta. Peter Kelso podía hacer lo que quisiera, pero no la conduciría hacia un camino del cual ignoraba dónde terminaba.
Él la siguió, tranquilo, sin dar el menor signo de frustración, simplemente se limito a seguir la charla como si nada hubiera sucedido.
-Creo que Sinclair es el mejor hombre al que podemos acudir. Su sala de exhibición es la más grande, y él tiene el estilo y el gusto para aumentar el impacto de cualquier pieza de arte. Y lo que es más, estará en la inauguración de Caswell esta noche -la sonrisa que le dedico a Lyn, reflejaba satisfacción-. Disfrutare mucho arrojando a Charles a tu regazo.
-¿Regazo? -pregunto ella mostrando su desagrado por la palabra.
Peter sonrió y volvió a desarmarla.
-¿No conoces a Charles Sinclair?
-No.
-Lo haremos saltar entre las argollas. Me recuerda a un perrito faldero, perfectamente cepillazo, congraciándose con todos los compradores. Debes conocer su establecimiento, se llama “Interiores de Distinción”.
-Mi madre y mi hermana se vuelven locas allí, pero... -Lyn encogió los hombros-, yo nunca he ido. No me gusta salir de compras -no con ellas, añadió en silencio.
Peter levanto una ceja
-¿Frecuentas las galerías de arte?
-Leí algo acerca de que Arnie Caswell tendría una nueva exhibición de esculturas. Sin embargo, no suelo ir a las inauguraciones. Hay demasiada gente y parloteo para apreciar las obras -y, por supuesto, a Delvene le encantaban esos eventos sociales y la presencia de su hermana, invariablemente, arruinaba su diversión.
-Esta noche tendremos cosas más importantes que hacer que ver la exhibición. Sugiero que lleguemos allá alrededor de las siete. Las formalidades ya habrán terminado y entonces podremos acosar a Charles.

Lyn dudó. Peter la estaba llevando hacia un camino que no estaba segura de querer tomar. Por otra parte, si él le conseguía algo, sus problemas financieros quedarían resueltos. Además, quizás lo de la tienda no era una idea tan buena. Ella prefería dedicar su tiempo al diseño que a atender el negocio. No iba a perjudicarle intentar la opción que Peter le ofrecía.
-De acuerdo -aceptó al fin.
Él sonrió triunfal.
-Será divertido. Y ahora, ¿me permites invitarte a comer para festejarlo?
-No, gracias -contesto con firmeza. Necesitaba un respiro ante la peligrosa atracción que Peter Kelso ejercía sobre ella-. Quiero acomodar todas mis cosas. Te agradezco tu ayuda, de verdad eres muy amable.
-¿Es ésa una despedida cortés?
-Sí -suspiro la chica, temerosa ante el hecho de que él era capaz de darle diferente sentido a todo.
-Como quieras, pero sigo pensando que mi idea es la mejor -se encamino hacia la puerta-. ¿Tienes algún vestido que hayas diseñado tú misma? ¿Algo adecuado para usarlo en una exhibición?
-Sí.
-¿Es capaz de impresionar?
¿Ella impresionando a alguien? No pudo reprimir una sonrisa amarga.
-Por lo menos es original y exclusivo.
-Úsalo. A las seis y media debes estar lista para marcharnos a la galería de Jessie.
-¿Jessie? -el nombre salió de la garganta de Lyn con un destello de incredulidad.
Peter sonrió ante la reacción de la chica al recordar algo que para ella era una inmoralidad.
-Sí, la rubia con la que me viste antes. Deberías tener una mente más abierta, Lyn. Jessie es una mujer de negocios muy capaz.
-Y también muy capaz para otras cosas -replico, mordaz.
-Así es. ¿Quieres igualarla? -su sonrisa se hizo más amplia.
-Hoy no, gracias -respondió airada.
-Quizá mañana -dijo él haciéndole un guiño mientras abría la puerta.
-Te haré saber cuando esté libre -levanto una ceja en actitud escéptica.
-Por favor, no lo olvides. Por ti, haré cualquier cosa para estar disponible.
La puerta se cerró antes que ella pudiera protestar. Movió la cabeza preguntándose si estaba loca por relacionarse con él, aunque sólo se

tratara de negocios. Él era loco, malo y peligroso. Las palabras llegaron a su mente mientras recordaba que aquellos adjetivos le fueron otorgados al poeta Lord Byron. También se aplicaban a Peter Kelso y el instinto de auto preservación de Lyn le advirtió que debería mantenerse a una distancia segura.

Sin embargo, había sido bondadoso, útil y se había mostrado genuinamente interesado en su trabajo. Lo cual la confundía en extremo. ¡Vaya vecino!

Lyn estaba colocando sus libros, cuando de repente, se le ocurrió que Delvene tal vez iría a la inauguración de Arnie Caswell y la vería con Peter Kelso. Escándalo instantáneo en lo que a su madre se refería. La ansiedad la invadió pero se deshizo de ella de inmediato. Las opiniones de su progenitora la habían dominado durante veintiún años. Eran suficientes. Ella había tomado una decisión e iba a mantenerla.

La idea de Peter Kelso podía ser buena o no. Ya lo juzgaría ella cuando fuera oportuno, mientras tanto, mantendría una mente abierta hacia ese hombre. Era su vida, su futuro, debería dejar atrás el pasado y tomar otro camino. Ahora sabia que la tía Henrietta quiso eso para ella. Peter Kelso había sido el confidente de la tía, lo que indicaba que era confiable.

Capítulo 4

Cuando Lyn se miró en el espejo supo que nunca había tenido mejor aspecto. Podía usar ese vestido ahora; Delvene no pondría sus bellas manos en él. Lyn había cortado las rosas y las hojas de un tapiz de lino y las aplicó al cuello y a la cintura. Las flores rojas y las hojas contrastaban con el verde oscuro de la tela, creando un gran efecto. Además, los colores le iban a la perfección a Lyn.
Llamaron a la puerta y supo que era Peter Kelso. Miro el reloj y se dio cuenta de que era puntual. Metió los pies en las sandalias de color verde y cobre, tomó el bolso que hacia juego y se dirigió a la puerta.
Los ojos oscuros mostraron su aprobación.
-¡Perfecta!
Lyn sonrió, Peter Kelso había confirmado su opinión.
-Gracias -dijo con sinceridad. Sabia que él no mentiría y el hecho de que hubiese apreciado los diseños de sus colchas la había convencido de que él era un conocedor. Su halago era genuino y la hizo sentir... perfecta-. ¿Es ésa tu vestimenta de hombre de negocios?
El estaba muy sensual. Llevaba una chaqueta de color crema combinada con unos pantalones de color bronce. Su camisa de tono oro quemado era de seda y diseñada para mostrar su tórax. Diseño italiano, decidió Lyn y no le cupo la menor duda de que la cadena y el medallón de oro que descansaba sobre su piel bronceada eran un articulo genuino y no una simple imitación.
-Las reglas del juego -sonrió Peter-. Hay que vestirse para dar en el blanco. Una vez que eres aceptado como uno de ellos, todo se facilita.
-¿Es todo un juego para ti, Peter? -le preguntó mientras se dirigían hacia el garaje.
-El éxito en la vida consiste en aprender y manejar a la perfección las reglas. La satisfacción está en aprovechar las oportunidades. Y el ganar es la meta.
Su coche era un Lamborghini blanco y no rojo como la mayoría de los autos deportivos que Lyn había visto. El tapiz también era blanco, no del acostumbrado negro. Era un indicativo de la personalidad de Peter Kelso, pensó Lyn. Y saltaba a la vista que a él le gustaba ese toque italiano.
Mientras conducía al vehículo por la ciudad, Lyn lo observó y decidió que tenis el encanto de un jugador y al mente ágil de un demonio. No estaba segura de que su asociación con él pudiera

proporcionarle algún bien. Pero ése era su juego. Y el dado ya se había lanzado.
La galería de arte no era una de las que ella frecuentaba. Se especializaba en artistas de moda y no en aquellos que luchaban por ofrecer algo novedoso. Antes de poner un pie dentro de ella, se sabia que cualquier obra de las expuestas costaría una fortuna. Arnie Caswell había logrado prestigio y los invitados a la inauguración eran personas acaudaladas, como Peter Kelso y los Mansfield.
Jessie estaba en el vestíbulo dando la bienvenida a los que llegaban y repartiendo catálogos. Su apariencia era totalmente diferente a la de aquella mañana. La sofisticación había tomado el lugar de la sensualidad, y al observarla, Lyn notó que aquella mujer se acercaba más a la edad de Peter que a la suya. Los hermosos ojos azules brillaron cuando captaron la presencia de Peter, pero el placer disminuyó cuando miró a Lyn, casi desapareció al ver el vestido de Lyn. La sonrisa se volvió amarga.
-No pierdes el tiempo, Peter -dijo con tono seco y sin poder disimular su pesar.
Lyn se ruborizó. Esperó a que él corrigiera la mala interpretación de la rubia, pero no lo hizo.
-La única gente que pierde el tiempo es la que no sabe cómo usarlo, Jessie. Yo no soy uno de ellos.
La mujer encogió los hombros y se dirigió a la joven.
-Espero que sepas a dónde te diriges, querida. Ninguna mujer puede aplacar a este hombre. Me alegra que hayas venido, Peter. Charles cree que tiene algo para ti. Está en su oficina.
-Entonces éste es su día de suerte. Yo también tengo algo para Charles -despidiéndose de Jessie, condujo a Lyn hacia el salón principal.
-¿No tienes vergüenza? -le pregunto la chica con voz baja.
-Casi nada -le dedico una sonrisa-. Si tu sensibilidad se siente afectada, déjame decirte que uno de los motivos de Jessie para dormir conmigo anoche, fue el de convencerme de venir aquí hoy. De esa manera obtendrá una buena comisión por parte de Charles.
-¿Charles Sinclair?
-El es el dueño de la galería, Jessie la administradora.
-¡Oh! -el estar con Peter Kelso ampliaba su educación, por lo visto. Supuso que no importaba lo que Jessie creyera. Una mujer con una moral como la de ella, jamás creería la verdad.
Peter la llevó entre la multitud que bebía champaña, sin detenerse a observar las esculturas de Caswell. Subieron por una escalera y cuando llegaron a lo alto, él murmuró:
-No importa lo que yo diga, no interrumpas la conversación. Confía

en mí. Si tienes que hablar, sígueme la idea.
Lyn aceptó sintiéndose aliviada de que su intervención fuera mínima. Su estomago empezó a contraerse cuando Peter llamó a la puerta. Ella no quería regatear con su arte. Era algo personal, parte de su alma. Peter abrió la puerta y Lyn miró con nerviosismo al hombre que estaba de pie detrás de un escritorio y olvido todo lo referente a su arte.
Era hermoso... no había otra palabra para definirlo. Sus rasgos eran clásicos y su rostro sensible. Parecía perfecto con su piel suave y bronceada y grandes ojos azules. El cabello rubio tenía un corte impecable. Su físico también era perfecto. Con sólo mirarlo se aceleró el pulso de Lyn. Era, sin duda, el hombre más atractivo que ella había visto en su vida.
-Ah, Dorian, tan apuesto como siempre -dijo Peter con una nota de burla en la voz.
Lyn fue favorecida sólo con una mirada de reojo antes que los ojos azules miraran a Peter con aburrimiento.
-Me sentiría halagado si pudieras recordar que mi nombre es Damien.
Peter chasqueo los dedos.
-Un lapsus de mi lengua. De alguna manera siempre me recuerdas “El retrato de Dorian Grey”... todo físico, nada de sustancia.
Damien no se dio por aludido.
-¿Sigues envidioso, Peter?
La risa de éste era de mofa.
-No me enfrentaría a tus ventajas, Dorian... suplico tu perdón, Damien... por todo el oro del mundo.
-Tampoco yo me enfrentaría a tus... defectos -replicó el rubio con acritud.
-Bien, todo arreglado -declaró Peter sonriendo como si fuera un gato.
¡Todo arreglado! Era evidente la antipatía entre los dos hombres. Trató de pensar en algo diplomático que decir cuando fuera presentada, pero Peter se negaba a esa cortesía.
-Y ahora a los negocios. ¿En dónde está tu padre? La buena y leal Jessie me aseguró que estaba esperando mi grata presencia.
-Regresará en un momento.
-Toma asiento, Lyn -le acercó una silla y después, con irreverencia, él se sentó al borde del escritorio de cedro-. Damien tiende a perder sus buenos modales cuando yo estoy cerca -añadió, malicioso.
-Por favor, siéntanse comodos -dijo Damien muy rígido y la irritación se manifestó en su voz cuando añadió-: Peter, invariablemente, lo hace.
Lyn se sentó pero estaba lejos de sentirse cómoda. Tal parecía que

Damien no estaba interesado en conocer a alguien que estuviese ligado a Peter Kelso, y éste no tenia la menor intención de hacer las presentaciones. Su estomago se contraía más. La chica tuvo la esperanza de que Peter tuviera una relación más amistosa con el padre de Damien, preocupada, miro al rubio y descubrió que éste observaba su vestido con interés y con el ceño ligeramente fruncido.
-¿Es esto lo que Charles quería mostrarme? -pregunto Peter tomando una pequeña caja que estaba sobre el escritorio y observándola con interés.
Damien retiro la mirada del vestido de Lyn y respondió, distraído:
-Sí. Es una caja para rapé, Luis XIV, genuina. Se consiguió en Francia.
-¿Las chicas son demasiado fáciles para ti? -inquirió Peter de manera casual sin apartar la vista de la caja.
Las mandíbulas de Damien se tensaron y apretó los dientes. Lyn agradeció que no respondiera. Los nervios de la chica estaban a punto de explotar ante la atmósfera hostil que se respiraba en aquella oficina, más cuando oyó que la puerta situada a sus espaldas, se abría. Se tranquilizo un poco al notar la sonrisa que Peter le dedicaba al recién llegado.
-Hola, Charles. He venido a hacerte un favor.
-No, muchas gracias -fue la respuesta firme, pero cortés-. Ya he recibido antes tus favores y siempre me han costado dinero.
-No mientas. Tú siempre has ganado con mis favores. No tanto como te gustaría, claro, pero al fin y al cabo has ganado.
-En un punto dudoso. Ya veo que Damien te ha mostrado el favor que yo te ofrezco a ti.
Charles pasó a un lado de Lyn y apenas notó su presencia. Su cabello era canoso, llevaba bigote y los ojos azules los asociaba con un perro faldero, pero para Lyn, Charles Sinclair era un hombre formidable y apuesto. Su traje gris era de un corte perfecto, la corbata de color gris perla destacaba sobre la camisa de tono rosa pálido. La mano con la cual señalaba la caja era impecable, mas su sonrisa no era genuina. Lyn tuvo la impresión de que se trataba de un tiburón disfrazado de delfín.
-Te estoy dando la primera opción. Hermosa, ¿no te parece? -preguntó Charles con tono persuasivo.
Damien se mantuvo al margen, permitiendo que el peso de la venta recayera sobre su padre. Tomó asiento junto al escritorio y pareció relajarse. Lyn sedeó hacer lo mismo. Charles Sinclair no parecía estar interesado en que se hicieran las presentaciones y Peter no hizo nada al respecto. La omisión se acercaba mucho al insulto y ella no lo entendía.
-Mmm, muy bonita -concedió Peter-, pero no única. Lyn si lo es,

hace cubrecamas.
La mirada que Charles Sinclair le dedicó la hizo sentir poco más que un insecto. Era el tipo de mirada que estaba acostumbrada a recibir de sus padres y su reacción instantánea fue la de deprimirse. No tenis razón para hacerlo, puesto que su trabajo era bueno. Levanto la barbilla y su mirada era de dignidad. Fue Charles quien bajó la vista.
-¡Qué bien! -el comentario de Sinclair no mostraba el menor signo de interés-. Observa el trabajo de filigrana en...
-Y las vende -lo interrumpió Peter.
La mirada de Charles hacia Lyn fue de desagrado y apretó los labios.
-Eso es difícil.
-En cinco mil dólares.
La incredulidad se convirtió en fastidio.
-¡No trates de hacerme tonto! No hay clientes que paguen ese precio -la cara con que miró a Lyn demostraba un claro rechazo-. Lo siento, señorita, pero no estoy dispuesto a perder mi tiempo ni a hacerla perder el suyo. Nadie paga esa suma por un cubrecama. Sencillamente no estoy interesado.
Lyn guardó silencio. Se encolerizó ante aquel juicio a priori. ¡Por lo menos podría darle la oportunidad de mostrarle su trabajo! En ese momento ella se habría puesto de pie y salido de inmediato, pero Peter no hizo movimiento alguno y ella le prometió seguirle la idea.
-Tienes razón, Charles -concedió Peter-. El precio ahora es de seis mil dólares... es una especie de castigo por tu rechazo irracional. Van Gogh y Gauguin lo entenderían. Ellos también tuvieron problemas con sus representantes.
Los ojos azules adquirieron la dureza de un diamante.
-No hay mercado.
-Lo habrá, Charles. Cuando las veas te convencerás -Peter sonrió.
Su provocación pareció surtir efecto. Charles quería venderle la caja, así que con actitud estudiada se sentó sobre la silla situada detrás del escritorio y adoptó un aire desdeñoso.
-¡De verdad, Peter, creo que te equivocas!¿Tienes que presentarle a tu novias a Charles Sinclair con la promesa de un trato para que así puedas recibir una recompensa?¿Se trata de un favor por otro?
La mortificación y la rabia arrebolaron las mejillas de Lyn.
-Nunca confundo el dinero con el sexo, Charles -Peter lo miro y después observo a Lyn mientras añadía con cinismo-. Esta será una lección para ti, Lyn. El rechazo absoluto sólo porque él cree que me estás ofreciendo el placer de tu femineidad. Celos y envidia. Estoy seguro de que sugerirá una visita a su cama cuando vea tu trabajo. Niégate categóricamente. Él es un hombre sucio, sórdido y

lujurioso. Una chica sensata como tú no necesita de su atención para vender tu trabajo. Gracias a Dios que Van Leeuwin prefiere a los chicos. Él pagará el precio cuando vea tu obra, sin ningún prejuicio sexual.
El rechazo de Sinclair había sido suficiente molesto, pero el comentario de Peter era el colmo. Lyn se puso de pie.
-¡Esto es intolerable! -su voz tembló a causa de la ira-. No quiero tener ningún trato comercial con usted, señor Sinclair -miro a Peter con reproche-. Ni tampoco quiero...
-De acuerdo -Peter impidió que terminara la frase, la tomó por el codo y regresó su atención a Charles y su voz fue despectiva-. Hasta hoy, respeté tu perspicacia para los negocios, Charles, pero ahora veo que has caído al nivel de tu hijo.
-¡Me estás difamando! -gritó Charles.
-Vaya, vaya, estás perdiendo tu frialdad -señalo, burlón-. Además, no es difamación, es calumnia. Arruinas mi reputación al asociar mi vida sexual con el dinero y yo destruiré tu reputación, tu vida sexual y tu posición financiera. Lo siento, Charles. Siempre disfrute al hacer negocios contigo, pero ya no puedo seguir. Y, por supuesto, tendré que comentarlo en mi boletín de noticias.
-¡Eso es chantaje!
-No, ese es el precio de la estupidez
y al decirlo, hizo que Lyn caminara hacia la puerta y la siguió. Ella quería alejarse a toda velocidad, Peter lo hacia con lentitud. La chica se obligó a seguir el ritmo de él sabiendo que en unos instantes más se alejarían de la escena. Y seria el final de su relación con Peter Kelso en lo que ella se refería. ¡Vaya juego en el que se había metido! Debió estar trastornada al confiar en él.
-Oh, vamos -dijo Charles detrás de ellos-. Aquí ha habido un malentendido...
-Por supuesto que lo ha habido -estuvo de acuerdo Peter con acritud volviéndose hacia Charles mientras asía el picaporte de la puerta-. Has insultado a la dama y a su trabajo, eso sin mencionar mi integridad.
¡Insultar! Dios, y era él quien lo decía, pensó Lyn.
Charles Sinclair lo observó con ira.
-Acepta mis disculpas. Y no tengo intención de seducir a la jovencita.
-Espero que no. Quiero la exclusividad absoluta -Peter soltó el picaporte.
“Nunca”, se prometió Lyn en silencio. La chica tomó el picaporte, pero Peter le impidió cualquier movimiento al tomarla de la mano.
Charles se aclaró la garganta.
-Bien, quizá podamos llegar a un trato amistoso. Si los artículos de

verdad son vendibles.
Peter la miró ordenándole que debía confiar en él.
-Esta mañana ella rechazo un ofrecimiento de cincuenta mil dólares por una de sus creaciones -dijo Peter con una sonrisa triunfal.
-¿Lo hizo? -le pregunto Charles Sinclair con voz llena de incredulidad.
-Sí -respondió Lyn con orgullo y teniendo cuidado de no añadir más.
Peter la miro con aprobación. Su mente se aclaro y supo que aquel era el juego de Peter y que todo lo que decía tenia un propósito. Incluso esa locura de ofrecerle cincuenta mil dólares. Estaba presionando botones psicológicos para manipular sus reacciones. Lyn miro a Charles deseando saber si su teoría era correcta.
Sinclair frunció el ceño, dos pensamientos se mezclaban, su incredulidad y la perspectiva de que aquello pudiera llegar a ser un negocio productivo.
-Tomen asiento, tomen asiento, hablaremos de negocios -ordeno, abrupto-. ¿Cuál es el precio de esa colcha? -le pregunto a Lyn mientras Peter la conducía hacia la silla que acababa de dejar.
-Sigo teniendo la primacía -protesto Peter con aire triunfal-. Y no esta a la venta... ni para ti, ni para nadie.
Lyn se sentó, conmocionada por el desarrollo de los hechos. Peter parecía controlado, acababa de forzar a Charles a saltar en el primer aro.
Este miró a Peter con actitud calculadora.
-Si es tan bueno como dices... sí, puede tener posibilidades -le sonrió con condescendencia a Lyn-. Lo miraré. No puedo comprometerme a algo sin verlo primero, pero lo haré. Quizá podríamos hablar de consignación.
Lyn no podía creer lo que escuchaba. Estaba dispuesto a negociar. Peter había roto su resistencia. Lyn movió la cabeza, incrédula y Peter aprovecho ese gesto.
-Lyn no quiere ningún trato en esas condiciones. Pagaras por lo que compres -declaro Peter con firmeza.
-¡A cinco mil dólares por menudo!
-Cuatro mil al mayoreo y seis mil al menudo -Peter sonrió con dulzura-. Recuerda que tienes poco control en la lengua.
Lyn solo logró reprimir el temor. Peter estaba azuzando a un caballo que ya había sido castigado.
-¿De verdad crees que su trabajo sea tan bueno? -Charles volvió a fruncir el ceño-. ¿Podré venderlo a esos precios?
-Por supuesto que sí.
Peter sostuvo la mirada escéptica de Charles con una de absoluta confianza. Finalmente, Sinclair se rindió.

-De acuerdo. Nos veremos mañana en la sala de exhibición.
-Traeré el contrato. Te he visto trabajar antes, Charles, y lo dejaremos todo por escrito. El precio menor es cuatro mil, pero no me cabe la menor duda de que podrán venderse a un precio mayor que el estipulado por menudeo. Sé que te especializas en marcas, así que se estipulara que Lyn recibirá el sesenta por siento de la cantidad que rebase la venta de una colcha en seis mil dólares. No permitiré que calientes tu cama con el talento de Lyn.
Charles sonrió ante el doble sentido de la frase de Peter y le dedico a Lyn una mirada de condolencias.
-le aseguro, señorita...
-Mansfield -interrumpió Peter son suavidad-. Señorita Lynette Mansfield, la hija menor de Gerald y Alicia Mansfield. Estoy seguro de que los conoces, Charles. Pertenecen a la alta sociedad de Sydney desde hace mucho, mucho tiempo. Sé que son clientes tuyos.
La conmoción hizo que Charles Sinclair rectificara su comportamiento anterior. Se puso de pie de un salto, rodeó el escritorio con nerviosismo.
-¡Mi querida señorita Mansfield! Espero que se dé cuanta de que fui victima de una trampa de Peter. Sus excentricidades rebasan los limites de la discreción. Además, usted pudo haber venido directamente conmigo...
-Y mientras te estrecha con una mano, te roba con la obra -interrumpió Peter, sardónico.
-Soy un hombre de negocios, señorita Mansfield, uno debe protegerse de los riesgos -Charles sonrió, indulgente-. Estoy seguro de que usted comprende.
-Sí, comprendo -dijo Lyn con frialdad despreciando al hombre por su reacción ante el apellido Mansfield.
Peter lo conocía muy bien, tuvo razón al asegurar que era un perrito faldero. Ese hipócrita no merecía confianza y a Lyn dejó de importarle la manipulación de Peter. Él había logrado un negocio... un negocio que rebasaba sus más grandes sueños.
Peter le sonrió con placer mientras la ayudaba a ponerse de pie. Damien se acercó en ese momento. Había permanecido en silencio durante toda la conversación y Lyn se había sentido demasiado humillada y avergonzada con las insinuaciones obscenas de su padre, al grado de que no se había atrevido a verlo, pero ahora le sostuvo la mirada con orgullo y frialdad.
-Señorita Mansfield, si mi pregunta no es demasiado personal ¿podría decirme si diseñó usted su vestido?
La pregunta fue planteada con tan encantador interés que Lyn se sintió halagada.

-Sí, lo diseñé yo. Y no hay otro igual, como mis cubrecamas -añadió con énfasis.
Damien le sonrió y sus ojos azules brillaron con ávido interés.
-Entonces, mañana también iré yo a ver sus colchas.
De alguna manera, la aprobación de Damien le dio mayor solidez al trato. La vería mañana y también sus cubrecamas. El rostro de Lyn se relajó y le sonrió.
-Sí, sí -estuvo de acuerdo Charles Sinclair-. Es un placer hacer negocios con usted, señorita Mansfield.
-No olvides agradecerme el favor, Charles -le hizo ver Peter mientras conducía a Lyn hacia la puerta.
Charles la abrió y le sonrió a Peter.
-Uno de estos días, tu maquiavélico sentido del humor te llevara a la ruina. Mañana te agradeceré el favor.
La puerta se cerró y Peter abrazó a Lyn con fuerza.
-¿Satisfecha?
Estaba loco. Pero en ese instante Lyn no le podía reprochar las horribles cosas que había dicho. Él le había conseguido algo que ella nunca habría logrado y se sentía profundamente agradecida, a pesar de que la hizo casi enfermar de furia e indignación.
-Sí, gracias -dijo con gracia y después, haciendo una mueca, añadió-: He padecido momentos terribles, pero estoy satisfecha y te lo agradezco mucho.
Él rió e hizo que Lyn apoyara un brazo sobre el suyo.
-Tranquilízate, lo tenemos en el bolsillo. Ahora ya podemos disfrutar. Haremos un pequeño recorrido por la exhibición sólo en caso de que Arnie Caswell esté por aquí, y después iremos a cenar a Luigi’s. ¿Te das cuenta de cómo te cuido?;mientras Peter la conducía escalera abajo, Lynette empezó a reír. Era difícil controlar esa sensación de histeria. Apenas esa mañana había dejado la mansión Mansfield y el estilo de vida refinado y estático que allí reinaba. Quiso poner en movimiento su propia vida, y en movimiento estaba ya. Con Peter Kelso el mundo se ponía boca abajo, y el interior se convertía en exterior.
Pero, estar con él daría sinsabores al mismo tiempo que recompensas. La integridad de Lyn estaría en peligro. Jessie no tenia la menor duda de cuál seria su destino aquella noche y sólo Dios sabía lo que Damien y Charles Sinclsir estaban pensando en este momento.
-¿Era necesario que dijeras que pretendías seducirme? -pregunto ella con un mohín.
-¿Hubieras preferido que mintiera? -Peter levanto una ceja.
-Por supuesto que no. Puedes decir todo lo que quieras, pero nunca mientas.

-Es sensacional estar con una mujer que comparte mi sentido de la integridad.
¡Integridad! La risa volvió a subir por la garganta de Lyn y empezó a preguntarse si la locura era contagiosa.
Peter la condujo por la sala de exhibición pero ella no ponía atención a lo que veía. Su mente seguía fija en los acontecimientos que se desarrollaron en la oficina de arriba. Cuanto más pensaba en ello, mas apreciaba lo que Peter había hecho por ella. Él era un manipulador de personas y de situaciones... de eso no había duda. Sintió crecer su respeto hacia la agilidad de su mente y a su percepción sagaz.
Lo que había logrado era fantástico, si es que se refrendaba al otro día. Aun así, no había razón para confiar. Lyn empezaba a disfrutar de un optimismo relajante cuando Peter la condujo a otra sala de exhibición... y allí estaba Delvene.

Capítulo 5

Allí estaba ella, tan brillante como un rayo de sol, Delvene la hermosa, alta, la de figura sensacional, con un vestido de seda de color amarillo y blanco. Su rubia cabellera se movía cada vez que reía. Su rostro de rasgos perfectos aceptaba, con gracia, los comentarios de su corte de admiradores.

Pero los ojos de Lyn no reflejaban la misma adoración que la de esos individuos. Se sentía como un conejo atrapado y el viejo y familiar pánico se apodero de ella. Delvene podía estropearle todo. Siempre lo hacia. No lo permitiría ahora que su futuro parecía prometedor.

Oprimió el brazo de Peter como queriendo alejarlo de Delvene y él levanto una ceja, sorprendido. Lyn estaba a punto de decir que sentía hambre cuando la antena que prevenía siempre de Delvene de la presencia de un hombre atractivo, hizo que descubriera a Peter.

Lyn guardo silencio. Era demasiado tarde para escapar. En uno o dos segundos más Delvene la vería y la carne seria puesta en el asador. No había más que hacer excepto enfrentar la situación. No tenia que avergonzarse, no había razón para huir y esconderse. No había hecho algo malo y Peter Kelso la había ayudado mucho.

Los ojos verdes de su hermana captaron a la pareja de Peter. Lyn sonrió alimentando la esperanza de que, por única vez, su hermana se sintiera contenta con lo que ya tenia. Pero la sorpresa fue mayor cuando Delvene descubrió la identidad de Peter.

Un gesto de irritabilidad apareció en el rostro de Delvene al evaluar el vestido de Lyn y la vejación se reflejo en sus labios antes que le dedicara una sonrisa hipócrita. El vestido se le había escapado, pero el hombre no, interpreto Lyn. Delvene se dispuso a la acción... le dio una disculpa dulce a sus admiradores y se movió con gracia acercándose a ellos.

Lyn se sintió mal. No le importaba el vestido, porque al final, la ropa no significaba mucho. Delvene sabia que siempre podía vencer a su hermana.

-Oh, Nettie... -la voz musical hizo que se le contrajera el estomago-. ¡Qué raro verte por aquí! Pensé que te desagradaba este tipo de eventos.

Lo cual podría ser traducido: “preséntame a tu hombre”.

Lyn acepto, no merecía la pena negarse. Delvene solía ser encantadora para presentarse.

-Delvene, te presento a Peter Kelso. Peter, ella es mi hermana,

Delvene.
La conmoción hizo que aquellos ojos verdes se abrieran aun más, pero el súper ego de Delvene logro que recobraran su expresión normal.
Lyn podía adivinarle el pensamiento, la conocía a la perfección. Si su hermana menor era capaz de atraer a ese hombre, para ella resultaría más fácil. Lyn no miro a Peter. No podía reprocharle algo, ya el había dedicado demasiado tiempo y la había hecho sentir como alguien especial y valioso. Por lo mismo soportaría que su enemiga palideciera ante el despliegue de encanto de Delvene.
-Bien, bien, el tigre de la tía -Delvene movió sus pestañas en un claro signo de coqueteo-. Ella nunca quiso presentarnos.
-Un acto criminal. Pero las mujeres pueden ser así. Tu tía nunca aprecio el físico... como yo lo hago -aclaro Peter sugestivamente.
Lyn sintió nauseas. Pero de inmediato se reprendió. ¿Qué otra actitud podría esperar de Peter Kelso, el virtuoso de los juegos placenteros? Por supuesto que encontraría soberbia la anatomía de Delvene y estaría dispuesto a probarla.
-Debo decir que sentíamos curiosidad hacia ti, ¿no es cierto, Nettie? -Delvene rió.
Lyn sonrió. Los buenos modales eran un habito. Se pregunto cómo reaccionaria su hermana se le mostraba los dientes y las uñas. Lyn se sorprendió con ese pensamiento. Peter no le debía lealtad. Había conseguido el trato que había prometido. Era cierto que ella no deseaba que él la sedujera, pero algo en su interior se oponía a compartir con Delvene la intimidad de Peter.
-Me encanta satisfacer curiosidades -aclaró Peter-. ¡Qué astuta has sido al descubrir mi debilidad!
Delvene se sintió orgullosa.
Lyn empezó a soltarse del brazo de Peter. Si le agradaba su hermana, que se quedara con ella, Lyn no deseaba seguir con él. Los dedos masculinos se cerraron sobre los de Lyn impidiéndole que se apartara. Delvene se dio cuenta y la miró, resentida.
-Como Nettie es ahora tu vecina, podemos hacer amistad -sugirió con coquetería.
-Siempre será un placer verte, Delly.
¡Delly! ¡Delly! Lyn se conmocionó. Nadie había soñado con alterar el nombre de Delvene, ¡y mucho menos llamándola Delly! Lyn estaba a punto de explotar con una risa histérica.
Era demasiado para Delvene. Su sonrisa se esfumó.
-Siempre me han llamado Delvene -y fue notorio que su comportamiento cambió.
La mayoría de los hombres se habría ruborizado ante aquella ofensa, pero no Peter Kelso.

-Pero como existe una estrecha relación familiar, me permitirás esa indulgencia. En tanto que Lyn siga siendo Nettie para ti, tú seguirás siendo Delly para mí. Me gustan mucho estos juegos infantiles.
Una gloriosa burbuja de felicidad floreció en el interior de Lyn. ¡Peter la apoyaba en contra de su hermosa hermana! ningún hombre había hecho eso antes. Los dedos de Lyn se oprimieron contra el brazo de Peter en una muestra de felicidad. Él le devolvió el gesto. Lyn se sentía incapaz de contener su placer.
La incredulidad estaba descomponiendo el aire de confianza de Delvene. No estaba acostumbrada a que no le cumplieran sus deseos.
-No me gusta, Peter -le informo poniendo énfasis a sus palabras.
-Pero a mí, sí, Delly. Tú me agradas. Eres muy hermosa, te comportas maravillosamente y eres inocente. Sí, inocente es la palabra. Pero por el momento, Lyn me tiene hechizado. Si ella se cansa de mí y me desecha como a un trapo sucio, entonces me acercaré a ti y levantaré un altar a tu belleza. Creo que disfrutaría mucho enseñándote cómo complacerme, y cuando te hiciera el amor, te llevaría más allá de lo que has conocido. Pero por ahora me quedo con tu hermana.
Delvene estaba estupefacta. Su boca se abría y cerraba sin emitir sonido alguno. Delvene la hermosa, orgullosa, adorable y que nunca cometía errores, se movió como un pez al que sacaron del agua.
Lyn se encontraba entre la felicidad de que Peter la hubiese apoyado y el horror ante la forma poco sutil en que lo hizo. Era innegable que Delvene se lo diría a sus padres y no habría escapatoria posible. Nadie iba a creer que la relación de Lyn con Peter Kelso era estrictamente de negocios. Recompensas y sinsabores, recordó con ironía.
Peter permitió que Lyn le soltara el brazo, pero la rodeo con uno, en actitud posesiva, posándolo en los hombros, reforzando su declaración.
-Por favor, discúlpanos, Delly, pero estábamos a punto de ir a cenar.
Delvene quería decir algo pues no estaba acostumbrada a que la hicieran a un lado. Y menos así que un hombre prefiriera a su hermana menor. Detuvo a Lyn por el brazo libre en el momento que Peter empezaba a alejarla.
-Él arruinará tu reputación, Nettie.
El apoyo de Peter y su cada vez más poderoso sentido de decisión, hicieron que le respondiera:
-Preferiría que me llamaras Lyn, Delvene.
-¡Lyn! ¡Lyn! ¡Lyn! -exclamo Delvene, irritada-. Si te ven con él empezarán las murmuraciones. ¡Y el hecho de que tengas un desliz con él enfurecerá a mi mami!

Nunca había visto así a Delvene, de alguna manera había perdido su actitud de conquista y de confianza en su belleza.
-Ya no vivo del bolsillo de mamá, Delvene -le respondió con calma y la confianza en sí aumentó ante la incredulidad de su hermana.
-¡No, es obvio que vives del de alguien más! -las palabras salieron antes que pudiera detenerlas, pero de inmediato recobró su aire de virtuosismo-. ¡Nettie! ¿Qué te sucede?¿No te das cuenta?...
-Sí, me doy perfectamente cuenta, Delvene, y no necesito tu consejo. ¿Por qué no regresas al lado de tus amigos?
Peter rió y miró a Lyn.
-Ella es magnifica, ¿no te parece, Delly? Qué carácter tan decidido. No puedo seguir esperando, quiero llevármela.
Alejó a Lyn mientras Delvene seguía abriendo y cerrando la boca. La sensación de histeria volvió a apoderarse de Lyn y reía sin control cuando por fin salieron de la galería. Estaba arruinada ante los ojos de su familia, absolutamente arruinada. E iba del brazo del hombre que la había llevado a eso.
Pero la verdad era que no le importaba. Se sentía libre, libre de la sombra de su hermana por primera vez. Amaba la decisión de su tía de darle el empujón que necesitaba y casi amaba también al hombre que caminaba a su lado y que había cumplido sus promesas. Pero él era loco, malo y terriblemente peligroso para la paz que pretendía alcanzar. A pesar de todo, en ese momento, nada le importaba.
-Muéstrame el camino, Macduff -gritó, atrevida.
Peter la miró con malicia.
-Creo que la cita es: “Tiéndete, Macduff, y maldito el que llore primero”. ¿Me estás retando?
Lyn rió a carcajadas y negó con la cabeza. Sus conocimientos no la sorprendían. No había algo de Peter que pudiera sorprenderla.
-La maldición cayó sobre mí -le dijo ella, alegre.
-No en lo que a mí concierne -hizo ver Peter con una cálida sonrisa de aprobación.
Y por alguna loca razón, el que él la aprobara hizo que le importara un comino que su familia la reprobara.

Capítulo 6

La cena en Luigi's fue divertida. La conversación de Peter no resultó aburrida y la felicidad interna de Lyn afloraba tan libremente como el champaña que bebió durante la cena. Le hubiera encantado seguir toda la noche así, pero Peter no lo permitió.

-Tenemos que levantarnos temprano, mañana -hizo ver adoptando un aire de responsabilidad.

-¿Crees que debemos ir temprano a la sala de exhibición?

-No. Primero iremos a mi imprenta para que te hagan algunas tarjetas de presentación. Creo que deben ser doradas.

-Doradas y negras.

-Tú eres la artista.

Lyn rió sintiéndose emocionada con el repentino pensamiento del éxito.

-Haré una cita a las dos en punto con Charles. Es malo mostrarse demasiado ansioso y, además, mi abogado necesitará tiempo para redactar el contrato.

De repente, Lyn se conmocionó al darse cuenta de cuánto hacía Peter por ella.

-Eres muy generoso, Peter. Me siento culpable de quitarte tanto tiempo.

-No tengo nada mejor que hacer -sonrió.

-¿Qué me dices de tu trabajo? -lo miró con curiosidad-. Debes estar ocupado para sacar a la luz tu boletín.

-No mucho. Sólo debo esforzarme por mantener la honradez de los tiburones. ¿Has oído hablar de Joseph L. Livermore?

-No.

-Fue el mejor de Wall Street. Siempre ganaba, usando sólo su juicio y sus nervios de acero. Pero antes de jugar, se aseguraba de que todos los actores estuviesen a su favor. Si hay una persona a la cual yo admiro, es a Joseph L. Livermore -sonrió y fue la sonrisa de un hombre que había logrado un éxito similar al que acababa de describir.

Él era un jugador y a ella le encantaba que lo fuera. Y ganaba, como había ganado para ella esa noche.

-Entonces ésa es la razón por la cual siempre apareces en los titulares de los diarios. Cuando triunfas, es en grande.

Sus ojos mostraron un brillo de satisfacción cuando le retiró la silla.

-Disfruto de los retos. No se trata sólo de un juego, Lyn. Participan el cerebro, el conocimiento y la técnica. Mientras tanto, le estamos haciendo un favor a Charles Sinclair.

Lyn sonrió ante lo absurdo de la idea. Pero su sonrisa recibió una sacudida cuando el ascensor se abrió en el piso de su apartamento.
-Es hora de que pagues tus deudas -le murmuró Peter sugestivamente.
La conmoción de la joven fue severa. No querría decir... no. El había sido muy claro, no estaban atados, no había obligaciones sexuales. No podía creer que él hubiese mentido en eso. No Peter Kelso.
Lo miró y notó una sonrisa en sus labios y un brillo burlón en sus ojos. Volvió a relejarse. Peter sólo estaba jugando. Ella empezaba a reconocer su agilidad mental.
-¿Qué quieres, Peter?¿El cubrecama? -y a pesar de que ella no quería deshacerse de su colcha, Peter había hecho tanto por ella que estaba dispuesta a regalárselo.
El se apoyó contra la pared, cruzó los brazos y la miró con expresión burlona.
-Creo que me debes una taza de café.
Ella sonrió ante la simplicidad de su petición, pero la sonrisa se convirtió al instante en un suspiro.
-Te debo mucho más que eso. Yo nunca, nunca habría podido lograrlo sola. Fuiste muy hábil. Si alguna vez pudiera recompensarte...
-Nada me debes, absolutamente nada. Excepto una taza de café -rió y todos sus rasgos adquirieron una expresión maliciosa-. Ya tuve la recompensa por todos mis servicios... con el placer de ver la cara de Charles Sinclair. El placer de verte a ti feliz. El placer de ayudarte a ser libre.
La sonrisa de Peter llegó hasta el corazón de la chica y éste latió jubiloso.
-Ha sido una noche grandiosa -suspiró feliz-. Gracias por hacer que todo esto sucediera.
Él la miró y observó la gratitud en esos enormes y expresivos ojos y la rechazó.
-¡Hey, no te pongas seria conmigo! La vida no es tan intensa. Es divertida y debe ser disfrutada al máximo, en libertad.
-¡Seguro que hemos hecho eso! -aceptó sonriente mientras abría la puerta de par en par para permitirle el paso-. ¿Sabes cómo me siento? Como Eliza Doolittle cuando pudo expresarse bien -Lyn bailó vals alrededor de su sala.
Peter cerró la puerta y se unió haciéndola bailar como un trompo hasta que Lyn se dobló de risa.
-¡Suficiente! Eres demasiado, Peter -señaló sentándose en la silla más cercana y casi al instante volvió a dolarse de la risa-. ¡Oh, Dios! ¡Delly! ¿Cómo pudiste llamar así a mi hermana? Creí que su cara se

resquebrajaría.
El se quitó la chaqueta y la arrojó sobre un sillón, se acercó y movió la cabeza.
-Pobre niña. Deberías sentir compasión por ella. Le falta mucho.
-¿Delvene? -Lyn lo miró con incredulidad-. Lo tiene todo.
-¿Puedes compararse una margarita con una rosa? -Peter levantó una ceja, burlón-. Su brillo es de oropel.
Ella le sonrió, atrapada en su locura. Se puso de pie y se dirigió a la mesita de café adoptando una pose triunfal.
-¿Sabes lo que se siente al subir al Monte Everest y mirar hacia abajo a todo el mundo?
Los ojos de Peter brillaron al comprender al entusiasmo de la chica y la compartió.
-Sí, lo sé. Pero mañana hay otra montaña que debe escalarse. El truco es encontrar un camino que la rodee si es que no se puede subir directo.
-Tú siempre lo logras, ¿no es así?
Una risa entre dientes lanzó Peter mientras se acercaba a la muchacha.
-Lo intento, Lyn, siempre lo intento -le aseguró inclinándose hacia ella y tocándola muy superficialmente, pero su mirada la acariciaba de una forma más definitiva, con una promesa difícil de rechazar.
El corazón de Lyn latió por el temor...¿o se trataba de ansiedad? La mente de la chica recibía mensajes contradictorios. Las manos de Lyn resbalaron desde los hombros hasta su tórax, pero no podía hacer que obedecieran la orden de separarlo. Tuvo que reconocer que no quería hacerlo. Deseaba que él la besara, quería experimentar la sensación de su boca sobre la de ella, sus brazos rodeándola, cimentando la unión que habían experimentado aquella noche.
Él observó el deseo reflejado en los ojos de ella. Después, muy despacio, aceptando la invitación de su cabeza inclinada, su boca descendió para tomar lo que se le ofrecía. No lo hizo con ansia, sino con reverencia... besos suaves, sensuales, provocativos que la hacían desear más. Conducida por la necesidad de prolongar la experiencia, Lyn elevó las manos hasta el cuello de Peter y mantuvo su rostro muy cerca del de ella.
Peter no trató de aprovecharse. Pasó una mano en el cuello de la chica y con los dedos recorrió puntos de extraordinaria sensibilidad. La otra mano subía y bajaba por la espalda de Lyn, haciéndola temblar de placer. Entonces encontró otra línea erótica, desde la axila hasta el inicio de su seno. El estremecimiento de Lyn se intensificó.
Las manos de Peter seguían encontrando nuevos puntos que

explorar y aquella se convirtió en una especie de tortura. El cuerpo de Lyn temblaba por la necesidad de acercarse aún más a él. Y Peter lo hizo, ella sintió los músculos contra su piel y se abandonó a su respuesta.
Una pasión explosiva se apoderó de la chica mientras su anatomía se acoplaba a la del hombre. Quería más de él. Empezó a acariciarlo de la misma manera que él recorría sus curvas, se detenía en su trasero y...
¡Oh, Dios! La imagen de Peter con Jessie llegó con una claridad paralizante. Las manos de Lyn detuvieron su recorrido al tiempo que su boca perdió pasión.
Peter reaccionó al instante y sus caricias se volvieron persuasivas mientras con los labios le besaba los lóbulos.
-No te reprimas ahora, Lyn. No niegues tus impulsos -le murmuró con voz ronca-. Tienes un dolor, una necesidad que debe ser satisfecha. Sé libre, vuela conmigo. Déjame enseñarte qué se siente ser amada.
Ella se estremeció, pero no fue de placer.
-Esto no es amor, Peter.
Él estaba en lo cierto, ella sentía dolor, sin embargo, sus necesidades no podrían ser satisfechas únicamente en un aspecto físico. Se separó un poco de él y lo miró, retadora mientras le preguntaba:
-¿Cuántas veces al día lo deseas?
Él la miró con fijeza.
-Contigo podría batir cualquier marca. Pero no es sólo por mí, Lyn, sino por ti. He hecho todo lo que he podido para complacerte.
Ella sintió el impulso de arrojarse en sus brazos, mas negó con la cabeza.
-Lo siento, Peter. Es como el cubrecama. No estoy disponible, ni como pago ni como regalo.
Los labios de Peter hicieron un movimiento sensual, casi hipnótico.
-¿Otra montaña que escalar?
-Tu montaña, no la mía.
Él sonrió al tiempo que la tomaba por una muñeca. Se la oprimió mientras ella lo observaba, sorprendida. Le sostuvo la mirada en silencio. Después, con suavidad y con tono sugestivo, él le dijo:
-Siente tu pulso, Lyn. Es de doscientos veinte latidos por minuto. Consérvalo así un tiempo y morirás. Ven conmigo a la cama y te salvaré la vida.
Ella suspiró y no pudo evitar la sonrisa.
-No puedo frenar mis respuestas. Puedes lograr respuestas físicas conmigo, Peter. No dudo de que seas un gran amante, pero la respuesta sigue siendo no -se liberó de su mano y se dirigió con

rapidez hacia la cocina escapando de la tentación-. Te haré el café que te debo.
-Piensa en lo que te debes a ti misma -insistió él, siguiéndola.
-Es precisamente en lo que pienso -respondió, enfática-. Casi me pierdo tratando de encajar con lo que otros quieren o esperan de mí. Estoy decidida a no hacer cosas que no deseo.
Le dio la espalda y conectó la cafetera tratando con desesperación de recuperar la calma. Podía sentir la mirada de Peter a su espalda.
-¿Entonces por qué te niegas lo que realmente deseas? -en su voz no había el menor síntoma de presión su tono era muy serio.
Lyn movió la cabeza y con lentitud se volvió hacia él, sus ojos reflejaban el vació de su alma.
-No es lo que deseo, Peter. Toda mi vida he recibido amor de labios para afuera, nunca con sinceridad. Y eso me darías esta noche... Puede ser físicamente excitante, y placentero, pero el placer pasará y después me sentiría más sola que antes por haber dado tanto de mí.
Peter se acercó a ella. Lyn se tensó, decidida a rechazar cualquier contacto físico. El le tomó el rostro con delicadeza y la obligó a mirarlo a los ojos.
-¿Te sentiste sola conmigo esta noche?
-No -susurró luchando contra su magnetismo.
-Tampoco yo me sentí solo contigo. Estuvimos juntos, Lyn. ¿Por qué no compartir una unión más íntima?
Ella logró esbozar una sonrisa burlona.
-¿Cómo la que compartiste con Jessie anoche? ¿Y quién será la de mañana? Yo sólo sería un ejercicio más para ti, una de la innumerable lista de Jessies.
El no le devolvió la sonrisa. Sus ojos se opacaron y Lyn tembló ante la intensidad de su mirada.
-Nunca he hecho el amor con una mujer que no me guste. Ni tampoco con alguna que no haya deseado hacerlo por voluntad propia. No pido perdón por las Jessies de mi vida, ni por disfrutar del sexo, ni por todas las cosas que hago. Pero todo eso podría ser distinto si tuviera a mi lado a la compañera adecuada. La he buscado durante mucho tiempo, pero no la he encontrado... todavía.
El énfasis que le dio a su ultima palabra hizo que Lyn se estremeciera. ¿Estaba sugiriendo que ella, podría ser la pareja adecuada para él?¿O lo decía sólo para inducirla a participar de su juego?
-La búsqueda de compañeras de placer puede ser tu estilo, Peter, pero no el mío -respondió, firme-. Ayer decidí que viviría mi vida en mis términos, no en los de los demás.

-¿Y no estas dispuesta a ceder?
Ella pudo sentir que Peter debilitaba su decisión. Era en extremo difícil rechazar el poder seductor que él desplegaba, pero Lyn se obligó a mantenerse firme.
-Ya he jugado suficiente por hoy.
Para su sorpresa, Peter sonrió y le acarició el rostro con suavidad.
-Entonces, esperaré. Para ti, siempre estaré dispuesto, pero no volveré a pedírtelo. Cuando lo desees, dímelo. Mientras tanto, el café está a punto de consumirse.
Confundida por completo, Lyn se dirigió a la cafetera y sirvió dos tazas.
-Vayamos a tomarlo en el balcón -sugirió ella sintiendo la necesidad de que el aire frío extinguiera el fuego que la atormentaba.
Peter tomó su taza.
-La vieja Henry también prefería la oscuridad del balcón para hablar de cosas que encontraba incomodas a la luz del día.
-Yo no soy la vieja Henry.
-No, pero te pareces a ella. Un día te veras a ti misma como yo te veo y entonces sabrás lo especial que eres.
Las palabras le llegaron al corazón logrando que latiera apresurado. Caminaron hacia el balcón. Era una noche hermosa, las luces de la ciudad combinaban con las de las estrellas. El balcón tenia una mesa y dos tumbonas. Lyn se acomodó en una de ellas, contenta de permanecer en la semioscuridad. Su cuerpo temblaba y su mente estaba aturdida.
Miró de soslayo a Peter, quien se acomodaba en la otra tumbona. Era un hombre atractivo, viril, experto en erotismo y muy, muy astuto. ¿Y qué era ella? Un patito feo con talento para el diseño. No era la pareja adecuada para Peter Kelso. El viejo complejo de inferioridad la abrumó de nuevo.
-¿Por qué te pusiste de mi lado en contra de Delvene, Peter? Ella es muy hermosa.
-Pero su corazón es horrible. Todo lo que ella tiene es belleza, y lo sabe, por eso insiste en repetirse que es suficiente. Tú tienes mucho más, Lyn.
Le pareció una observación extraordinaria y Lyn se sintió reconfortada. Pero entonces recordó las palabras que Peter le dijo a Delvene.
-Dijiste que le harías el amor.
-Sólo si tú me apartas de ti -el brillo de sus ojos destacó en la oscuridad-. Y tú no vas a hacerlo, ¿o sí?
-Como amigo, no -respondió segura. Lyn empezaba a entender la amistad de la tía Henrietta con aquel hombre. Debió haber existido una compaginación mental entre ellos-. Un genio y un tonto. ¿Por

qué arriesgas tu vida haciendo cosas tan peligrosas como el paracaidismo? -le preguntó, curiosa.
-Porque siempre he querido experimentar todo lo que ofrece la vida. Si muriera esta noche, moriría sin lamentar por no haber hecho lo que quise.
-Todo lo has llevado a los extremos.
-¿Y por qué no? Se vive sólo una vez. Abre tu mente, Lyn, no dejes que el miedo te domine.
¿Miedo? Sí, había dejado que la dominara el miedo, el temor a ser rechazada. Pero eso tenía motivos. El rechazo de sus padres, el de los hombres cuando conocían a Delvene. Pero Peter no la había rechazado. Ni tampoco Charles Sinclair, gracias a él. Fue ella quien rechazó esa noche y ya no permitiría que el miedo la dominara. Miró con aprecio al hombre que seguía a su lado dándole su amistad a pesar de que ella le había negado su cuerpo.
-No es que le tema al sexo, Peter -dijo ella en un impulso.
-¿Es ésa una manera sutil de pedirme que vaya a la cama contigo?
Ella sonrió y negó con la cabeza.
-Te lo pediré cuando puedas darme tu alma.
El no sonrió. La observó con seriedad y a Lyn le resulto incómodo aquel silencio momentáneo.
-Yo soy mío, Lyn, de la misma manera que tú eres tuya. No creo que el encontrar almas te dé mucha satisfacción.
-Quizá lo logre algún día. De cualquier manera, es la montaña que deseo escalar -insistió con tristeza.
-Algunas montañas nos la ponemos nosotros mismos, Lyn -sonrió provocativamente-. Pero yo estaré esperando a que tú bajes de la tuya.
Era probable que así fuera, pensó ella con la sensación de que sería inevitable. Sin embargo, aquél era un descenso que ella evitaría. Lyn deseaba amor y Peter sólo le ofrecía sexo.
El depositó su taza vacía sobre la mesa y se puso de pie.
-Bien, supongo que lo mejor será que me vaya a mi solitaria cama y te deje a ti en la tuya, lo cual me parece un desperdicio. No obstante... -Peter hizo que ella también se levantara y la acercó a sí, sus ojos brillaban-, ya llegará el tiempo.
Ella no pudo resistir retarlo.
-Por favor, no contengas la respiración.
Peter rió y no le soltó la mano mientras se dirigían a la puerta y recogía, de paso, su chaqueta. El contacto de sus dedos le recordaba la magia física de la cual él era maestro. ¿Sería una tonta al rechazarlo?, se preguntó, mas de inmediato desechó la idea. Ella no seria un ejercicio sexual para nadie, aunque le debía a Peter mucho más que una taza de café.

-Te haré una colcha y te la regalaré en señal de agradecimiento -le prometió mientras abría la puerta.
Él hizo una pausa y la miró, su sonrisa hizo que la chica volviera a inquietarse.
-No hagas eso, Lyn. El único cubrecama que yo quiero es el tuyo, contigo debajo de él y yo a tu lado. Sólo dime cuando tú también desees lo mismo -le recorrió los labios con un dedo-. Dulce sueños.
La puerta se cerró con suavidad y Lyn se apoyó contra ella sintiéndose una boba. Sabía que era una equivocación, que podría odiarse después. Sin embargo, se sentía frustrada, incompleta. Ella quería saber, sentir cómo era Peter Kelso como amante.
Pese a todo, no hizo ningún movimiento para seguirlo. En vez de eso, se dirigió hacia su solitaria cama, se deslizó bajo las sábanas y se consoló pensando que sería más sensata y perdurable una relación de amistad con él.
Como la tía Henrietta. El pensamiento la inquietó. Allí estaba ella, en el hogar de la tía, en su cama. Seguía siendo virgen pues cualquier relación que pudiera haber desembocado en algo más íntimo, fue cortada por Delvene.
Lyn rápidamente recordó que sólo tenia veintiún años. Era seguro que en el futuro encontraría a alguien a quien pudiera amar y que correspondiera sus sentimientos. No quería pasar por la vida sola, sin experimentar el placer físico con el ser amado. Por eso, el ofrecimiento de Peter Kelso sería la ultima opción.

Capítulo 7

Llegaron a las dos en punto. Peter instruyó a un hombre para que bajara los cubrecamas.
Ella tomó su cartapacio con dedos temblorosos, era de piel negra con una placa que decía Lyn Mansfield y que Peter había insistido en que adquiriera. Llevaba las tarjetas y el contrato que redactó el abogado. Vestía un traje negro de crepé, una blusa de color crema y zapatos de tacón muy alto.
Peter sonrió al mirarla antes de tomarla del brazo.
-Yo debería escogerte siempre la ropa. Lo hago muy bien.
-No me siento yo -respondió ella.
-Entonces olvidémonos de la venta de las colchas. Tengo una idea mejor. Regresaremos a casa y con lentitud te quitaré toda la ropa, prenda por prenda, para hacerte sentir tú.
La mente traicionera de Lyn recordó la exquisita sensualidad de su contacto, la excitación que experimentó sin que él la desvistiera. El imaginarse que esas mismas manos la desnudaban lentamente, explorando su cuerpo, la hizo estremecer de deseo… tembló con esa fantasía. Frunció el ceño y miró a Peter con una mezcla de reproche y de irritación ante su propia debilidad.
-¿Nunca te das por vencido?
-No cuando el objetivo es deseable -se burló.
Era incorregible y endemoniadamente atractivo para ignorar la tentación que le ofrecía.
-Creo que es mejor que nos concentremos en los cubrecamas -murmuró ella.
Él encogió los hombros.
-Bien, procedamos.
Peter la condujo a través de la sala de exhibición principal. Todo el mobiliario era de calidad y los accesorios muy finos. Peter la condujo hasta la sección de dormitorios, tomó las dos colchas que había llevado el hombre que los recibió y le ordenó que fuera por la otra.
-Y ahora, ¿en cuáles camas los ponemos, Lyn?
Ella lo miró, sorprendida.
-¿No deberíamos esperar a?…
-Por supuesto que no. Finge que somos los dueños del lugar -le dijo con esa seguridad que siempre desplegaba-. De cualquier manera, ya viene… desafortunadamente. Tenia la esperanza de que podríamos hacerlo juntos.
Lyn miró en la dirección que lo hacia Peter y vio a Charles Sinclair

bajando por la escalera, a su espalda y por el ventanal de la oficina distinguió a Damien Sinclair observándola a ella y a Peter. Lyn se sintió un tanto decepcionada de que él hubiese preferido mantenerse alejado.
Con un poco característico gesto de confianza, le indicó a Peter cuál, cama era la adecuada para cada uno de sus diseños. Como si fuera la dueña del lugar. Peter estaba desenrollando una de las colchas cuando Charles llegó.
-Buenas tardes, Charles.
-Buenas tardes, Peter -dirigiéndole a Lyn una sonrisa cortés y encantadora, añadió-: Buenas tardes, señorita Mansfield, he estado esperando este momento todo el día.
-Muy amable de su parte, señor Sinclair, espero que su ansiedad sea satisfecha -respondió Lyn, feliz. De verdad se sentía segura de sí.
Peter tomó el primer cubrecama, y actuando con reverencia, lo extendió. El diseño era tipo azteca, brillaban los tonos dorados sobre el púrpura contrastando con el terciopelo negro, bordeado con aplicaciones en rojo oscuro.
Charles observaba, extasiado por el juego de colores y las texturas. Su mano se alargó para tocarlo. Su cabeza tembló de la misma manera que la de Peter el día anterior. Lyn miró a su amigo y éste le devolvió la mirada con expresión triunfal. La chica dirigió la vista a la oficina donde Damien estaba parado instantes antes... pero ya no se encontraba allí, ahora descendía por la escalera, apresurado.
-Odio tener que decir que te lo dije, Charles -señaló Peter provocativo-.
Lyn se sorprendió al notar que Sinclair reía.
-Te agradezco este favor -añadió con énfasis y después se volvió hacia la chica con una amplia sonrisa-. ¿Me permite felicitarla, señorita Mansfield? He visto muchas obras de arte en mi vida, pero pocas tan impactantes. Puedo afirmar, con toda seguridad, que Peter no sobrevaluó su extraordinaria creatividad.
Lyn no tuvo tiempo de responder, Damien tomó a su padre por el hombro exigiéndole su atención.
-Por supuesto que la comprarás -le insistía.
-Por supuesto -aseguró Charles.
Los ojos azules de Damien brillaban por el deseo de poseer la colcha. La sonrisa del joven se amplió.
-Es un gran placer volver a verla, señorita Mansfield.
Lyn se sintió abrumada cuando él le estrechó la mano.
-Supongo que estás impresionado, Damien -señaló Peter sardónico.
-Mucho más que impresionado, estoy ¡azorado! -las palabras fueron dirigidas directamente hacia Lyn antes que Damien se volviera hacia Peter-. Hola, Peter, ¿sigues jugando? -el antagonismo entre

ellos seguía presente.
-S162lo cuando tengo la certeza del triunfo -respondió él, sonriente-, como puedes notar. ¿Listo para ver más?
Los siguientes cubrecamas fueron extendidos y los Sinclair, padre e hijo, dieron un paso atrás y cruzaron los brazos. Los observaban en silencio y con avidez. Lyn hizo un verdadero esfuerzo por no demostrar su alborozo, pero sus ojos brillaron cuando Peter colocó las tarjetas recién impresas en el centro de cada una de las cabeceras.
-Y ahora, la firma del contrato, Charles -sugirió Peter-. Lo traigo conmigo, esto está preparado para que firmes. Quizá te gustaría leerlo, sin embargo, puedo asegurarte que no es como los tuyos. Todo está en orden.
Lyn casi se atraganta al tratar de reprimir una exclamación. Ella estaba en contra de que Peter provocara a Charles. Era innecesario. Pudiera sé que con eso, cambiara de decisión en el último momento.
-Y también está el asunto del cheque por estas tres adquisiciones -continuó-. Ah, y Lyn trae un cartapacio con diseños, si es que deseas hacer un pedido. Con un depósito del diez por ciento, naturalmente, en caso de que elijas alguno.
Peter sabia lo que hacía, notó Lyn, aliviada al observar que Charles Sinclair había caído en la trampa que le tendió Peter.
-Naturalmente -repitió Charles y, con lentitud, dejó de admirar la tercera colcha para ver a su hijo-. ¿El embarque italiano?
Damien negó con la cabeza y se acercó a Lyn tomándola del brazo mientras le sonreía.
-Arriba tengo fotografías de nuestras cabeceras de camas, si gusta subir conmigo, se las mostraré y usted podrá enseñarme sus diseños. Quizá podamos combinar las cabeceras y las colchas para realzar la belleza de ambas.
Ella sentía bullir su interior de felicidad. El éxito era enorme y aún mayor si significaba hacer tratos con un hombre tan atractivo como Damien Sinclair.
Peter y Charles los siguieron escalera arriba mientras discutían algunos aspectos comerciales. Lyn estaba tan dichosa que no los escuchaba, sin embargo, se divirtió cuando oyó decir a Peter en su inimitable estilo:
-Bien, bien, Charles, por esa clase de información necesitarás pagar mucho dinero. No deberías aprovecharte de mi bondad de esa manera.
Damien inclinó la cabeza para acercársele a Lyn.
-Ellos no tienen alma. He viajado a todo lo largo y ancho de Europa y nunca he visto algo como lo que tú haces.

El corazón de Lyn dio un vuelco por la emoción. Su sonrisa se amplió más cuando él abrió la puerta de la oficina y le cedió el paso. Había dos escritorios y archivadores. Las sillas y la mesita de café estaban acomodadas a un lado del ventanal. Damien se dirigió hacia uno de los archivadores y extrajo un legajo.
-Usaremos mi escritorio -le dijo él.
-¿Tu abrigo, Lyn? -murmuro Peter quitándole el cartapacio de debajo del brazo.
Lyn lo miró, agradecida. Como siempre, Peter tenía razón. Sería incomodo mover los brazos dentro de las mangas del abrigo. Pero antes que la chica empezara a mover las manos para desabotonárselo, los ágiles dedos de Peter lo hicieron rozándole los seños. Demasiado conmocionada para detenerlo, se limito a verlo boquiabierta, mientras se percataba de la mirada provocativa de él. Al instante, la sangre empezó a correr más rápido por las venas haciéndola sentir indicios de excitación.
Por un momento deseó que él la tocara, sentir sus manos cerrándose sobre su busto y los pezones se endurecieron al pensarlo. Era consciente de su excitación cuando Peter le quitó la prenda de los hombros. Por desgracia, la blusa no era la adecuada para disimular sus sensaciones físicas.
Miró de reojo a los Sinclair con la esperanza de que no hubieran notado su reacción ante la escena compartida con Peter, pero se encontró con la mirada de ambos fija en el suave material de su blusa. No usaba sostén, pero llevaba una delicada camisola. La vergüenza le arreboló las mejillas, a pesar de lo cual fue consciente de su estremecimiento.
No era algo que ella hubiese buscado, pero por un instante comprendió la obstinación de Delvene por ejercer su poder sexual. Sabiendo que los hombres la miraban, caminó con gracia y con un ligero movimiento de caderas, hacia la silla que le ofrecía Damien. Al sentarse, la abertura de su falda se pronunció y Damien miró con admiración las piernas femeninas antes de concentrarse en los negocios y mostrarle las fotografías de las que había hablado.
Adorables piernas, habría dicho Peter. Sonrió al tiempo que colocaba el cartapacio frente a ella. No tenía la menor duda de que Peter había elegido aquella ropa para hacerla sentir sexy, pero no le importaba. Se consideraba una triunfadora. Su trabajo era apreciado y recibía un trato de respeto y admiración.
Mientras ella y Damien discutían sobre los diseños, Charles revisaba el contrato y lo comentaba al detalle con Peter antes de decidirse a firmar. Peter se lo pasó a Lyn, y una vez que ella lo firmó, él hizo lo mismo.
Charles le pidió otras tres colchas y le extendió un cheque. Trece

mil doscientos dólares. No negociable. Lyn lo miró con una felicidad que evitó demostrar y después lo metió en su bolso de mano.
Damien reclamaba de nuevo su atención hablándole con una ansiedad sorprendente.
-Tengo otra proposición que hacerle.
-Te dije que esto podría suceder, Lyn. ¡Estaba absolutamente seguro! Si no es el padre, es el hijo -declaró Peter con humor sardónico.
-¡Estoy hablando en serio! -exclamó Damien.
-Por supuesto que sí, ¿quién no lo haría con tal descubrimiento? -le respondió Peter-. Yo también.
El rubio lo ignoró y se dirigió a Lyn.
-Me comisionaron para redecorar la mansión Pott's Point que acaba de comprar Mark Eden. No hay limite para los gastos. Me gustaría mostrarle el dormitorio principal. Quieren una cama grande, para lo cual necesitaremos que nos haga usted una creación muy especial. ¿Acepta?
-Quizá. Me gustaría ver primero la alcoba -respondió Lyn con cautela, emocionada con la idea pero buscando la mirada de Peter para que le diera un consejo.
-Trabajo especial, precio especial -dijo Peter con rapidez- Damien...
-Peter -la suave voz de Lyn le suplicaba no continuar con aquella actitud. Realmente quería hacer ese trabajo.
Él le sonrió y continuó:
-Puede resultar un encargo molesto, hay que encontrar los materiales adecuados y soportar la presión de entregarla un día determinado...
-No hay problema con el tiempo -insistió Damien-. Eden no piensa ocupar la casa antes de seis meses.
-Ah, pero la inspiración puede esfumarse -argumentó Peter.
El rubio suspiró demostrando que estaba perdiendo el control.
-Tal y como lo dije, no hay limite para los gastos. Siempre y cuando sean razonables -añadió más cauteloso-. Me gustaría que me proporcionaran un presupuesto antes de encargar el trabajo.
-Lyn discutirá el precio después que haya creado el diseño -declaró Peter con decisión y después sonrió-. Sé que ella lo hará.
-Bien, bien, entonces ya todo está listo -dijo Damien y volvió su atención hacia Lyn-. ¿Podría llevarla en este momento a Pott's Point y enseñarle el dormitorio?
Lyn no supo que responder. Estaba ansiosa por ir, pero necesitaba consultar a su vecino. Había ido en el auto de él y Peter debía tener algo planeado. Lo miró inquisitivamente tratando de contener su ansiedad ante el giro de los acontecimientos.
-¿Estoy libre ahora?

Peter dio antes de responder:
-Las únicas cadenas que te detienen son las tuyas, Lyn.
-Entonces, iré -aseguró la chica sonriéndole a Peter y sintiéndose optimista.
-Y yo también... a casa. Dame tu cartapacio y las llaves del coche, Damien puede llevarte al apartamento, así ahorraremos gasolina.
-¿A tu casa? -Damien frunció el ceño.
-Más o menos -los ojos de Peter tenían un brillo diabólico-. Tenemos un convenio vecinal.
-Ya veo -musitó Damien.
Lyn estuvo a punto de explicar en qué consistía ese convenio vecinal, como lo había llamado, pero Peter, con una mirada, se lo impidió.
-Espero que efectivamente lo veas -había burla en los ojos de Peter al dirigirse a Damien. Después, tomó el cartapacio y las llaves y miró a Lyn-. Que te diviertas. De eso es de lo que se trata -dirigiéndose a Charles añadió-; Anota este favor que te he hecho -después de decirlo, salió como un impresionante caballero que se reía de la vida y de las vacas sagradas.
Lyn se sintió repentinamente sola e indecisa. ¿Podría hablar de negocios con Damien Sinclair sin el apoyo de Peter? El la había llevado hasta ese punto, aumentando la confianza en sí misma, pero ahora no estaba tan segura de poder hacerlo sola... de poder ser libre.
Las palabras de Peter resonaron en su cerebro: “Las únicas cadenas que te detienen son las tuyas”. Podría hacerlo. Por supuesto que sí. Peter confiaba en ella, y ella también. Estaba lista para el éxito. ¿O no? Además, Damien deseaba sus creaciones. Miró al atractivo hombre que estaba a su lado y se preguntó por qué no le simpatizaba. La percepción de Peter era muy aguda, pero quizá su antagonismo se debía a una competencia entre hombres, la cual nada tenía que ver con su trabajo, se aseguró y quedó complacida.

Capítulo 8

Damien hizo un despliegue de cortesía y de encanto, le retiró la silla y le llevó el abrigo cuando ella decidió que no se lo pondría.
Le halagaba su mirada de admiración. Se aseguró de que estuviese cómoda en el asiento delantero de su auto.
Depuse de ajustarse su cinturón de seguridad, Damien comprobó que el de ella estuviese bien colocado entre sus senos. De nuevo, los pezones de la chica se endurecieron al notar la mirada que le dirigió Damien. Se sintió aliviada cuando él centró su atención en el camino al poner el auto en marcha.
Era estupendo sentirse sexy y ser considerada como tal cuando Peter estaba a su lado, pero ahora no se sentía cómoda con Damien. Recordó las palabras burlonas de su vecino: ¿Las chicas son demasiado fáciles para ti? Lyn no quería que Damien Sinclair la considerara "fácil". Se preguntaba si él pensaría que ella estaba viviendo con Peter y jugó con la idea de corregir tan falsa impresión. El comentario de Peter había sido confuso, ¿lo habría hecho a propósito? ¿A manera de advertencia?
Desechó esa idea. Ella era libre, él quería que ella lo fuese. Pero si le decía eso a Damien Sinclair, él descubriría que ella estaba interesada y a pesar de que lo encontraba muy atractivo físicamente hablando, quería conocerlo mejor antes de darle la señal de "siga". Después de todo, debía haber alguna razón para que Peter no le simpatizara.
Cuando salieron de la zona más concurrida y transitaban por los suburbios del este, Damien le sonrió con amabilidad.
-Me atrevería a decir que has estado en muchas mansiones, Lyn. ¿Me permites tutearte?
-Sí, por supuesto -le respondió con rapidez-. Y sí, sí estoy muy acostumbrada a las mansiones, he vivido la mayor parte de mi vida en una. No las recomiendo como hogar para una familia -añadió secamente.
-Dudo mucho que Mark Eden estuviera pensando en su familia cuando la compró -rió-. Lo hizo para impresionar a todos -desvió la vista para observar los brazos femeninos con admiración-. Y es por eso que te llevo allí, Lyn. Tu trabajo hará que se le salgan los ojos de las órbitas.
El placer de escuchar esas palabras le hizo ruborizar.
-Me alegra que pienses eso. ¿Tienes planeado algún estilo en especial? -le preguntó tratando de hallar una guía sobre la cual dirigir su diseño.

-Es difícil -Damien hizo un gesto gracioso-. La mansión tiende a ser tradicional. Me encantaría llenarla de antigüedades, pero eso no le vendría bien a Mark Eden.
Lyn movió la cabeza. Mark Eden era un empresario a gran escala, una persona rimbombante que parecía tener participación en todos los negocios importantes. Había hecho su fortuna en el área de bienes y raíces y su nombre siempre estaba conectado a cualquier compra millonaria, en especial, las relativas al turismo.
-Me mostró los cuadros que está comprando -continuó Damien-. Son modernos, impactantes y llenos de color. Afortunadamente, las habitaciones tienen buena luz natural. Los muebles los he elegido sutiles, claros, modernistas, y el color lo estoy poniendo en los accesorios. Te darás una idea más amplia cuando veas lo que he hecho. Puedes llenar el diseño de color. Mark adorará un cubrecama así.
-Eso dependerá de la habitación -le sonrió, feliz.
-No hay problema. El baño es blanco y dorado y el vestuario de espejos. La alfombra es blanca.
Damien le habló de las otras habitaciones que estaban en proceso de redecoración y Lyn se sintió bien en su compañía y la conversación le pareció estimulante. Le preguntó dónde compraba sus telas y la chica mencionó varias casas importadoras.
Los trabajadores estaban saliendo de la mansión cuando Lyn y Damien llegaron. Él la llevó por varios cuartos que estaban siendo pintados y tapizados. La chica se impresionó con las elecciones de Damien.
-Tienes muy buen ojo para la proporción y el color -le dijo ella apreciando su labor.
-Viniendo de ti, ¡es un halago! -sonrió-. ¿Quieres ver la alcoba principal?
-Sí, por favor.
La mirada de Damien fue aún más cálida cuando la tomó por el brazo y la chica fue consciente de su proximidad. A pesar de que se había mostrado interesada por su compañía, ella no podía creer que se sintiera atraído hacia su persona. Un hombre tan atractivo como Damien, buscaría a alguien como Delvene, no como Lyn. Sin embargo, aquella mirada hizo que el corazón de la chica empezara a latir apresurado mientras subía por la escalera.
-Es una escalera impresionante -comentó ella mientras se decía que no debía ser ridícula. Aunque resultara emocionante pensar que Damien se sintiera atraído hacia ella, no era un hecho.
-Sí. Me pregunto cuántas mujeres la habrán usado para hacer una aparición triunfal -musitó él con suavidad.
Lyn se concentró en los dormitorios y en los cubrecamas. La

emoción crecía mientras se acercaba a la alcoba y sus ojos parpadearon al entrar por fin en ella. Era una habitación enorme.
El único mueble era la cama grande, con su cabecera elegante, blanca y con detalles de oro. La serie de ventanas francesas daba acceso al bacón desde donde se observaba el puerto. El dormitorio era luminoso, pero parecía suplicar que le pusieran color. Lyn miro el vestuario y el baño, eran tal como se los había descrito Damien.
-¿Lo ves? -le preguntó él cuando regresaron al dormitorio.
-Sí. ¿Tienes algo en mente? -preguntó con cautela.
Él inclinó la cabeza como si estuviese estudiando a la chica, poniendo particular atención en sus labios. El pulso de Lyn se aceleró. No había estado equivocada. El se sentía atraído hacia ella y no sabía si deseaba que fuera así. Era consciente de que se encontraban solos en aquella habitación. La mirada de Damien descendió hacia su blusa y ella contuvo el aliento.
-Estoy seguro de que querré todo lo que tú tengas en mente -le sugirió él con suavidad.
Con cada uno de sus nervios tensos, Lyn decidió que era mejor poner cierta distancia entre ellos. La chica caminó hacia las ventanas, las abrió y permitió que entrara la fresca brisa marina. Le gustaba Damien y había disfrutado de su compañía, pero estaba allí para hablar de la colcha y eso era todo lo que ella quería de él en ese momento. Era demasiado pronto para algo más. Y, demasiado... increíble.
-Es una vista preciosa, ¿no te parece? -preguntó ella deseando romper el silencio que le resultaba incómodo.
-Preciosa -concedió Damien acercándose. Una de sus manos descendió hasta la cintura de la chica, después, la otra y con ambas, hizo movimientos circulares sobre su espalda, movimientos excitantes que hicieron que Lyn se paralizara, confundida. Él acercó el rostro y empezó a besarle las orejas. La respiración de la joven pareció quedar atrapada en su garganta y su corazón se desbocó. Lyn notó que sus pezones se endurecían.
-Tienes los senos más hermosos que he visto en mi vida -le murmuró él al oído-. Los he deseado toda la tarde, tocarlos, acariciar tu cuerpo.
La boca de Damien descendió hasta el cuello de Lyn al tiempo que sus manos dejaban la espalda de la chica para descender, la oprimió contra él tomándola por las caderas y subiéndole la falda. Una ola de pánico hizo que ella detuviera sus manos y frustrara cualquier intención de proseguir con su escarceo.
-Yo... yo creo que te equivocas conmigo, Damien -alcanzó a decir retirando el rostro para impedir que él la besara en los labios.
-Entonces dime lo que sea correcto -le sugirió haciéndola verlo a los

ojos mientras la mantenía unida a su cuerpo-. Cualquier cosa contigo resultará excitante. Eres una mujer increíblemente sensual.
-No, no me refería a eso... -empezó a aclarar mientras la boca de Damien le cubría los labios y cualquier cosa que hubiera pensado decir, murió en su garganta.
Él volvió a levantar la falda y ella se debatió tratando de liberarse de aquellos brazos. Intentó hacer la cabeza hacia atrás para impedir que siguiera besándola, pero él continuó con la caricia y la besó con mayor pasión. Desesperada, ladeó la cabeza.
-¡Basta! ¡por favor!
-¿Por qué? -la voz estaba ronca por el deseo. Los ojos azules, chispeantes, no dejaban de mirarla a los labios-. A Peter no le importará que nosotros...
-¡Pero a mí sí me importa! -gritó.
Él frunció el ceño y la soltó.
-¿Estás enamorada de él? ¡Por Dios, Lyn! Deberías saber que a Peter no le importa nada ni nadie.
La chica retrocedió varios pasos, temblorosa por aquel contacto físico y se bajó la falda.
-¡Cómo te atreves! -le espetó y después aclaró su garganta-. ¡Cómo te atreves a suponer que soy un objeto con el que se juega!
-Yo no supuse...
-¡Sí, lo hiciste! -lo interrumpió, furiosa y resentida.
-Lyn... -trataba de darle mayor énfasis a sus palabras moviendo las manos hacia ella.
Ella dio más pasos hacia atrás hasta que llegó a la puerta.
-¡No te acerques! -le advirtió encolerizada-. ¡Si en esto consiste tu ofrecimiento de trabajo, entonces, olvídalo! -ya recobrado el equilibrio, salió del dormitorio son una actitud de dignidad.
Damier la alcanzó.
Lyn estaba demasiado furiosa para mirarlo. ¡Peter tenía razón! Damien Sinclair era un corrupto. ¿Cómo se atrevió a pensar que ella?... Lo miraba con rabia.
-Para tu información, no tengo relación con Peter Kelso. Somos vecinos y amigos. ¡Y él no soñaría con forzarme a algo!
Empezó a bajar la escalera ignorando s Damien, quien la seguía de cerca.
-Lyn, por favor, escúchame. No quise ofenderte. ¡Maldición, pensé que sentías lo mismo que yo!
Ella se detuvo y lo miró.
-¿Qué? ¿Un poco de lujuria para pasar la tarde?¿Te haría feliz desquitarte de Peter acostándote con una de sus amantes?
-Peter Kelso no dudaría en tomar a una de mis mujeres, así que no trates de presentarlo como un dechado de virtudes -se burló.

-Con una importante diferencia, Damien. La mujer habría dado su consentimiento.
-¡Oh, al diablo con Kelso! -espetó sulfurado-. El nada tiene que ver en esto.
-No lo tenía -señalo con mofa y rabia combinadas-. ¡Fuiste tú quien lo sacó a colación!
-Te deseo en cualquier tiempo y bajo cualquier término.
-Bien, pues no estoy en lista de espera -le dio la espalda y siguió bajando por la escalera.
-Y tampoco tiene algo que ver el trabajo. ¡Por Dios! ¿Vas a escucharme?
Lyn llego hasta el suelo de mármol del espacioso vestíbulo y se volvió para enfrentarlo, subió la barbilla, los ojos le brillaban dándole un aspecto feroz. Pero con la mención del trabajo, Lyn siguió caminando. Era, después de todo, el hijo de Charles Sinclair, y su sentido común le aconsejo que era más sabio suavizar la situación.
-¡Está bien! Te escucho. Pero es mejor que lo que digas sea bueno, Damien.
El gesto del rubio era una mezcla de cólera y frustración al decir:
-Con respecto al trabajo, quiero que lo hagas. Eso está separado de cualquier deseo personal de mi parte y nunca imaginé que esos deseos te ofendieran tan profundamente. Lamento haber pensado mal de tu relación con Peter Kelso, pero debes aceptar que su comportamiento la noche pasada, dio lugar para eso.
Lyn se ruborizó
-Así habla él -replico Lyn a la defensiva a pesar de que tenía que reconocer que Damien había tenido motivos para llegar a esa conclusión-. Aunque hayas pensado que yo compartía su cama, eso no te autorizó para tomarte las mismas atribuciones. Mi vida la rijo yo, y te agradecería que me respetaras.
La expresión de Damien se suavizó.
-Yo te respeto, Lyn tienes más creatividad que cualquier otra mujer que haya conocido, y eso me parece interesante. Te encuentro excitante. Pensé que te sentías atraída hacia mí y actué por impulso. ¿Es tan reprensible que desee a una mujer atractiva?
Lyn tuvo que aceptarlo. Damien no había estado del todo equivocado. Ella se había sentido atraída hacia él. Si Damien no hubiese sido tan agresivo, quizás habría respondido a uno o dos besos, pero cuando mencionó a Peter, su mente reaccionó y ya no quiso estar a su lado.
-No tenias, ni tienes, derecho a forzarme, pienses lo que pienses. Quiero ir a casa, Damien.
-De verdad lamento haberte molestado. No fue mi intención, Lyn -

explicó él con sinceridad.
Ella movió la cabeza aún avergonzada por la situación a la que él la había conducido.
-Te llevaré a casa _murmuró y la tomó del brazo con delicadeza.
Lyn fue consciente de su propio cuerpo mientras caminaba al lado de él y cuando subió al auto, se sintió aliviada de separase de Damien. Rodeó el vehículo y se sentó detrás del volante, sin embargo, no puso en marcha el coche de inmediato. Lyn se puso tensa cuando él se volvió a mirarla.
-Lyn, ¿aceptarás el trabajo?
El diseñar un cubrecama para esa habitación seria un desafió importante. Y no creía que Damien de nuevo intentara presionarla sexualmente.
-Haré el diseño. Con lo cual, la decisión final será tuya -le respondió con cautela.
-No creo decepcionarme de tu diseño.
¿Acaso insinuaba que estaba decepcionado de que ella lo hubiese rechazado? Lyn frunció el ceño y dejó de mirarlo. El hizo funcionar el motor. De camino hacia la ciudad, la chica se preguntó si Damien habría sido sincero al asegurar que estaba interesado en ella. Si de verdad se sintió atraído...
-¿Hace mucho que eres vecina de Peter, Lyn?
La pregunta interrumpió sus pensamientos.
-No, no hace mucho -respondió con calma-. El era vecino de mi tia desde hace diez años. Fueron muy buenos amigos a pesar de la gran diferencia de edades. Ella murió hace poco y yo heredé su hogar.
-Oh, ya veo -murmuró Damien.
Volvieron a guardar silencio y ella retornó a sus pensamientos.
-Espero que aceptes mis disculpas, Lyn. No debí... -dudó antes de continuar con una voz intensa y profunda-. Me gustaría que fuéramos amigos, silo crees posible.
Lyn pensó que quizá fuera sincero. De cualquier manera, el tiempo lo diría, mientras tanto, eso haría que su relación laboral fuera más sencilla.
-A mí también me gustaría -aceptó.
Damien se mostró muy cortés cuando llegaron a la calle del apartamento, la acompaño hasta la puerta y esperó a que ella entrara.
-¿Me avisarás en cuanto tengas listo el diseño? -la presionó con ansiedad.
-Puedes contar con eso. Y gracias, Damien -le sonrió.
-Gracias a ti.
Mientras subía hasta el sexto piso se sintió aliviada de que la tensión hubiese desaparecido. Y no se trataba de que la situación

estuviera resuelta por completo, porque le halagaba que dos hombres tan codiciados la desearan. Por lo que respectaba a Peter, no pensaba comprometerse en algo más que no fuera una amistad. Y como amigo, era maravilloso. En cuanto a Damien... bien, su comportamiento de ese día era reprobable, pero estaba dispuesta a darle una segunda oportunidad.
La sensación de éxito retornó a ella en el momento que entraba en su apartamento. El teléfono sonaba sin cesar y se apresuró a responder.
-¡Lynette! ¿Eres tú? -la voz de su madre sonaba chillona y suspicaz.
Ahora vendría la condenación, pensó Lyn y de inmediato se sorprendió de no sentirse triste como siempre le sucedía ante un regaño inminente. Estaba muy tranquila, tenia confianza, era libre.
-Sí, soy yo.
-¿Dónde has estado?¡He llamado todo el día! -la voz era ruda y acusadora.
-Salí -le respondió Lyn y, poco característico en ella, pregunto en tono malicioso-. ¿Hay algún problema?
-Deja de hacerte la inocente, Lynette -advirtió la señora-. Sabes a qué me refiero. Te advertí acerca de ese hombre. ¿Cómo pudiste exponerte y dejar en entredicho el buen nombre de la familia, al dejarte ver con él? Además, Delvene dice que él sugirió que mantenía un idilio contigo.
Delvene decía. En el pasado Lyn siempre se había aterrizado ante palabras como aquellas, sin embargo ahora ya no hacían mella en su persona.
-No creo que eso sea cierto, madre -corrigió Lyn con una frialdad que la sorprendió-. Lo que él dijo fue que estaría encantada de tener un idilio con Delvene una vez que yo hubiera terminado don él.
Una exclamación de horror lanzó la dama.
-¡Lynette! Empiezas a hacer el equipaje y regresa a casa de inmediato.
¿Regresar a aquella vida? ¡Nunca!
-Lamento que estés molesta mamá, pero te aseguro que no hay ninguna razón para ello. Peter Kelso sólo ha sido para mí un amigo muy amable y generoso. Únicamente estaba gastándole una broma a Delvene. Me llevó a la exhibición para presentarme con Charles Sinclair. Tú lo conoces, madre. Es el propietario de "Interiores de Distinción". El señor Sinclair compró hoy tres de mis cubrecamas y me hizo pedidos para más. Las está exhibiendo en su tienda y me pagó doce mil dólares por ellos. Así que ya lo ves, lo estoy haciendo muy bien y no hay necesidad de que tú ni mi padre se preocupen por mí.
¿Por qué sus progenitores nunca creyeron en su talento ni la habían

ayudado como lo hizo Peter?¿Por qué siempre la condenaban porque no era como Delvene?
La señora guardó absoluto silencio. No demostró placer por el éxito de su hija menor y por supuesto, tampoco la felicitó. No tenia por qué seguir soportando aquello. Su vida pasada había terminado, sin embargo, era incapaz de reprimir la amargura que le causaba.
-Por favor dile a mi padre que ya no pienso abrir una tienda. Sé que se sentirá aliviado cuando lo sepa. Y comunicarle a Delvene que puede apartarme de la cama de Peter Kelso en el momento que ella quiera. Todavía no sucumbo. Creo que ésas son todas las buenas noticias. Estoy muy feliz aquí y también muy ocupada, éste es ahora mi hogar. Adiós, madre.
No hubo respuesta. Con lentitud y tristeza Lyn colgó el teléfono. En un acto instintivo de decisión, se irguió a hizo los hombros hacia atrás. Ella tenia un valor propio: Peter se lo había hecho ver y los Sinclair lo habían reforzado.
Peter... otra emoción diferente se anidó en su corazón. Él en dos días hizo por ella más que sus padres en toda su vida. Su relación con él podría producirle sinsabores, pero las recompensas merecían la pena y eran más numerosas.
Escuchó que llamaban a su puerta. Peter. Se quitó los zapatos de tacón y fue a abrir. El ya se había quitado su ropa de hombre de negocios y ahora vestía unos pantaloncillos cortos y una camiseta con la leyenda: CONSÍGUELO.
Una sonrisa le curvó los labios. Él era insistente, pero por lo menos tenia la sinceridad de aceptarlo. Lo que predicaba, lo llevaba a la practica. Lyn sabia que era un hombre integro, a su manera particular, excéntrica, por cierto.
Él le sonrió mientras le extendía las llaves de su coche y el cartapacio.
-Encargué algo para cenar. ¿Quieres cambiar de imagen y cenar conmigo?
No tenia por que evadir su compañía, la hacia sentir viva y contenta.
-Sí, lo haré -le dijo resuelta.
-Eso suena amenazador -señaló él, levantando una ceja-. ¿Tuviste una tarde molesta con el perrito faldero?
-¿Perrito faldero?
El último vestigio de tensión se esfumó y Lyn empezó a reír.
-Ligeramente molesta -aceptó sin dejar de reír, pero después, el orgullo se hizo presente-, al final, dejé claro cuáles eran mis términos.
Los ojos de Peter brillaron con aprobación.
-¿Ya lo ves? No me necesitas cerca. Puedes hacerlo tú misma, Lyn.

-Gracias a ti.
-No, lo único que quizá hice, fue señalarte el camino, pero tú lo recorriste sola. Creo que eso merece un brindis con burbujeante champaña.
Peter Kelso y champaña, eran demasiado para ella.
-No, gracias, iré sólo a cenar y a conversar -le advirtió.
Él sonrió y su mirada estaba llena de malicia.
-Tu virtud está a salvo, mi niña, hasta que tú digas lo contrario. Mientras eso sucede, cena y conversación. Siempre será un placer para mí el satisfacer cualquiera de tus apetitos. Mi puerta está abierta para ti.
Ella rió y cerró la puerta, dándose prisa para cambiarse y reunirse con él. No le importaba lo que los demás pensaran, a ella le gustaba estar con Peter Kelso. Más que gustar, le encantaba su compañía y Damien estaba equivocado; a Peter sí le importaban ciertas cosas y algunas personas. El se había preocupado mucho por ella y la había ayudado. Y también mostró interés por la tía Henrietta. Y aunque pudiera arruinar su reputación, ahora Lyn podía enfrentarse a Delvene, a su madre y a Damien. Además, había aprendido a respetarse a sí misma, lo cual era lo mejor de todo.
No veía razón alguna para no disfrutar de una amistad con Peter Kelso tal y como había hecho la tía Henrietta. Después de todo, él aseguró que no trataría de llevarla a la cama a menos que ella lo pidiera. Y, por supuesto, nunca lo haría, así, pues, no había problema.

Capítulo 9

Creo que deberías empezar con tus pies. Los pies son un buen punto de excitación si se sabe manipular adecuadamente. Imagínate los estremecimientos de placer recorriendo tus piernas. Algunas mujeres pueden llegar al orgasmo sólo con tocarles los pies...¡date cuenta! ¿No es maravilloso?
Lyn trató de silenciarlo y concentrarse en el trabajo, pero el buen humor de Peter era inagotable.
-Bien, si eso no te excita, te mostraré lo que puede hacerse con los tobillos. Me encantan los tobillos, y los tuyos son particularmente hermosos. Combina eso con las plantas de los pies, con la sensitiva piel de la parte posterior de las rodillas y con una ligera caricias en las pantorrillas. Nadie es capaz de no sucumbir ante eso...
-Peter, por favor, intento concentrarme.
El diseño del cubrecama de Mark Eden no estaba resultando sencillo. Le había llevado tres semanas lograr un concepto que la dejara satisfecha y el bosquejo lo tenía frente a sí ocupando casi por completo la mesa del comedor. Estaba segura de que el diseño era perfecto, pero no podía decir lo mismo de los colores. Había cortado pedazos de las telas que pretendía usar y los había clocado sobre el boceto.
-Podríamos tomar una ducha juntos -musitó Peter con suavidad, disfrutaba tanto de sus fantasías que no estaba dispuesto a desistir de ellas-. ¿Has lavado alguna vez tu cabello, mechón por mechón? Gracias a Dios que no hay impuestos por usar demasiada agua... ¡estaría en la ruina! Tú podrías enjabonarme el pecho mientras...
¿Mechón por mechón? La idea era ridícula.
-¿No puedes estar serio? -preguntó irritada.
-Soy serio. Ah, ahora veo cuál es el problema. Los músculos de tus hombros están muy tensos debido a que has pasado demasiado tiempo inclinada sobre la mesa. ¿Te gustaría recibir un buen masaje con aceite? Compré un frasco ayer. Si yo estuviera dando un masaje de aceite, empezaría...
Los hombros de la chica se enderezaron. ¡Oh, Dios! Era un diablo. Lo miró, estaba sentado sobre el más cómodo de los sillones y sonreía.
-No vas a empezar. Por favor, déjame concentrar. Esto no está funcionando -irguió la espalda tratando de aliviar el dolor de los músculos. Analizo con cuidado su diseño. Algo estaba mal, muy mal.
Peter se puso de pie y se acercó para mirar sobre los hombros de la

chica. Le estaba ofreciendo el silencio que le había pedido, pero Lyn era demasiado consciente de su cercanía. Pies, duchas y masajes con aceite aparecían en su mente, una tentación tras otra.
Algunas veces Lyn deseaba que él diera el primer paso, que la abrazara, que la besara hasta hacerla perder la cordura. Sin embargo, él nunca lo hizo. Siempre que la había tocado fue de un modo amistoso, sin intentar ningún tipo de intimidad. ¡Maldito! Ella no iba a pedirle que la llevara a la cama. ¡Nunca! Podría hacer sus ejercicios en cualquier parte, menos con ella.
Las manos de Peter cayeron como por casualidad sobre los hombros femeninos y se inclino hacia ella. Sus dedos descansaban sobre la piel, sin acariciarle. No obstante, esa zona estaba sensible, esperando, deseando, casi gritando que se pusieran en movimiento. Lyn apretó los dientes para obligarse a no ceder, mientras su debilidad rogaba porque Peter tomara la iniciativa, tomara, por ella, la decisión.
Él señaló una de las telas.
-Durante la ultima media hora pensé que se trataba de ese azul -murmuró él-. Quizá debería ser un tono más fuerte, pero puedo estar equivocado.
Lyn se fijó en el color al que él se refería. Un tono más intenso. Se olvidó de las manos sobre sus hombros y se concentró en el diseño que tenía ante sí. ¡Eso era! Peter había puesto el dedo en la llaga. Si usaba un tono más profundo, lograría el contraste con el violeta y... sí. Miró a Peter con ojos brillantes de felicidad y alivio.
-Tienes razón.
-Y ahora, hablemos de amor -señaló él con satisfacción-. O de volar a una isla remota del Pacífico donde puedas inspirarte para tus diseños. O inscribir un coche en Le Mans el año próximo. O en esquiar las montañas nevadas de Suiza. Pero hacer el amor es la mejor idea.
Ella rió. Acto seguido, habló con rapidez, a la defensiva:
-Tú no estás hablando de amor, Peter Kelso, estás hablando de ejercicios -pero la chica deseaba que fuera sincero, lo deseaba con desesperación. Y con la misma desesperación, ocultó su fragilidad en el corazón.
El dedo pulgar tocó un músculo contraído del cuello antes de retirarse.
-Estás muy tensa, Lyn. Te sentirás mejor si hicieras un poco de ejercicio y te relajas. ¿Sabes por qué no te dabas cuenta del problema de ese azul?
-Porque me estabas distrayendo deliberadamente -lo acusó mientras trataba de anular la reacción física que experimentaba.
-No, no fue por eso, sino porque estabas agotada. Has trabajado en

exceso durante las últimas tres semanas. Eso no es bueno para la mente ni para el cuerpo. No hay diversión.
-Pero antes era divertido -protestó volviéndose para mirarlo-. Siempre disfruté de cada minuto de mi trabajo.
Él cruzó los brazos y meditó.
-¿Por qué siempre me topo con mujeres obsesivas? Veo esa intensa energía y me excito. Imagino qué se sentiría tener esa energía concentrada en mí. ¡Dios! ¡Qué gloriosa montaña para escalar! ¡Mucho más allá del éxtasis!
Por un momento Lyn sucumbió ante la fantasía. Pero logró regresar a la realidad. ¿Y ser etiquetada como otra más en la vida de Peter? Cada uno de sus instintos le gritó que debería desear dejarse llevar, continuar, ella y Peter juntos, siempre. Pero él era un hombre libre y nadie iba a encadenarlo.
Se levantó de la silla y tomó la taza de café que Peter le había llevado. Por su ansiedad en el diseño lo había olvidado y el café estaba frío.
-Creo que prepararé más. ¿Quieres otra taza?
-¡Y ella me acusa de no tener alma!
-Yo no he dicho eso. Es sólo que la escondes -replicó airada-. Pero está bien, siempre y cuando no intentes alimentar la mía. Yo voy a satisfacer mis pasiones a mi manera, y no es la misma que la tuya.
Peter suspiró.
-¡La confianza del ignorante! Todavía no lo has probado, Lyn, sólo han sido tres semanas. El tiempo llegará.
Pues no vendrá, se dijo Lyn. Ella quería amor, necesitaba ser amada. Si se entrega a Peter y él perdía el interés, preferiría morir.
La chica preparó la bebida y la tomaron en el bacón. Peter había hecho un habito de pasear por las noches si notaba que la luz de su vecina seguía encendida. Anunció que hacia un clima soberbio y que se quedaría a charlar un momento. Algunas veces, Peter le había pedido que cenara consigo, y él cocinaría. Otras, Lyn guisaba y lo invitaba.
La chica estaba fascinada con sus conocimientos y con sus puntos de vista. Las opiniones estaban basadas en la experiencia y en el análisis. Pero sobre todo, estaba la sensualidad y ahora Lyn tenía la certeza de que él la deseaba. Y ella a él. Debía ser simple, pero no lo era porque Lyn necesitaba algo más que Peter no estaba dispuesto a dar. Y la necesidad se incrementaba día con día. De alguna manera tenía que reducir la presión, la tentación, el deseo.
-¿Por qué no vas a esquiar a Suiza? Es obvio que tienes tiempo -sugirió ella para darse un respiro.
-Sólo que vengas conmigo -su mirada se tornó cálida al hacer la invitación-¿Lo harás?

-Estoy muy ocupada.
-Ya sabes lo que se dice de las personas que tienen demasiado trabajo y nada de diversión...
-Bien, si me vuelvo aburrida, estoy segura de que me lo dirás. Pero, en serio, Peter, ¿por qué no te vas de vacaciones a algún lado?
La mirada de Peter hizo que el corazón femenino diera un salto y que el pulso fuera caótico.
-Porque toda la diversión que quiero está aquí -le respondió con calma.
Lyn apartó la vista de él y respiró profundamente para apartar el ardor que se había apoderado de ella. La diversión de la caza. Ella no debía permitir que él la atrapara. Una vez que la consiguiera, sería como todas las demás mujeres que habían pasado por su vida.
Desde que se mudó a aquel apartamento, Lyn no había visto a ninguna mujer entrando o saliendo de su casa. Era extraño que Peter se hubiese inclinado hacia el celibato tan repentinamente. Ella deseó... pero no merecía la pena desear que fuera diferente a quien en realidad era. Entonces no sería Peter Kelso.
-¿Sabes? Nunca me has hablado de tu familia -le comentó sintiendo una profunda necesidad de conocer las fuerzas que habían moldeado su carácter.
Peter sonrió con malicia antes de responder:
-Soy un visitante del espacio exterior, vine a probar las delicias de este mundo antes de trasladarme al siguiente.
-Quiero saber -insistió.
-Tengo una familia muy considerada que jamás ha interferido en algo que yo quiera hacer. Mi madre es una gran entusiasta de la vida, una persona maravillosa. La instalé en el hotel que ella quería en Gold Coast y allá se siente en su elemento. Ha sido, y estoy seguro de que siempre lo será una mujer que disfruta preparando bebidas y platicando con sus clientes.
Hizo una mueca y continuó:
-Mi padre es todo lo contrario, un hombre muy tranquilo. Es profesor de matemáticas en un instituto de Canberra, el único condimento que le puso a su vida fue cuando se formó el habito de cohabitar con mi madre una vez a la semana.
-Ellos... ¿ellos no se casaron?
Peter la miró con expresión evidente de burlarse de su tradicionalismo.
-No, a mi madre nunca le agradó la idea de que un hombre rigiera su vida. Le gusta tomar decisiones y hacer lo que desea. Quiso tener un hijo, y pensó que mi padre era el adecuado para cooperar en esa empresa. Es una mujer muy astuta. Con habilidad matemática que heredé de él y la inclinación hacia el juego que adquirí de mi

madre, ella y yo hacemos un gran equipo.
Una sonrisa de afecto curvó sus labios.
-Le tengo mucho cariño a mi padre. Su punto de vista sobre la vida es muy limitado, pero siempre ha mostrado un interés muy paternal hacia mí y me pagó todos los estudios que quise. Soy la única familia que él tiene. Incluso ahora, pasa algunos fines de semana con mi madre. Son muy cariñosos entre ellos y su relación es armónica. Fin de la historia.
Fue una historia extraordinaria, pensó Lyn, y Peter encajaba en ella a la perfección. Una persona tan extraordinaria como él sólo podía lograrse con un ambiente extraordinario.
-¿Nunca te preocupó ser hijo ilegítimo? -preguntó con curiosidad.
-¡Dios, no! -rió ante la idea-. La vida al lado de mi madre era tan grandiosa que mis amigos de la escuela me daban lástima, por estar controlados y ser conservadores. No porque mi madre no tuviera reglas estrictas acerca del comportamiento hacia los demás, era una pecaminosa. Ella es buena en esencia. Pero lo que la hace tan divertida es que, invariablemente, saluda al nuevo día con la convicción de que traerá nuevas diversiones.
-Como tú -sonrió Lyn.
-Yo voy un paso adelante y propicio que algo excitante suceda.
-¿Y qué hiciste hoy?
-Entre otras cosas, te ayudé a terminar tu diseño -su sonrisa fue de satisfacción.
-¿Qué tuvo de divertido?
-¿Acaso no lo fue?
-Sí, sí lo fue -concedió con un suspiro deseando que la otra diversión que él había prometido pudiera ser tan duradera como lo podría ser un cubrecama. Pero Peter era como sus padres, no buscaba ni necesitaba lazos emocionales. Lyn forzó a su mente a regresar a cuestiones de trabajo-. ¿Cuánto dinero crees que debo pedir por la colcha?
-Mmm... una base de ocho mil o los mismos términos que en las otras.
-Yo había pensado pedir seis mil. ¿Estás seguro de que no será demasiado?
-Esa cantidad no es nada para Mark Eden. Además, él está acostumbrado a pagar mucho dinero por las obras de arte. El tendrá la sensación de que fue una ganga. Y lo será. Probablemente Damien le pedirá veinte... por eso es que el porcentaje de venta es muy importante. Le impide burlarse de ti. Damien siempre está atento a la mejor oportunidad.
Lyn frunció el ceño. Damien se había apresurado a tener la oportunidad de hacer el amor con ella. Pero al final, pareció sincero

con respecto a sus sentimientos. ¿O sería sólo que quiso suavizar la situación porque deseaba hacer negocios con ella sin hostilidad? Lyn se preguntaba cómo se comportaría cuando volvieran a verse y una especie de expectación la invadió. Ahora que el diseño estaba terminado, decidió telefonearle a la mañana siguiente.
Amigos. Esa fue la proposición de Damien, pero, ¿podrían se amigos un hombre y una mujer que se sentían atraídos físicamente? Peter estaba resuelto a minar su decisión de no ir a la cama con él y a ella la idea empezaba a resultarle atractiva. Sin embargo, no podría dar ese paso, porque de hacerlo, era seguro que cimentaría su necesidad de él y, ¿qué haría cuando Peter quisiera ser libre de nuevo?
Quizás una relación amistosa con Damien pudiera ser un buen antídoto contra las tentaciones que le provocaba Peter. Tal vez el interés de otro hombre era lo que necesitaba. Se había vuelto muy dependiente de la compañía y presencia de su vecino, demasiado consciente de él.
-Te quedaste muy callada. ¿Piensas en la cama? -bromeó.
Cierto, pero Lyn estaba decidida a evitar la trampa.
-Sí, en la mía. Me siento agotada.
-Probablemente se deba a los dedos, las manos, los brazos y los codos -suspiró Peter-. La próxima vez te hablaré sobre los codos -se puso de pie y le sonrió-. Debería desearte que durmieras mal, pero soy muy bondadoso. Buenas noches, Lyn.
-Buenas noches, Peter. Gracias por el consejo.
-Una de estas noches lo tomarás.
Dio un paso, se detuvo, regresó y le puso una mano sobre el hombro. Ella lo miró, inquisitiva. La expresión de Peter había perdido el último rastro de diversión.
-Sabes que eres muy especial para mí, Lyn -le dijo con suavidad a manera de afirmación y pregunta a la vez-. Una entre un millón.
El corazón le dio un vuelco.
-Pensé que habías dicho que yo era como la tía Henrietta -señaló ella a la defensiva.
-Hubo ciertas cosas que no quise compartir con la vieja Henry.
Como su cama, pensó Lyn apartando la vista de los labios masculinos y dirigiéndola hacia el puerto. Podría ser especial para él, podría ser una entre un millón; eso no significaba que la quisiera para toda la vida.
-Buenas noches, Peter -se despidió con decisión.
Hubo una ligera presión de los dedos sobre su hombro.
-Buenas noches, Lyn -le murmuró.
Se fue sin decir más pero su presencia quedó como suspendida en el aire. Ella se atormentó al darse cuenta de que se encontraba terriblemente cerca de sucumbir ante Peter. De alguna manera

tendría que poner distancia ente ella y al tentación, y quizá Damien le sería de mucha ayuda.
El rubio parecía ansioso cuando Lyn le telefoneó al día siguiente. Él sugirió que podía pasar a recogerla a su apartamento a las cinco en punto de la siguiente tarde para así ahorrarle a ella la molestia de ir hasta la tienda para mostrarle su diseño. Peter le preparó un contrato y le dijo que si lo necesitaba, sólo llamara a su puerta. Para firmar, o para cualquier otra cosa.
Lyn decidió que no era necesario que se vistiera formalmente para aquella visita de negocios, deseaba estar elegante sin parecer provocativa. Eligió unos pantalones blancos y una blusa que ella misma había estampado cuando estaba en la escuela de arte. Se sentía complacida con su apariencia cuando Damien llegó y la miró con admiración.
A pesar de su comportamiento en la mansión Pott's Point, su impacto visual seguía siendo el mismo. Estaba muy apuesto con su traje de color café oscuro. Lyn se pregunto si seguiría encontrándola deseable.
Damien se entusiasmó con el diseño para Mark Eden y ella se sintió halagada con su aprobación. Estuvo de acuerdo con el precio acordado con Peter y tambien en firmar el contrato, ademas de extenderle un cheque. Lyn acababa de perdonarlo por su comportamiento pasado y se dirigia a buscar a su vecino para actuara como testigo en la firma del contrato, cuando Damien la detuvo.
-Lyn... -los ojos azules la miraron persuasivos-, si no tienes planes para esta noche, ¿te gustaría cenar conmigo? No se trata sólo de expresar mi admiración por el trabajo que has hecho, sino porque, de verdad, quiero conocerte. Si no se puede hoy, quizá otra noche...
Lyn dudó. Le gustaba Damien. Le estaba ofreciendo la oportunidad de escapar a la atracción física que sentía por Peter, sin embargo, no podía ignorar el hecho de que el rubio había tratado de ir más allá de lo que planteó Peter. No merecía la pena escapar de una relación sexual colocándose en el camino de otra. Lo que ella necesitaba era un respiro. Damien tomó una de las manos de la chica.
-No soy un cretino, Lyn -señaló Damien con calma.
La suave caricia de su dedo pulgar sobre la palma le provocó un hormigueo, pero se trataba de un hormigueo agradable, no alarmante. Aunque Damien intentara hacerle el amor, era un hombre resistible.
-Te estoy pidiendo la oportunidad de demostrarte que puedo ser un caballero -su sonrisa fue encantadora.
¿Por qué no dársela?. Pensó Lyn al instante. Una noche con un

Damien caballeroso podría ser placentera y amena. Y tal vez fuera el inicio de una relación que se convertiría en algo más sólido que cualquier cosa que pudiera ofrecerle Peter. Ella habia disfrutado de la compañía de Damien antes que hubiese sido... poco caballeroso.
-Está bien, me gustaría cenar contigo, Damien. Gracias.
-¿Esta noche?, ¿después que hayamos terminado el asunto del contrato? -la presionó, ansioso.
¿Por qué no?
-Tendrás que esperar a que me vista con algo más adecuado.
-¡Encado de esperarte! -sonrió, complacido.
Lyn se sintió extraña mientras se dirigía hacia el apartamento de Peter. Pero ella tenía la libertad de salir con Damien, ¿o no? Peter sería la primera persona en decirle que era libre de hacer lo que quisiera. Pero no estaba segura de hacer lo correcto. Llamó a su puerta.
Le abrió rápido, vestía unos pantaloncillos cortos y una camisa con una leyenda estampada: ESCALA TODAS LAS MONTAÑAS. Lyn sonrió al comprender el significado que tenía para ella.
-¿Significa esa sonrisa que no tienes montañas para escalar? -le preguntó él en son de broma.
-Todo está en orden -le aseguró la chica. Y tampoco él la conquistaría. Eso sería lo que significaría para él, una conquista sexual y nada más.
-¡Qué aburrida! -murmuró mientras la acompañaba hasta su apartamento-. Ah, Damien -dijo al verlo-... modelando de nuevo. Me doy cuenta de que sigues mi estilo.
El rubio levantó una ceja en señal de mofa mientras revisaba a Peter.
-No exactamente.
-Bien, no perdamos el tiempo. Firma y habremos acabado -Peter sacó un bolígrafo. Uno tras otro firmó con rapidez-. Deberías casarte con Lyn, Damien. Te ahorrarías mucho dinero.
-Debo pensar en esa opción -respondió mirando sugestivamente a Lyn.
-No seas tonto, pregúntaselo ahora.
-Peter... -murmuró Lyn con tono amenazador. El matrimonio podría ser poco serio para él. Mas no para ella.
-Mala suerte, querido muchacho. Ella no te quiere, es mejor que lo intentes con otra persona -Peter la miró con malicia-. Lyn y yo tenemos que celebrar el incremento de su fortuna.
Podría resultar divertido salir con Peter, pero el recuerdo de la última celebración con él, seguía en su mente. El se había acercado más a ella.
-Lo siento, esta noche no puedo.

-Lyn aceptó mi invitación para salir a cenar -recalcó Damien.
Por un breve instante la burla desapareció de la expresión de Peter y los ojos oscuros se oscurecieron aún más. Pero en menos de un parpadeo, su rostro volvió a iluminarse. Se dirigió hacia Damien fingiendo asombro.
-Bien, ¿no piensas invitarme a mí también? ¿En dónde está tu gratitud, hombre? ¿Qué ocurrió con tu sentido de lo que está bien y es propio?
-Tratándose de Lyn, soy egoísta por completo -respondió Damien con frialdad.
-¡Ajá!, con que no quieres un acompañante, ¿verdad? -Peter se volvió hacia Lyn-, ¿Te arriesgarás a caer en sus garras? ¿No quieres que esté yo allí para protegerte de su lujuria incontrolada?
Lyn dudó. No fue tanto el recuerdo de la experiencia de Damien sino el tono de Peter. El no quería que saliera con Damien. ¿Estaba celoso? ¿Le importaba tanto el quererla para sí? Se trataba simplemente de que consideraba que Damien se aprovecharía de ella? Lo último era lo más probable.
-Podré escapar de sus garras -dijo ella con sequedad ignorando el dolor de su corazón.
-Es mejor que te pongas tu cinturón de castidad, Lyn. El no es como yo -se dirigió a la puerta y se volvió para mirarla una vez más. La mirada maliciosa había desaparecido. Sus ojos eran opacos, inexpresivos-. Si alguna vez vuelves a necesitar ayuda, sabes dónde encontrarme.
Acto seguido, se marchó. Lyn se quedó mirando a la puerta cerrada y, de repente, sintió miedo de que no regresara jamás. Por lo menos, sin que ella se lo pidiera. Y no podría pedírselo, porque eso significaría...
-El se equivoca, Lyn.
La voz de Damien penetró en sus pensamientos tortuosos. Lo miró sin entender.
-¿Qué?
-Te prometo que no necesitaras de un cinturón de castidad -le sonrió pretendiendo que ella le devolviera la sonrisa.
¿Quería ella salir con Damien aun a riesgo de perder a Peter? Para éste todo era un juego, y ella resultaría lastimada si jugaba con él. Damien no era tan peligroso. Se obligó a sonreír.
-No tardaré.¿Te sirvo algo mientras me cambio?
-No, gracias, me hace feliz el hecho de estar aquí, admirando su diseño.
-No tardaré más de diez minutos -le prometió y su sonrisa dejó de ser forzada.
Lyn se vistió de color de rosa. Le hacia sentir confianza, pero por

dentro, sus emociones eran un caos. Peter deseaba que ella fuera libre, ¿o no? El no creía en ataduras. ¿Por qué entonces, reaccionaba de aquella manera?

No merecía la pena fingir ignorancia, ahora era diferente. Ella estaba dispuesta a compartir la cama de su vecino aunque sabía que eso sería su perdición. Por lo tanto, era mejor romper con el juego antes de que éste la destruyera a ella.

Peter se había ido en realidad no trato de disuadirla para que no saliera con Damien. A él no le agradaba la idea, pero no le importo lo suficiente para insistir. Le había dejado a ella la oportunidad de elegir. Y su desolación interior le dijo que había sido la mejor elección. La desolación seria infinitamente mayor si iba a la cama con Peter, porque algún día él se alejaría. Una vez que una montaña era escalada, Peter Kelso empezaba a buscar otra que lo excitara.

¿Y Damien? Lyn no veía ningún futuro con él. Era tan apuesto que parecía irreal. Pero él deseaba su compañía esa noche, y ella necesitaba la suya.

El efecto que creas con ese vestido es más que sensacional -dijo Damien con admiración cuando por fin Lyn apareció.

-Gracias - esta vez sí tuvo que forzar una sonrisa. Había decidido sacar a Peter de su mente y disfrutar de la velada.

Desafortunadamente, apenas habían salido del apartamento y esperaban el ascensor cuando Damien hizo tambalear su decisión:

-Me alegra que hayas detenido a Kelso -comentó, satisfecho- Ese hombre es insufrible y necesita que lo pongan en su lugar.

A Lyn le fue difícil contenerse para defender a Peter y para ocultar el resentimiento que lo provocaba la actitud de Damien. Ella le debía mucho a Peter. La ayudó cuando más lo necesitó, le hizo compañía cuando se sintió sola, y fue bondadoso y comprensivo en innumerables ocasiones.

Pero la idea de sucumbir a la fuerte atracción que sentía hacia su vecino era tan intensa, que necesitó estar ahora con Damien y se contuvo para no rechazar la invitación de este último e ir al lado de Peter.

Sin embargo, no le gustaba que el rubio pensara que el aceptar su compañía le restaba puntos a Peter. La hacía sentirse desleal. Ella eligió, y su elección fue la razonable.

Damien se posesionó de la plática. Durante todo el trayecto, él le habló de sus logros pasados, de su grandioso presente y de su futuro, así como de sus ambiciones. Era un viaje hacia su ego y pronto la receptividad de Lyn rebasó el punto de saturación.

Sus pensamientos regresaron a Peter. Nunca se había sentido aburrida con su conversación. Conmocionada, sí, debido a lo inesperado. Peter siempre destruía sus ideas preconcebidas, la estimulaba a pensar de una manera diferente. Y ella pensaba como él cada vez más. Damien resultaba tedioso, era un egocéntrico que no daba la menor oportunidad de que ella expresara sus ideas o afianzara su personalidad.

-¿Me estás escuchando?

La irritación de Damien cortó la secuencia de los pensamientos de la joven.

-Por supuesto -respondió con rapidez ofreciendo una sonrisa reconciliadora y deseando que no fuera necesario repetir sus últimas palabras.

-Lo considero uno de mis mejores logros, pero me gustaría conocer tu opinión -señaló más tranquilo.

-Desde luego -concedió Lyn, preguntándose de qué demonios

hablaba Damien. No quería ofenderlo.

-¡Llegamos! -anunció él señalando el letrero luminoso que decía *HUBERT'S.*

Era el restaurante de moda, el lugar preferido por los *gounnets. Era* un lugar elegante y sus delicias culinarias tenían fama. Era un lugar muy caro y Lyn se esforzó por ponerle toda su atención a Damien dado que él se empeñaba en complacerla.

-¿Habías estado antes aquí? -le preguntó él.

-No, yo no, pero mi hermana sí. Comentó que la comida era deliciosa.

-¿No habló de la decoración?

-No.

El enfado apareció en el rostro del hombre.

-Bien, estoy seguro de que tú tienes un ojo más perceptivo que el de tu hermana.

¡La decoración' ¡Eso era! Damien la había hecho. Lyn suspiró con alivio. Después de haber aceptado su invitación, lo menos que ella podía hacer era pagarle con la cortesía de escucharlo. Su educación le exigía comportarse con amabilidad.

Tan pronto como entraron en el restaurante, Damien levantó un brazo señalándole el domo.

-¿No te parece que es la decoración perfecta para un restaurante con clase?

La respuesta instantánea, fue no, pero la detuvo antes que saliera. La decoración era rígida; sillas negras modernas, manteles de lino blanco y una barra de cromo y vidrio que no invitaba a apoyar los codos sobre ella. El tono melocotón de la alfombra se repetía en las paredes y en el techo, y los cuadros no ayudaban a aliviar la sensación de encontrarse en un hospital. Lyn, desesperada, buscó una respuesta sutil.

-Es... muy... sorprendente.

Pero no fue suficiente. Damien quería más.

-¿No te encanta?

A Lyn le parecía un sanatorio, pero el mobiliario era costoso y los adornos lo constituían verdaderas piezas de arte... sin embargo, le faltaba alma.

-Es perfecta, Damien. Eres un genio.

Él deglutió el halago como si se tratara de fresas con crema. Después que el capitán de camareros los llevó hasta su mesa, fue cuando Damien reveló por qué su aprobación le había sido tan necesaria:

-Kelso no tiene el gusto necesario para apreciar lo que yo he hecho aquí. Hizo algunos comentarios desagradables al respecto. Me alegro de que no le hayas permitido estar muy cerca de ti, Lyn.

Ese hombre no tiene alma.

-Yo no me atrevería a decir eso -señaló Lyn con sequedad. A ella le encantaba cómo había decorado Peter su apartamento, nada más contrario a ese lugar...

-Bueno, no es tan ciego para no ver lo obvio, como en el caso de tu trabajo, Lyn -concedió Damien con actitud arrogante-. Pero esto... ese hombre es incapaz de apreciar la elegancia de la simplicidad. Su estilo es la opulencia vulgar.

La opulencia sensual, quizá, pensó Lyn, pero nada tenía de vulgar. Sin embargo, se obligó a no expresarlo con voz alta. Damien no permitía ninguna discusión a sus aseveraciones.

Un camarero les entregó las minutas y Lyn ocultó el rostro detrás del texto para sonreír a sus anchas. Le habría encantado preguntarle a Darnien qué había dicho Peter acerca de la decoración. Habría apostado cualquier cosa a que su opinión era la misma que la de ella.

Damien ordenó lo que ella cenaría sin siquiera consultárselo, como si su buen juicio estuviese fuera de toda discusión. Lo mismo sucedió con el vino.

-Yo sólo bebo Burgundy -aclaró él con soberbia-. Visité sus viñedos cuando estuve en Francia. ¿Sabías que han plantado sus cosechas en la misma tierra en que iniciaron el negocio hace dos mil años? Cuando estuve allá...

Y siguió hablando. Lyn lo observaba, estaba orgulloso de sí. La chica comprendió por qué no podía Peter resistir la tentación de burlarse de él. 'Todo exterior, nada de sustancia, Lyn estuvo de acuerdo con la opinión de su vecino.

Su monólogo se detuvo abruptamente, algo había capturado su atención. Lyn miró en la misma dirección y se encontró con Delvene parada en el vestíbulo del restaurante, iba del brazo de un hombre pero su mirada estaba *fija* en Damien. Su hermoso rostro revelaba sorpresa.

No había duda de que estaba pasmada de ver a su hermana menor en compañía de un hombre tan apuesto, pensó Lyn, divertida. Y por primera vez en su vida, se alegró de ver a Delvene. De hecho, deseaba que su hermana le arrebatara a Damien, le gustaría ver que ellos dos se devoraran y le aligeraran el deber de la cortesía.

Pero había algo extraño en la expresión de Delvene. Por lo visto, su experiencia con Peter y el posterior desafió de Lyn a la llamada de su madre, seguía siendo un recuerdo hiriente. Delvene volvió a mirar a Damien, la belleza atraía belleza. Lyn la saludó, motivándola.

-Esa es mi hermana -le informó a Damien.

-¡Tu hermana! ¡Dios! No se parecen. Ella es...

-Perfecta -terminó Lyn la frase sin sentirse mal por la falta de sutileza de su acompañante-. ¿Puedo llamarla? Sería agradable cenar juntos, ¿no lo crees? -sugirió y captó que la sugerencia era aceptada con ansia.

Esta vez ella controlaba la situación. Como Peter, manipulaba los movimientos.

La primera reacción de Delvene hacia el llamado de Lyn fue de duda, de sospecha. Lyn nunca había buscado su compañía. Sin embargo, la atracción hacia Damien venció la duda, tal y como lo había supuesto Lynette.

Las presentaciones fueron hechas con mucha cortesía y tal como lo había previsto, Delvene aceptó unirse a la mesa de Lyn y Damien, sin siquiera consultarlo con su pareja. Lyn sintió una corriente de simpatía hacia el acompañante de su hermana, simpatía y sentimientos de culpabilidad, pero pronto, el agrado desapareció. Steve Hanson, en cuanto dijo las primeras palabras, mostró ser tan superficial como Damien.

-Espléndido lugar. Su elegancia es real. La mejor comida y la clientela, exclusiva -aseguró.

-Nunca habías estado aquí, ¿verdad, Nettie? -preguntó Delvene adquiriendo una pose de hermana interesada.

¡Nettie! Lyn sonrió al recordar la respuesta de Peter.

-No, es la primera vez, Delly.

Los labios de Delvene se apretaron, pero Lyn siguió hablando como si no hubiese notado su reacción.

-La decoración es obra de Damien. Me trajo aquí para que le diera mi opinión sobre su trabajo. Estoy segura de que le gustará conocer qué opinan ustedes.

Delvene se deshizo en entusiastas halagos. Damien se ensanchó con orgullo y procedió a demostrar su sapiencia en lo relativo a la decoración, comida, vinos, cualquier cosa que Lyn sacara a relucir. Era como crear un juego y Lyn se dispuso a observar la actuación con cinismo.

Pero pronto se aburrió y se alejó mentalmente. Ella era una extraña en ese sitio, tan extraña como lo había sido durante toda su vida. Excepto con Peter. Peter... la única persona que se había infiltrado en su *corazón,* la única capaz de hacerla decir lo que pensaba y sentía, con una comprensión que ella adoraba. Cualquier actividad al lado de Peter era un placer, hasta las cosas más simples, como lavar los platos.

-Lyn... -Delvene no se atrevió a volverla a llamar Nettie-. Le estaba diciendo a Damien lo feliz que me siento de que hayas terminado la relación Peter Kelso. Mamita ha estado terriblemente

preocupada por ti. Se sentirá aliviada cuando le diga que saliste con un caballero de verdad -le dedicó a Damien una gran sonrisa.

-Lyn sólo se asoció con él por razones de negocios -aclaró Damien.

-Oh, estoy segura de que sí -concedió Delvene con rapidez, era la inocencia personificada.

Lyn no pudo resistir la tentación de arrojar el gato hacia los ratones.

-Me sorprende cómo la gente hace suposiciones falsas cuando todos los indicios muestran lo contrario.

Delvene la miró sorprendida.

-No puedes insinuar... Tú no harías algo que pudiera darle a ese hombre la oportunidad de avergonzar a la familia, Lyn.

Damien rió a carcajadas.

-Esa es ciertamente la especialidad de Kelso... ¡avergonzar a todo el que pueda! Pero Lyn lo puso en su lugar esta tarde, cuando él trató de convencerla, así que puedes decirle a tu familia que no tiene de qué preocuparse.

La rabia de Lyn se agudizó.

-Damien tiene razón, fui cortante con Peter esta tarde, de lo cual me arrepiento. Debí haberle pedido que nos acompañara esta noche, la velada habría resultado definitivamente más placentera con su compañía.

Damien y Delvene la observaron, azorados.

Lyn continuó con frialdad:

-Considero a Peter la persona más bondadosa que he conocido, el mejor amigo que he tenido y un hombre íntegro. Siempre me sentiré orgullosa de estar asociada con él. En cualquier terreno -aseguró mientras se ponía de pie.

Sólo se vive una vez, se recordó aceptando la filosofía de Peter, y no estaba dispuesta a desperdiciar ni un minuto más de su tiempo con gente bella pero superficial. ¡Y al diablo con las buenas maneras!

-Me voy a casa -aseguró con indiferencia hacia las reacciones de ellos-. Por favor, Damien, siéntete libre de quedarte. No deseo arruinar tu salida. Buenas noches a todos.

Se volvió y caminó hacia la puerta, serena y digna. Estaba libre de todo aquello. Tan libre como Peter, caminando por su sendero, haciendo lo que deseaba.

Cuando Damien la interceptó en la calle, Lyn se sintió irritada en extremo por su comportamiento convencional. Él debió permanecer donde realmente deseaba estar.

-¿Qué demonios haces?

-Fui muy clara al respecto -le respondió Lyn tratando de ser

razonable-. Regresa con Delvene, Damien. Diviértete.

-¡Así que eso es! Estás celosa.

¡Celosa! Lyn casi rió a carcajadas ante lo absurdo de su aseveración.

-Lamento que te haya parecido que le puse demasiada atención a tu hermana. No me di cuenta de que te molestaba. Te aseguro...

-No estoy celosa -lo interrumpió con impaciencia-. Me parece muy bien que te entiendas con Delvene. Fue por eso que la invité a nuestra mesa. Me agrada que te quedes con ella toda la noche. Regresa allí, yo quiero ir a casa.

-Entonces te llevaré -declaró él con la misma impaciencia-. ¿Crees que te dejaría ir sola?

No, eso no encajaría con la imagen de Damien tenía de sí, se dijo Lyn resignándose a que la llevara al apartamento. En cuanto subieron al auto, él empezó a dar toda clases de explicaciones y ofrecer disculpas por la atención que le había puesto a Delvene. Lyn suspiró. Damien no aceptaba que a ella no le importara.

-Damien, de verdad, no me interesa -lo interrumpió abruptamente-. Y tampoco estoy ofendida por la atracción que sientes hacia Delvene. Para ser franca contigo, cambiemos de tema.

-¿Se trata de Kelso? -preguntó Damien, resentido-. Vas a permitir que ese infeliz se salga con la suya.

Lyn no respondió. No estaba preparada para hablar de Peter con Damien.

-Bien, pues déjame decirte, tú eres una en la larga lista de Kelso. Sólo una más...

-¡Basta! -gritó Lyn.

-¿Basta? Ni siquiera he empezado -insistió Damien-. Me enferma pensar que vayas a apartarme otra vez y lo prefieras a él. Ahora vas a escucharme...

-¡Apartarte! -repitió Lyn con burla-. ¿Es por eso que te sientes atraído hacia mí? ¿Estas pensando ganarle a Peter?

-Por supuesto que no -negó con vehemencia-. No me acerco a ninguna mujer a menos que la desee.

Quizá la deseaba, pero no lo suficiente para escapar a la atracción de Delvene.

-Olvídalo, Damien -le aconsejó-. Lo siento, pero ahora me doy cuenta de que no debí aceptar tu invitación. La única relación que llevaré contigo es de negocios y prefiero que quedemos en términos pacíficos. ¿Quién lo sabe? Podrías iniciar una relación con mi hermana. Y por otra parte, nada de lo que digas alterará lo que yo pienso de Peter.

Pero le dolía. Odiaba que le recordaran el éxito de Peter con las mujeres. Su corazón luchaba contra el conflicto de desearlo, de que

infinidad de mujeres lo hubiesen deseado y de las que, sin duda, lo acosarían en el futuro.

Damien no dijo más. A Lyn no le importó si se debía a su recordatorio acerca de los negocios o a la sugerencia relativa de Delvene. Para ella, era suficiente que la discreción lo hubiese forzado a controlarse. Completaron el viaje de regreso en silencio y se despidieron con cortesía. Lyn rechazó la propuesta de Damien de acompañarla hasta la puerta.

No tenía sentido prolongar aquel desagradable encuentro. Peter acaparaba todos sus pensamientos. Se detuvo frente al ascensor y pulsó el botón que la llevaría hasta el ultimo piso. Recordó las ocasiones en que había compartido ese reducido espacio con su vecino. Sus sentimientos hacia él habían recorrido un largo, largo camino desde la antipatía que experimentó cuando la acompañó al garaje para sacar del auto sus pertenencias.

El aparato se detuvo y ella salió, convencida de que quería compartirlo todo con Peter. La mirada de la chica se dirigió inevitablemente hacia la puerta de él. Tuvo que admitir que amaba a Peter Kelso y por lo mismo, ansiaba estar con él. Si la única manera de lograrlo era aceptando sus términos, accederá sin importar lo que el futuro le tuviera deparado.

Sólo se vive una vez, se dijo, y cualquier cosa que Peter quisiera darle, ella lo aceptaría con gratitud, día a día, sin pensar en el porvenir. Pero su mente no podía controlar la turbulencia que se apoderaba de su cuerpo. Las piernas se le debilitaron cuando se acercó a la puerta de Peter y su mano temblaba como si fuera un signo de su rendición.

Capítulo 11

Fue la música la que la detuvo. Lyn había estado tan concentrada en su decisión, que no la había escuchado. Sólo un segundo antes que sus nudillos hicieran contacto con la puerta de Peter, escuchó las notas de una orquesta.
No se le había ocurrido que él estuviera acompañado. Su necesidad la había hecho imaginar que él la esperaba ansioso de responder a lo que ella quisiera. ¿por qué debía él aguardarla? Había salido con Damien. Peter dejó en sus manos la decisión de incluirlo en la fiesta y ella lo dejó. No podía acusarlo de nada si había decidido buscar la compañía de otra mujer. Pero Lyn sintió que moriría si ese era el caso.
Se inclino hacia delante presionando su oreja contra la puerta. No escuchó voces, nada que sugiriera una conversación, pero el corazón le dio un vuelco al reconocer la música... Tristan e Isolda, de Wagner, la música más erótica que se había compuesto.
Una ola de nausea acompaño el pensamiento de Peter en la cama... haciendo el amor. No, con una compañera con la cual se ejercitaba. Por supuesto no charlaría: estaría demasiado ocupado para hablar. Tan ocupado como estuvieron sus manos aquella mañana con Jessie.
Lyn se dirigió hacia su puerta. El orgullo le dictaba que no debía ir a él si se había consolado tan rápido con otra. Sin embargo, no lo visitó ninguna Jessie desde que Lyn se mudó al apartamento. Había estado con ella, casi todos los días y noches. Y había dicho que la esperaría.
Debía significar mucho para él, de otra manera no le habría dado tanto de sí. Aunque estuviera en ese momento con otra mujer, no representaría mucho para él. De la misma manera que Damien nada significaba para Lyn. Pero si Peter estaba en la cama con otra mujer...
Lo amaba. ¡Dios!, lo amaba, lo necesitaba, lo deseaba y si estaba con otra ella debía saberlo. Regresó hasta la puerta de Peter y llamó.
Su corazón contó los segundos. Demasiados. No abría. Estaba ocupado, no quería interrupciones. Los ojos se le llenaron de lagrimas, cuando se volvió hacia su apartamento. Era una tontería amar a Peter Kelso. Con los ojos nublados introdujo la llave en la cerradura. La puerta se abrió.
-¡Lyn!
La música inundó el pasillo, haciéndola volver hacia Peter. Él

estaba de pie bajo el marco, la bata roja y negra apenas cubría su desnudez. Su cabello era un lío. Los ojos oscuros eran inquisitivos.
-¿Tú llamaste? -le preguntó con suavidad.
Un nudo se formó en la garganta de Lyn y tuvo que pasar saliva para que las palabras pudieran aflorar.
-Sí. Pero... la música. Peter... que tendrías compañía.
Peter negó con la cabeza y una sonrisa curvó sus labios.
-Yo pensé que tú tenias compañía, pero aquí estás, llegaste temprano. ¿Te hizo pasar un mal rato Damien?
Él estaba solo. El alivio de Lyn fue tan intenso que casi no escuchó sus palabras. Y ni siquiera pensó en responder. Peter estaba solo, y eso era lo único que importaba.
Él extendió una mano hacia ella, era un gesto de amabilidad y la preocupación se reflejo en su voz.
-¿Puedo ayudarte en algo?
Las lagrimas volvieron a nublarle la visión. Él era generoso, desprendido. Nunca la había decepcionado cuando necesitaba algo. Incluso ahora, después de haberlo rechazado para ir con Damien, de lo cual se arrepentía, seguía ofreciéndole ayuda.
-Sí -respondió con voz ronca y una ola de amor eliminó cualquier duda y temor. Lo miraba, esperanzada de poder tocar su corazón-. No es demasiado tarde. Me gustaría estar contigo.
-Nunca es demasiado tarde -dijo con gentileza.
-Me gustaría... cambiarme de ropa.
-Lo que quieras.
"Yo quiero lo que tú quieres", pensó la chica.
-Sólo tardaré un minuto. ¿Me esperarás?
-No me moveré ni un milímetro
El corazón de Lyn estaba pleno de felicidad cuando entro deprisa en su habitación. Se deshizo de su ropa y se puso una elegante bata de seda, la cual, al sentirla sobre su desnuda piel la hizo temblar de deseo de ser acariciada por Peter. Tenía la esperanza de que él no se decepcionara de ella. Era ignorante, totalmente inexperta. Pero sin duda la experiencia de él cubriría sus propias carencias.
Con manos nerviosas y rápidas enrolló el cubrecama y se lo colocó al hombro. Peter había dicho que era así como él la deseaba, debajo de aquella colcha, con él. Caminó hacia Peter, cerró la puerta y lo miró de frente.
Pocas veces en su vida Peter Kelso había demostrado sorpresa, ésta era una de ellas. No duró más de un segundo, pero fue suficiente para cambiar su actitud de bienvenida hacia una de reserva.
-Lyn... -parecía preocupado. Sus ojos buscaron los de la chica con urgencia-. Si Damien te lastimó, mataré a ese bastardo, pero esto... pero no quiero premios de consolación, Lyn. Sólo cuando estés

segura.
-Lo estoy. Damien nada tiene que ver con esto -la confianza de la chica hizo resquebrajarse la decisión de Peter. La tensión de él logró que Lyn se ruborizara-. ¿No es esto lo que siempre has querido?
-Sí, pero...
-¿Has cambiado de opinión?
-Siempre he sabido lo que quiero y lo he dicho varias veces -le recordó con suavidad.
-Por favor, créeme -respiró profundamente, intentando tranquilizarse.
Él dudó sólo un segundo, pero para Lyn fue el más importante de su vida. Entonces, él dio un paso al frente y tomó el cubrecama. No había brillo en sus ojos. En silencio la condujo a la sala y arrojó la colcha en la silla más cercana.
Lyn no podía creer que tuviera tan poco cuidado con su obra maestra.
-Ofreciste mucho por ella -le recordó intentando aligerar el humor de Peter.
-Pero tengo prioridades, Lyn -le murmuró mientras se volvía hacia ella-. Tú eres más importante.
Le pasó un brazo sobre los hombros y la condujo al balcón. La noche era oscura y las estrellas parecían puntos de plata en el firmamento negro.
-Me encanta estar aquí. Es muy hermoso -dijo Lyn con alegría. Miró a Peter a los ojos-, contigo -añadió en un murmullo.
Con lentitud y suavidad él la abrazó. Con una de las manos le retiró un mechón que le caía sobre la cara. Le besó la frente con suavidad, con ternura.
-He deseado hacer esto desde hace mucho tiempo -musitó mientras la mano descendía hasta su barbilla y la levantaba-. Dejemos que el mundo observe. Dejemos que los ángeles sueñen.
Y las palabras fueron dichas sobre los labios, unos labios listos para recibir los de Peter. Su beso fue gentil, le llegó al alma y ella deseó darle todo lo que tenía. Sin embargo, él la detuvo y se separó un poco de sí, sin soltarla, tratándola como si fuera frágil, algo preciado que pudiera romperse entre sus manos.
-Quiero que esto sea bueno para ti y no lo será si estás tensa, si actuaste en un impulso. Dime qué sucedió esta noche, Lyn.
Ella negó con la cabeza evitando su mirada perceptiva.
-No quiero hablar de eso. Por favor... -lo miró, desesperada-... ¿No puedes aceptarme?
-Lyn, esto puede resultar traumático para ti o la más encantadora experiencia de tu vida. ¿Cuál prefieres?
-Quiero que sea grato

-Entonces tu actitud tendrá que ser la correcta. Como cualquier cosa que hagas, si estás buscando el resultado perfecto, no debes permitir que algo te distraiga.
Él la miró indefensa, un temor repentino hizo que su cuerpo vibrara.
-Peter, mi mente está clara. Quiero que sea lo mejor para ambos, pero no tengo experiencia.
Una expresión feliz cruzó por el rostro masculino.
-¡Perfecto!, eso significa que no tienes ningún entrenamiento equivocado.
Una risa nerviosa emitió la chica. ¡Estaba loco! Planteó la situación en términos absurdos. Pero entonces se dio cuenta de que eran los términos que él normalmente usaba. Consideraba al sexo como un juego físico... para el cual hay que entrenar.
-Yo deseo...
-¿Qué es lo que deseas? -la motivó él.
"Deseo que sea algo más que un juego", pensó Lyn, pero de inmediato supo que no merecía la pena intentar que él aceptara otros términos que no fueran los propios.
-Creo que eres un gran entrenador -suspiró.
-Para ti, el mejor. ¿Te gusta estar desnuda, Lyn? -le preguntó con tal naturalidad como si fuera un tema de conversación cotidiano-. Es decir, ¿te sientes cómoda con tu cuerpo o siempre lo cubres?
-Yo... yo puedo vivir con él. No estoy construida igual que Delvene, pero no importa cómo soy.
-Delvene... -Peter frunció el ceño al escuchar aquel nombre y llevarla de nuevo hacia la sala. La música de Wagner volvía a oírse-. El cuerpo no es lo más importante para lograr que el sexo sea grandioso, Lyn -le aseguró-, sino la persona que lleva dentro... déjala salir... permitir que suceda.
Él deshizo el nudo del cinturón de la bata de seda y la deslizó bajándola por los hombros, acariciándole los brazos con suavidad mientas la prenda caía al suelo. Y todo ese tiempo, sus ojos oscuros miraban los femeninos, prometiéndole que sólo ella, la persona, importaba, y que no le interesaba en lo más mínimo la parte física que le estaba siendo revelada. Él tomó las manos de la chica y las llevó hasta su cinturón.
-Ahora es tu turno -le ordenó con suavidad.
Los dedos de Lyn estaban temblando tanto que no podía deshacer el nudo. Pero cuando finalmente lo logró y bajó la bata por los poderosos hombros, también cayó al suelo. Peter le sonrió, era una sonrisa loca y contagiosa que de alguna manera le decía que eran una especie de niños terribles, pero, ¿no resultaba divertido? Lyn sonrió con sinceridad.

-Baila conmigo -le pidió él.
Era una música muy difícil de bailar. Realmente él estaba loco... pero al mover sus cuerpos, la música le llegó al alma y la mente de Lyn, se volvió loca. No pudo evitar reír y su cuerpo se convulsionaba contra el de Peter. Al poco tiempo la risa se convirtió en jadeo ente el erotismo de su mutua desnudez.
Lyn sentía escalofrío por todo el cuerpo, la música seguía llegándole al alma mientras que el contacto de sus cuerpos provocaba sensaciones diferentes, fascinándola, excitándola, tentándola a experimentar movimientos con su propio cuerpo.
El físico de un hombre era muy diferente, fuerte, poderoso, muscular, contrastante con el suyo. El comportamiento, pensó, reconociendo instintivamente la urgencia de fusionarse con su compañero y con la certeza de que él único hombre al que podía entregarse era Peter, sin importar lo que el futuro le tuviera deparado. Levantó los brazos para rodear el cuello y disfrutó la sensación de su piel contra la de él.
-¿Ya estás más relajada? -le murmuró Peter al oído.
-Mmm.
Las manos de él cayeron hasta su espalda acercándola más.
-¿Quieres decirme qué sucedió, Lyn?. ¿Qué te hizo venir esta noche?
Ella suspiró y apoyó la cabeza en su hombro. No le importaba hablar de eso ahora. El estar así con Peter hacia que el resto del día se volviera insignificante.
-Tenías razón acerca de Damien -dijo ella.
-Delvene lo hechizó.
Lyn lo miró, sorprendida.
-¿Cómo lo supiste?
-Pensabas en ella hace rato.
-Ya no lo hago y tampoco me afecta -aseguró con satisfacción-. No puedes imaginar lo aburridos que son, Peter.
-Creo que tengo una idea muy aproximada al respecto -le respondió con expresión burlona.
Ella rió. Era grandioso estar a su lado. Y él lo sabia, entendía todo.
-¿Sabes lo que hice?
-Dímelo.
-Los presenté. Y cuando no pude soportarlos, los dejé.
-Fuiste demasiado tuda -la reprobó Peter con una sonrisa divertida.
-Abominable -aceptó Lyn, dichosa-. Simplemente imaginé lo que harías tú, y lo hice.
-Siempre supe que tenias una mente muy despierta. Además, me encanta sentir tus senos contra mi pecho, como ahora. Moléstame con ellos. ¡Es delicioso!

Ella disfrutó al hacerlo y sintió una ola de gozo cuando la excitación de Peter se hizo muy evidente. Sus ojos brillaron al darse cuenta.
-Estás terriblemente estimulado.
-Terriblemente. ¿Te asusta?
-No, no ahora. No fue por Damien y por Delvene por lo que vine a ti, Peter.
-Lo sé, Lyn. Sólo quería que tú también lo supieras.
La picardía de sus ojos se convirtió en deseo. La besó y el beso se hizo más y más ardiente ante la respuesta apasionada de Lyn. Peter la tomó en brazos y la llevó hasta su dormitorio. Él bajó las sábanas y la depositó con suavidad sobre el lecho. Volvió a besarla y recorrió todas sus curvas, excitándola hasta lograr su respuesta.
De repente, él interrumpió su exploración, respiró profundo y le sonrió.
-No tan rápido, hay que prolongar el placer. Mantén el momento suspendido en el tiempo.
Ella se alegró de que estuviera oscuro, lo suficiente para que él no pudiera ver su necesidad de ser amada. Tomó una de las manos varoniles y la llevó hasta la mejilla, entonces, él condujo una mano de la chica hasta su pecho y comenzó a descender.
-Quiero que me toques así... y mientras lo haces, yo te acariciaré del mismo modo.
La piel de Lyn se estremeció ante aquel contacto. Ella quería provocar en él la misma reacción. Deseaba complacerlo, mas por su falta de experiencia, no sabía cómo lograrlo.
-Glorioso, ¿no? -susurró Peter-. Ahora te enseñaré cómo elevar la excitación.
Y lo hizo con tal seguridad que Lyn pronto olvidó lo que él quería de ella. Estaba en otro mundo, él le proporcionaba un intenso placer. Dejó de tener control sobre su cuerpo, lo único que pudo hacer fue arquear la espalda y recorrer con avidez el cuerpo masculino, la respiración de ambos empezó a perder ritmo.
-Peter... -musitó sabiendo que él era el maestro de su destino.
-¿Es ya insoportable?
Lyn movía la cabeza de un lado a otro, sintiendo placer y sufrimiento a la vez.
-Sí... no... no lo sé.
-No demoraré.
Peter se acercó y ella lo aceptó con un suspiro. Nada en su vida había sido tan satisfactorio como el sentir que Peter la poseía y lo abrazó con fuerza, entregándole su alma y su cuerpo.
-Ahora ven conmigo, Lyn.
Peter la condujo de una cima a otra, enseñándole la forma en que podían gozar más y Lyn aprendió el camino a la sensualidad. Nada

más importaba que continuar al momento y cuando se sintió agotada, se acomodó entre sus brazos, con la piel aún sensitiva.
-¿Satisfecha? -preguntó Peter antes de besarle las orejas.
-Creo que sí -suspiró.
-Deberíamos hacer de esto una ocupación de tiempo completo. Podemos embellecer más estos momentos. Pequeñas sutilezas que podrían darnos más placer...
-¡Más! -una risa histérica salió de su garganta seguida por una sensación de tristeza. ¿Se habría decepcionado de ella después de haber tenido tantas mujeres experimentadas? ¿Habría sentido sólo placer físico?-. Supongo que no resulta muy grato con una novata.
-No vuelvas a subestimarte -le dijo él con severidad-. Eres una mujer increíble. Nunca disfruté tanto -su voz se hizo suave.
Volvió a besarla y ella lo abrazó mientas profundizaba el beso desesperada por hacerlo sentir lo mismo que ella.
-Mira lo increíble que eres -jadeó él-. Me estás excitando de nuevo.
Ella rió. Peter era un hombre incorregible, pero ella lo amaba. Amaba todo en él, la agilidad de su mente, la bondad de su alma, y su cuerpo sensual.
Peter le acarició los senos.
-Eres hermosa, Lyn -le aseguró él en un susurro.
-Me alegra que así lo pienses.
-Ahora, puedes ir a dormir y soñar con las fantásticas montañas que escalaremos mañana.
-Mmm.
Delvene... Damien... toda su vida pasada era nada comparada con esa noche al lado de Peter. Se sentía bien, como si lo hubiese vivido todo y no existiera algo más por experimentar. Con un suspiro de felicidad se quedó dormida.

Capítulo 12

Un beso en la nariz despertó a Lyn. Miró el rostro sonriente de Peter, estaba recién afeitado y su loción era fresca.
-¿Qué hora es? -preguntó ella sintiéndose feliz.
-Las once. Y no puedo esperar más. Has estado dormida, provocándome durante dos horas. Te traeré café y prepararé el desayuno. Ya has descansado ocho horas y hoy tenemos que hacer cosas que jamás hemos hecho. Empecemos por los pies.
Ella rió mientras trataba de escapar de sus dedos.
-¡Esto no es justo! Prometiste hacer el desayuno.
-¿Huevos con tocino y pan tostado?
-Mmm, ¡suena delicioso!
-Eres una mujer de apetitos lascivos -su sonrisa era amplia-. Traeré tu bata, pero no quiero que te la pongas. Me gustas así.
-Tú sí te cubriste.
-Es una pequeña protección. El tocino salpica. No tardaré.
Lyn salió de la cama, se sentía dichosa. Se bañó con rapidez, tomó prestado un peine y el cepillo de dientes de Peter y después, ansiosa, entró en la cocina.
El desayuno fue divertido. Peter insistió en que se sentaran a la mesa del comedor como si se tratara de una comida formal y tomaron su lugar, desnudos, mirándose uno al otro. Lyn reía ante lo absurdo de la situación, pero jamás había disfrutado tanto de un desayuno. La comida era deliciosa, pero el mirar a Peter era aún más delicioso.
-¿Por qué me gusta tanto? -musitó él y su expresión se volvió seria.
Antes de que Lyn pudiera pensar en una respuesta, sus pensamientos fueron interrumpidos con un llamado a la puerta. El no desvió la mirada, la cual estaba fija en ella.
-¿No piensas abrir? -le preguntó insegura.
-Hoy, para el resto del mundo, estoy oficialmente muerto -le respondió él con una sonrisa.
Ella sintió una gran satisfacción. Peter sólo la quería a ella.
-¿Esperas a alguien?
-A nadie.
Volvieron a llamar, esta vez con impaciencia.
-Es mejor que averigües quién es.
-Sólo para complacerte -suspiró él.
Se puso de pie, Lyn admiró su impresionante físico mientras él anudaba el cinturón de la bata. A ella ya no le importaba cuántas mujeres habían compartido su cama. En ese momento, Peter era

suyo, sólo suyo. Y quienquiera que estuviese fuera, tendría que marcharse. Peter abrió la puerta.
-Buenos días -dijo él, vivaz-. ¿O son tardes?
-Señor Kelso...
El corazón de Lyn dio un vuelco. Era la voz de su madre, el tono que usaba cuando desaprobaba algo.
-Ofrezco disculpas por interrumpir su... su...
-Desayuno -aclaró Peter.
Lyn podría imaginar lo que estaba pasando por la mente de su madre al ver a Peter vestido sólo con una bata. Y si la viera a ella desnuda... Gracias a Dios que Peter la alejaría.
-Soy Alicia Mansfield, la madre de Lynette.
-Por supuesto. Henrietta me habló de ti, Alicia. Encantado de conocerte.
Lyn casi se conmociona. Se imaginaba la actitud artificiosa de su progenitora romperse en mil pedazos con el comportamiento irreverente de Peter.
-Señor Kelso...
-Por favor llámame Peter. En muchos sentidos me siento parte de la familia.
-Señor Kelso... he tratado de comunicarme con mi hija durante toda la mañana. Ella no está en su casa y...
-¡Cierto! Ella está conmigo aquí, desayunando. De hecho, ya terminamos, estamos tomando el café. ¿Quieres unirte a nosotros? ¿Deseas un poco de charla ligera antes de regresar a las cosas serias de la vida?
Lyn sintió que se moría. Actuó con rapidez y corrió al dormitorio a ponerse la bata. ¿Cómo podía ser Peter tan indiscreto y descarado?
-¿Lynette... está con usted? -preguntó la señora, conmocionada.
No había más que hacer excepto enfrentarse con su madre, pensó Lyn al regresar a la silla del comedor. Esa era la vida que ella quería, con Peter. Su mamá sólo había ido a reprenderla por su comportamiento de la víspera. Delvene debió exponer el cuadro más horroroso posible.
-Por supuesto que está conmigo. ¿En dónde más podría hallarse? -Peter frunció el ceño al darse cuenta de la lentitud mental de la señora al no haberlo imaginado antes-. Entra, Alicia. Ella está perfectamente a salvo.
-¡A salvo!
-¿Entras o no? No acostumbro estar parado aquí, vestido sólo con una bata. Y ahora que lo pienso, Lyn ni siquiera la lleva puesta -volvió la cara para sonreírle a la joven-. Ah, veo que ya te vestiste. No deberías avergonzarte en presencia de tu madre. Después de todo, ella te dio la vida.

-Entro -dijo la señora.
-Bienvenida -aceptó Peter abriendo la puerta de par en par.
Lyn se tensó a pesar de que se decía una y otra vez que estaba haciendo bien y que no tenía de qué avergonzarse. Sin embargo, no quería herir a su madre. Alicia Mansfield entró con paso militar e hizo un alto abrupto cuando vio a su hija sentada a la mesa.
Lyn trató de esforzar una sonrisa pacificadora.
-Hola, mamá.
La mirada brillante se intensificó cuando notó que bajo aquella bata de seda no había otra prenda.
-¡Has permitido que este hombre te destruya!
¿Por qué su madre se equivocaba siempre en todo? ¿Por qué siempre juzgaba antes de considerar el punto de vista de Lyn?, se preguntó, irritada.
-No lo creo -respondió con lentitud-. Peter me ha enseñado muchas cosas y le estoy muy agradecida.
La respuesta impactó a Alicia.
-Lyn, ¿cuántas veces tengo que decirte que yo no quiero tu gratitud? -la expresión de Peter reflejaba dolor-. ¿Qué pensará tu madre si hablas de gratitud? Debo reconocer, Alicia, que soy yo quien está agradecido contigo por haber engendrado una mujer tan maravillosa como lo es tu hija Lynette. Dios, ¡Gerald debe ser un hombre feliz por tenerte a ti como esposa! Por favor, siéntate como si estuvieras en casa -él retiró una silla invitándola a sentarse.
Alicia Mansfield lo observó como si estuviera loco. Negó con la cabeza y regresó la mirada hacia su hija.
-Este hombre debe haberte trastornado, Lynette -le reprochó-. No podía creer lo que Delvene me dijo esta mañana acerca de lo que hiciste anoche. No te educamos para que te comportaras con tal descortesía, pero ahora puedo creerlo. ¿puedo creer cualquier cosa!
¿Había existido alguna duda?, se preguntó Lyn con cinismo. ¿no habían creído siempre sus padres en todo lo que Delvene les contaba? Eso no importaba ahora. Sólo Peter importaba. Y responderle a su madre seria fútil.
-Es terrible tener una mente cerrada, Alicia -intervino Peter-. Debería abrirla a todas las experiencias de la vida. Ahora, siéntate. Te traeré una taza de café. ¿Con azúcar?
-No quiero su café -le espetó-. Deseo hablar con mi hija. Si no le importa.
-En lo absoluto Lyn, tu madre quiere hablar contigo. Pero antes que empieces, Alicia, déjame advertirte que no toleraré alguna referencia a lo que Delvene diga o haga. Lyn ya ha sufrido suficiente por eso. Hasta donde puedo entender, Delvene ha tenido tu atención, afecto y todo lo que pudiera quitarle a su hermana.

Incluso los pretendientes de Lyn. En lugar de ser indulgente con Delvene si tú y tu esposo la hubieran corregido durante su infancia, impidiéndole que fuera tan egoísta, ahora o necesitaría una zurra. Yo estuve a punto de dársela cuando vino a tratar de seducirme.
Lyn jadeó, dejó de ver a su madre y miró a Peter, boquiabierta, él sonreía con inocencia.
-Eso es cierto, Lyn -corroboró Peter-. Delvene no sabe lo que es la fidelidad. No le gustó que le dijera que tú aún no terminabas conmigo. Dijo cosas muy crudas. Yo la despedí con algunas palabras de mi catálogo.
Peter se volvió hacia Alicia.
-Aunque crean que Delvene es una mujer adulta, se trata de una niña caprichosa y mimada lo suficiente lista para aparentar una inocencia que no existe. Tú y Gerald necesitan hacer algo al respecto antes que sea tarde. Ella necesita que la cuiden de cerca y deben empezar a hacerlo ahora.
Una nota de dureza se apodero de su voz cuando continuó:
-Si quieres hablar con Lyn, hazlo, pero no olvides que conversarás con una hija que casi has perdido con tu desaprobación y negligencia. Si no tienes cuidado, Alicia, la perderás para siempre y yo no permitiré que alguien sea injusto con ella.
Aquello era demasiado para la señora Mansfield. Estaba conmocionada, perpleja, cuando se volvió hacia Lyn con ojos llorosos.
-Lynette... esto no es positivo para ti. No puedo fingir que alguna vez logré comprenderte, nunca supe cómo tratarte. Siempre estuviste distante, en tu mundo... Pero eres mi hija y te amo, por eso sólo quiero lo mejor para ti. Este hombre te hará desgracias y nada más.
Alicia miró a Peter antes de continuar:
-Nunca quise que te marcharas de casa, Lynette, tú lo sabes. Y tu padre... él...él todavía está afectado por tu partida. Por favor regresa conmigo.
¿La querían ellos? ¿La amaban? Ella siempre se había esforzado para que sus padres la quisieran, pero Alicia no había ido a demostrarle su cariño.
Lyn aspiró profundo y negó con la cabeza.
-No quiero ir, madre. Lamento que no lo entiendas, pero para mí, esto es lo mejor. Sé que te será muy difícil aceptarlo, y, por favor, créeme que no lo hago para lastimarte a ti o a mi padre. Más que cualquier otra cosa, quiero estar con Peter y si él me quiere, permaneceré a su lado.

-Lynette... -Alicia no pudo continuar. Las lágrimas le rodaban por las mejillas

-Lyn se puso de pie, quería consolarla, pero el instinto fue reprimido por años de inhibiciones. Delvene era la hija que besaba y acariciaba. Lyn fue incapaz de competir con su hermana por el cariño de su padres y no lo haría ahora.

-Madre... por favor... no llores. Todo está bien, de verdad.

-¿Cómo puede estar bien? -la miró con furia y acusación-. Sabes que la semana próxima es el cumpleaños de tu padre. Las invitaciones fueron enviadas antes que te marcharas de casa. El cuenta con que tú estés allá. Todos tus amigos irán.. No estaría bien que no te presentaras.

-EI corazón de Lyn se endureció. La misma historia dolorosa. La única preocupación de la señora giraba alrededor de lo que los amigos pudieran decir. Lyn ya había terminado con esa vida. Pero antes que pudiera responder, lo hizo Peter.

-No soñaría en perder tan importante ocasión familiar -aseguró colocando una mano sobre el hombro de Lyn en un gesto de complicidad-. No te preocupes, Alicia, allí estaremos.

-jUsted! -gritó, horrorizada.

Lyn se sorprendió con la aseveración de Peter. Su mano le seguía acariciando el hombro trasmitiéndole un mensaje de apoyo reconfortante.

-Hace mucho tiempo he buscado la oportunidad de conocer a Gerald. Tu marido es un hombre muy astuto... está suscrito a mi boletín. Si, me doy cuenta de que será el evento social del año. Y hace mucho que tampoco veo a Max. Será una gran noche. ¿Supongo que, habrás invitado a Madeleine?

-¿Madeleine?

-Madeleine Kane. Ella y su marido son amigos míos. No te preocupes, yo los invitaré. Ningún evento puede considerarse tal si no asiste Madeleine. El padre de Lyn merece lo mejor. Uno siempre debe ir hacia arriba, Alicia.

Lyn tuvo que morderse el labio inferior para reprimir una sonrisa. Peter combatía el esnobismo de su madre con el suyo, y le estaba poniendo al mundo de cabeza. Deborah King, la reportera de sociales, era quien cubría las fiestas de su madre. Alicia estaba conmocionada pensando que Peter pudiera llamar al editor del periódico.

Estaba en una encrucijada terrible. Por un lado, no deseaba tener a Peter como invitado, en especial, como pareja de Lyn, pero por el otro, 1a presencia de Madeleine Kane sería un logro social, eso sin mencionar la presencia de Max Abrams, un empresario reconocido internacionalmente.

Antes que pudiera reaccionar, Peter la tomó del brazo y la condujo hasta la puerta.

-No te preocupes por nada, Alicia. Lyn y yo nos comportaremos con gran estilo, Madeleine hará una crónica maravillosa y Gerald estará encantado con todo. ¿Cómo no estarlo con una esposa tan *excepcional?* -abrió la puerta y la invitó a salir-. Me agradó conocerte. Puedes venir a visitarnos las veces que quieras... Lyn y yo estamos en casa la mayor parte del tiempo. Sólo llama antes. Ahora, adiós.

Alicia no pronunció una palabra. Lyn imaginó su expresión perpleja. La tía Henrietta había tenido razón: Peter era un genio y un tonto, y la mezcla era demasiado para la gente mediocre.

Cerró la puerta y se volvió hacia Lyn con una sonrisa de satisfacción.

-Tu madre es una mujer muy receptiva. Cuando termine con ella, habrá adquirido un punto de vista diferente con respecto a la vida. Lo mismo que tu padre, a quien ansío conocer.

-No los lastimarás, ¿verdad? No quiero que sufran.

-Sólo les haré un favor, lo prometo -su rostro se suavizó cuando la tomó por la cintura y la acercó a sí-. No estabas muy afligida con tu mamá, ¿o sí, Lyn?

-No mucho -concedió acercándose a él. Suspiro, contenta. Por supuesto que él estaba loco, pero era una locura que ella amaba, y dejó de considerarlo malo o peligroso-. Me siento muy bien contigo -murmuró, sincera.

-¡Dios! -le besó la frente-. Odiaría pensar... -le besó la punta de la nariz-, que no estuvieras preparada aún para escalar una montaña conmigo.

La besó con pasión. La invitaba a escalar la más impresionante montaña y ella lo seguiría a cualquier parte, en cualquier momento.

Capítulo 13

Lyn suspiró y dejó caer una mano sobre el tocador. Respiró lento y profundo tratando de detener el temblor de sus dedos. Esa noche no podía hacer un lío con el maquillaje de sus ojos. Peter había invertido muchas preocupaciones y dinero. Llamó al mejor modista de Sydney para que le hiciera el vestido que él quería que usara. Lo menos que ella podía hacer era tratar de estar lo mejor posible para él. No importaba cuánto se *regañara* a sí misma, no podía desembarazarse del nerviosismo y de la aprensión que le contraía el estómago.

Amaba a Peter con todo su corazón y no había algo que ella no quisiera hacer *por* él, pero había sido una Mansfield demasiado tiempo para deshacerse por completo del orgullo familiar y de su sentido de la propiedad. Ella era la amante de Peter Kelso y si ese hecho no había sido obvio para los amigos de sus padres, era seguro que Peter se encargaría de hacerlo público. A ella no le importaba, pero sabía que sus padres lo resentirían profundamente y eso no le provocaba ningún placer.

Sin embargo, no había manera de retroceder. Peter tenía la intención de asistir y ella no se lo iba a negar. Gerald había telefoneado insistiendo en que quería que Lyn fuera a su fiesta, y si para ello era necesario llevar a Peter Kelso, estaría encantado de conocer a ese hombre y hablar con él.

Lyn imaginaba la clase de conversación que su padre deseaba tener con Peter, pero no había la menor duda de quién quería, la charla. Sólo Dios sabía cómo terminaría esa noche. Sólo deseaba que Peter se reprimiera un poco y no le arruinara la fiesta a su padre, o a su madre. Después de todo eran su casa, sus amigos y sus vidas. A Lyn. le bastaba con dejarlos en paz si ellos se abstenían de criticarla.

Se concentró en mantener el pulso quieto y terminar de maquillarse correctamente. Se sintió conforme con la imagen que le ofrecía el espejo. El nuevo corte de cabello que Peter había supervisado personalmente era impresionante y femenino.

-¿Admirándote? -bromeó Peter al entrar en el dormitorio. Colocó una enorme caja envuelta en terciopelo sobre el tocador y después le besó el cuello-. Me alegra llegar a tiempo para ayudarte con el vestido. Aunque el desvestirte me da mayor placer, sin embargo, esta noche... -le acarició los hombros y le sonrió por el espejo. Sus ojos mostraban un brillo extraño, un brillo de excitación, casi de ansiedad-. Esta noche estarás vestida como te conviene, y la crema y nata de la sociedad de Sydney te mirará con envidia y

admiración.

Ella rió y movió la cabeza sin creer que eso sucedería, pero terriblemente halagada de que Peter lo considerara posible. Siempre y cuando él la viera hermosa. Lyn se sentía feliz.

-Primero el vestido -dijo Peter con ansiedad.

Era un vestido fabuloso, había sido copiado de una vieja fotografía. Lyn dudó, pero la insistencia de Peter la convenció y el resultado final era sorprendente. El estilo había sido sutilmente modernizado, sin perder elegancia.

Peter lo mantuvo en la posición adecuada para que ella se lo pusiera. La seda negra se deslizó sobre sus brazos. Sé ceñía a sus curvas y Peter le abrochó la larga fila de botones en la espalda. El vestido era muy ajustado y su tono acentuaba las líneas de su figura.

Era la prenda más hermosa, excitante e increíble que había visto en su vida. Se estudió en el espejo y se dio cuenta de que su peinado era adecuado para el atuendo. Peter calculó de antemano el resultado, como siempre.

-Y ahora, el toque final -señaló él con gusto.

Abrió la caja de terciopelo y sacó un collar. Lyn lo reconoció de inmediato. Era el mismo que usaba la mujer de la fotografía, en la cual habían inspirado para el diseño.

-Peter...

Se inclinó con reverencia para colocárselo al cuello. Oro, rubíes y perlas en una joya única. Lyn estaba segura de que eran piedras auténticas... Peter rechazaba todo lo que fuera falso. Pero si eran genuinas, aquel collar debió haberle costado una verdadera fortuna.

-Perfecto -aseguró él al admirarla

-Peter... yo... yo no puedo usar esto -señaló con voz ronca.

-¿Por qué? El vestido y la joya son uno para la otra. ¿Ves? El complemento perfecto.

-Son piedras auténticas... ¿o no?

Peter rió mientras se inclinó para tomar los pendientes que estaban dentro de la caja.

-¡Hay dos guardias de seguridad allá afuera que están convencidos de que lo son! Me temo que tus padres tendrán que soportar su presencia en la casa durante toda la noche. La compañía de seguros insistió. Toma, ponte éste, quiero ver el efecto completo.

Obedeció y la imagen que le devolvió el espejo era tan fascinante que dejó de preocuparse. Esa mujer del espejo no era Lyn Mansfield; era alguien que pertenecía a un pasado opulento. Recordó las palabras de Damien refiriéndose a los gustos de Peter. Aquella era la imagen de los cuentos de hadas, de reyes y reinas, de mitos y leyendas.

-¿En dónde conseguiste estas joyas?

-Fueron hechas para los Hohenzollern, una familia real europea que reinó durante doscientos años. La mujer de la fotografía que viste era la princesa María Teresa. Usó el vestido y las joyas en la ultima recepción antes de su abdicación en mil novecientos dieciocho.

¡Cielos! Él la había vestido como princesa, pensó Lyn incrédula.

-Las joyas estuvieron perdidas durante mucho tiempo -continuó Peter-. Aparecieron en Argentina alrededor de veinte años después de la Segunda Guerra Mundial. Y como sabes, soy un apasionado de las cosas únicas, no pude resistir la tentación de comprarlas.

-¿Son tuyas?

Los ojos oscuros la miraron con fijeza antes que apareciera la sonrisa. El cuerpo de Lyn experimentó una sensación de profundo placer.

-Son tuyas, Lyn -dijo él con suavidad.

-No, no, no puedo aceptarlas. ¡Deben costar una fortuna!

-Las veo muy bien, tal y como lo supuse.

-No van conmigo. ¿cómo puedes decir eso?

El se limitó a sonreír y a admirarla en el espejo. La chica suspiró.

-Está bien, las usaré esta noche sólo porque tú así lo quieres, pero no puedo quedarme con ellas.

-Lo harás -aseguró con gran confianza-. Esta noche serás el punto de atracción, y no habrá padres más orgullosos que los tuyos. Ahora, déjame presentarte a Max y a Medeleine. Los dejé en la sala con una botella de champaña.

Ahora comprendía. La percepción de Peter era magistral, como siempre. Vestida así, la colocaba mucho más allá de la crítica en cualquier círculo social. Y, para completar el cuadro, ella y Peter llegarían a la fiesta con Madeleine Kane y Max Abrama, dos personalidades que eran bien recibidas en todo lugar. Oprimió el brazo de Peter en un gesto de gratitud. Él había pensado en todo, era un genio.

-¿Estás contenta?

-Sí, gracias. Sólo tú eres capaz de hacer algo como esto.

-Ah, pero sólo tú podías hacerlo posible.

Las palabras de Peter le infundieron gran confianza mientras la llevaba hacia la sala.

-¡Dios!

Madeleine mantuvo la boca abierta mientras recorría a Lyn con la mirada deteniéndose en el collar. Se levantó de la silla y se acercó. Era una mujer alta, delgada, pelirroja, una mujer atractiva en extremo. Peter hizo las presentaciones.

-¡Nunca vi a alguien con un aspecto magnífico! No te quedaste corto, Peter -declaró Madeleine con satisfacción-. Daría mis ojos por usar una joya así, Lyn.

-Y un poco más -añadió Max poniéndose de pié y sonriéndole a Lyn.

Era un hombre apuesto e impecablemente vestido. Las canas evidenciaban que era un poco mayor que Peter, pero el brillo de sus ojos mostraba que compartía la misma alegría de vivir que su amigo.

-Personalmente, prefiero el cubrecama -aseguró Max-. Debo poseer una de tus creaciones, Lyn, Peter dice que diseñarás uno especialmente para nuestro dormitorio. Llámanos cuando tengas tiempo. En cualquier momento, a cualquier precio.

Lyn quedó muy complacida por el halago.

-Me dará mucho gusto hacerlo, Max. Gracias.

-¡Bien! Y debo decir que has hecho que esta noche valga la pena. Debo confesar que estas reuniones sociales no me agradan, pero Peter parece conocer la fórmula para ofrecer siempre algo especial.

-Te dije que Lyn era especial -rió Peter.

-Ah, pero tienes el talento para lo inesperado. Y para lo hermoso.

La risa de Peter se convirtió en carcajada sonora.

-La noche apenas empieza, amigo. Vámonos.

Mientras entraban en el ascensor, Max señaló:

-Que me maldigan si entiendo por qué no puedes conseguir una casa decente.

-Ya lo intenté una vez. No es para mí... problemas con la servidumbre, con el mantenimiento, con la seguridad, con la gente que te quita el tiempo. Tú puedes soportarlos, Max, yo no. Aquí arriba me siento tan libre como un pájaro. Puedo ir y venir sin preocuparme.

-¿A ti te gusta, Lyn? -preguntó Madeleine-. Viviste en una mansión, con servidumbre, toda la vida, ¿no es así?

-Y lo odié. Estoy de acuerdo con Peter -aseguró con firmeza tratando de esconder el dolor momentáneo ante la mención de Peter de querer ser libre.

Ella podía estar con Peter, pero él jamás aceptaría ninguna atadura... no la atadura que ella quería. Pero, ¿qué más se podía pedir además de todo lo que él le había dado?

Abordaron el Rolls Royce blanco de Max y se dirigieron hacia la mansión Mansfield mientras Madeleine conseguía todos los datos acerca del vestido y las joyas de Lyn. Cuando llegaron, la joven se adelantó y cruzó el amplio vestíbulo. ¿Aprobarían su apariencia por lo menos?

-Alicia Mansfield se volvía después de saludar a los invitados que los precedían. La sonrisa de bienvenida que les había dedicado se convirtió en una expresión tensa. A Lyn le pareció que su madre no la había reconocido.

-Hola, mamá. Ya conoces a Peter. Ella es Madeleine Kane y Max Abrasas. Mi madre, Alicia Mansfield.

-¡Lynette! -exclamó la señora sorprendida.

-¿No está espléndida? -preguntó, Madeleine divertida-. Debo felicitarte, Alicia. Debes sentirte muy orgullosa de tener dos hijas tan bellas.

-Una de ellas, por lo menos, tiene un extraordinario talento -añadió Peter con suavidad.

Lyn sonrió.

-Sí... gracias, gracias -dijo Alicia con debilidad, la anfitriona de la alta sociedad luchaba por recuperar la compostura-. Es muy amable de tu parte. Y nos da mucho, mucho gusto darles la bienvenida.

Madeleine sonrió ampliamente.

-El gusto es nuestro. Cuando Peter nos telefoneó supimos que se trataba de algo especial, ¿no fue así, Max?

El le sonrió a Peter antes de señalar:

-Debió haber sido, un showman.

-Y todo el mundo es el escenario -respondió Peter encogiendo los hombros y sonriéndole a Alicia-. Estás encantadora esta noche.

Peter era un distinguido caballero en su traje formal y su aura de absoluta seguridad parecía más evidente.

-Gracias, Peter -y su mirada regresó a Lyn. Movió un poco la cabeza mientras los ojos se le llenaban de lagrimas-. Te veo muy feliz, Lynette. Deseo... espero que siempre lo seas.

El deseo era tan genuino que Lyn sintió que también sus ojos se le llenaban de lagrimas. Se había equivocado. Su madre la amaba. No importaba lo equivocado de su amor, existía. En un impulso, Lyn se inclinó hacia delante y presionó su mejilla contra la de su progenitora.

-Gracias -murmuró con voz ronca.

-¿Lynette?, ¿Eres tú?

La voz incrédula de Gerald Mansfield reclamó su atención. Ella volvió para saludar a su padre.

-Lyn... -la tomó de las manos, su expresión era, una mezcla de placer y dolor-. Debiste haber estado siempre así. Me alegro mucho que hayas venido, querida.

Le sostuvo las manos con una, y la otra la extendió hacia Peter.

-Señor Kelso, he buscado la oportunidad de conocerlo. Espero que antes que termine la noche tengamos la oportunidad de hablar.

-Será uno de los placeres que he deseado todo el día, Gerald. Y por favor, llámame Peter -su sonrisa fue genial e invitante-. Cuando tengas un momento libre, estaré dispuesto. Y ahora, me permito presentarte a mis amigos Madeleine Kane y Max Abrams.

Gerald Mansfield le estrechó las manos con todo el encanto digno de su linaje. Los condujo hasta la sala e ignoró los murmullos que se levantaban al paso de Lyn y Peter. Los presentó a una serie de personas y sólo cuando la conversación se aligeró, regresó a sus obligaciones de recibir a los invitados.

La reacción hacia Peter fue doble. Las mujeres lo miraban con franca curiosidad; los hombres, estaban ansiosos por hacerlo participar en sus conversaciones. En todas sus opiniones había interés y respeto, y siempre incluía a Lyn en ellas. Madeleine y Max eran maestros en el arte de integrarse, hacer amigos y desplegar encanto.

Sin embargo, era Lyn la estrella de la fiesta, el fondo de todas las miradas. Madeleine repetía la historia del vestido y del collar y la fascinación que ejercía Lyn se ampliaba. La gente la admiraba y murmuraba. Admiración y envidia, tal como Peter lo predijo.

Sólo había una persona que insistía en ignorarla y esa era Delvene. Lyn vio a su hermana circular entre los invitados, pero siempre a la distancia. En un momento, Lyn la sorprendió observando su collar, con puchero, los ojos verdes brillaban a causa de la envidia.

Se preguntó si Delvene temía a los comentarios de Peter y eso le impedía acercarse. O quizá la plática de Peter con su madre había ocasionado que se le ordenara mantenerse lejos de él. Cualquiera que fuera la razón, Lyn disfrutaba el hecho de ser ella quien brillara esa noche, en lugar de su hermana.

Lyn bailaba con Max cuando vio que su padre se acercaba a Peter. Después de un breve intercambio de palabras, abandonaron juntos el salón de baile. Se dirigían hacia la biblioteca y Lyn suspiró y deseó que su padre no fuese desconfiado.

La pieza terminó y los músicos de la orquesta tomaron un descanso. Lyn ya había bebido dos copas y Peter aún no regresaba a su lado. Tampoco veía a su padre. Empezó a sentirse nerviosa. Le desagradaba ignorar lo que sucedía. Habían tenido ya suficiente tiempo para entenderse. La fiesta no era lo mismo sin Peter. La admiración de que era objeto dejó de entusiasmarle. Tomó una decisión y caminó hacia la biblioteca.

Dudó al llegar a la puerta. Todas las tristezas de su vida estaban asociadas con la biblioteca de esa casa. Odiaba aquella habitación. Incluso en ese momento, sabiendo que Peter estaba dentro, titubeó, por fin se obligó a llamar y a entrar.

Allí estaban Peter y su padre, sentados cómodamente y fumando cigarrillos. ¿El nacimiento de una amistad? Sonrió cuando los dos hombres se pusieron de pie. Durante muchos años, Lyn se habla esforzado por acercarse a su padre, sin éxito. Y aparentemente, Peter lo había logrado en cuestión de minutos.

-¿Empezabas a preocuparte? -le preguntó extendiéndole un brazo y acercándola a sí.

-Se ausentaron mucho tiempo -respondió, preocupada.

Peter le sonrió asegurándole que todo estaba bien.

-Tu padre y yo teníamos mucho de que hablar.

Gerald se aclaró la garganta y dijo:

-Peter, me doy cuenta de que te gustaría estar a solas con Lynette, pero no tendré otra oportunidad esta noche y me gustaría charlar en privado con mi hija. ¿Te molestaría?

Lyn percibió su indecisión.

-Todo estará bien.

La sonrisa de Peter fue un tanto irónica.

-Te esperaré afuera. Sólo recuerda que hasta un maestro del juego puede caer con un tropiezo inesperado.

Lyn frunció el ceño mirándolo salir. Se preguntó que movimiento habría hecho ante su padre, quien, evidentemente, había entendido el comentario. Le pareció extraordinario el hecho de que no existiera tensión entre ellos cuando entró en la biblioteca, de súbito.

-Debes amarlo mucho, Lynette -le dijo su padre con suavidad.

Se volvió hacia él sorprendida de que dijera con voz alta lo que ella sentía.

-Sí, padre. Él es... él lo es todo para mí -añadió a sabiendas de que Gerald nunca aprobaría el hecho de que estuviese viviendo con Peter sin casarse.

-Debe de ser así. Durante un momento, después que tu madre me dijo que estabas con él, creí que se debía a que nosotros te habíamos fallado. Pero... -movió la cabeza-, eso no era verdad-. Tienes un carácter fuerte, como Henrietta. Sin embargo, ahora sé que te hemos fallado en otros aspectos, Lynette. Espero que seas capaz de perdonarnos.

Su sinceridad era real, y cuando le extendió los brazos para que la chica los aceptara, ella lo hizo. Por fin lograba lo que durante tanto tiempo había buscado.

-He estado en el salón de exhibiciones de Sinclair. ¿Por qué nunca mostraste lo que eras capaz de hacer, Lynette?

-A ti no te gustaba que yo me dedicara al arte, padre. Tú siempre lo desaprobaste.

-Fui un estúpido, un ciego -suspiró con pesadez-. Henrietta tenía

tanta razón... debí haberla escuchado. Ahora estoy interesado, Lynette, y estoy muy, muy orgulloso de ti. Más que eso. Amo todo lo que eres, pero creo que es demasiado tarde. Peter reclamará todo tu tiempo, ¿tratarías de dedicarnos un poco a nosotros? ¿Nos permitirás visitarte?

-Serás bienvenido, padre -le prometió, asombrada de que hubiese cambiado tanto.

Él sonrió, aliviado.

-Tu Peter es un tipo extraordinario, ya lo sabes. Me hizo ver que te estaba perdiendo -su mirada descendió hasta el collar y movió un poco la cabeza-. A pesar de su reputación, no dudo de que te ame profundamente.

¡Amor? Su padre respiró profundo.

-Lo último que esperaba era que me pidiera tu mano...

¡Matrimonio! Su corazón dejó de latir un instante.

-...pero considerando la manera en que te ha cuidado y vestido, e incluso el haberse enfrentado con tus padres para tu seguridad, no dudo de que te hará feliz, Lynette. Para siempre. Y tú lo has elegido. Eso es suficiente para mí. He estado terriblemente equivocado. Deseo que sean muy felices juntos -la besó con ternura en la frente-. Bien, ahora saldré y le pediré que venga.

El corazón de Lyn latió errático. Su mente le daba vuelta a las palabras de su padre, esperanzada, incrédula y finalmente, lo comprendió. Fue una forma de no lastimar la moral de su padre. Un matrimonio que jamás sé llevarla acabo. El tropiezo en el juego. Peter se lo había advertido. La decepción fue tan tremenda que Lyn no pudo evitar las lágrimas.

Se abrió la puerta de la biblioteca. Su padre salió y entró Peter. Esa maldita, maldita biblioteca. Le dio la espalda a Peter luchando por controlar el llanto. Pero era imposible.

-¿Lyn? -la voz de Peter mostraba preocupación.

La lógica combatía con sus emociones, pero éstas últimas eran mucho más fuertes. Se volvió hacia él con los ojos arrasados de lágrimas.

-No tenías por qué usar eso, Peter. La idea del matrimonio puede ser un juego para ti, pero... una cosa es lograr que Charles Sinclair salte a través de los aros y otra hacérselo a mi padre. Él cree en ti, es muy doloroso, para mí y para él. Nunca pensé que pudieras mentir, ni siquiera en un juego. Es tan... tan...

La intensa mirada de Peter hizo que su lengua se negara continuar.

-¿Crees que esto es un juego?

-¿Qué... qué más puede ser?

-El juego ha terminado, Lyn. Hace mucho, mucho tiempo que

terminó. Te necesito más que lo que cualquier hombre ha necesitado a una mujer.

La tomó por los hombros y en sus ojos había amor, un amor posesivo.

-Eres lo más preciado en mi vida. Mi existencia está vacía sin ti. Esta noche quise que perdieras contacto con la tierra, planeé este momento como respuesta a todo el romanticismo que existe en tu alma. Tuve la esperanza de que tu padre no te lo dijera, y lamento que lo haya hecho. ¿Te casarás conmigo, mi amor, y compartirás tu existencia conmigo?

Lyn lo contempló, incrédula a pesar de que veía la verdad en sus ojos y escuchaba sus maravillosas palabras.

-¿De verdad quieres hacerlo? -murmuró temerosa de aceptar lo que veía y escuchaba. Significaba demasiado para ella.

-Siempre he sabido lo que quiero -Peter tomó algo de su bolsillo, le sujetó una mano y le deslizó un anillo de oro con incrustaciones de rubíes y perlas-. ¿Lo hace esto más creíble, Lyn? ¿Usarás esto... para mí?

-Peter... -la emoción le impidió hablar, pero sus sentimientos se reflejaban en su mirada, con elocuencia.

Él la abrazó y ella hizo lo mismo, con desesperación, atrayéndolo lo más posible.

-*Te* amo -le dijo ella con pasión y después lo miró a los ojos-. Fui hacia ti con mi cubrecama porque te amaba, Peter, y porque deseaba estar contigo siempre.

-Fue la única vez, en mi vida que dudé. No sabía por qué lo hacías ni qué debía hacer yo. Pero te deseaba tanto... Gracias por darme los momentos más maravillosos de mi vida.

-Oh, Peter, eres muy bueno y querer casarte conmigo... estoy tan feliz...

Se besaron con pasión expresándose todo el amor posible entre un hombre y una mujer.

Pero la curiosidad también necesitaba una satisfacción.

-¿Cuándo empezaste a amarme, Peter?

-Me tomó mucho tiempo. Alrededor de quince minutos después de conocerte.

Apoyó el rostro en su hombro, pronto las lágrimas sustituyeron a la risa. Seguía estando loco, maravillosamente loco. Y ella adoraba su locura.

Fue mucho tiempo después cuando ella sugirió que deberían volver a la fiesta. Peter estuvo de acuerdo comentando que la biblioteca no era el lugar idóneo para hacer lo que quería. Su padre debía recordar esa habitación, hablaría con él al respecto.

Gerald Mansfield subió al estrado. Era un buen orador y los

invitados empezaron a bajar el volumen de sus voces, sonriendo ansiosos por saber lo que diría.

-Les agradezco a todos su presencia. Esta fiesta fue concebida para celebrar mi cumpleaños número cincuenta. Y estoy feliz de haber llegado al medio siglo de vida...

Los aplausos lo obligaron a hacer una pausa.

-Cincuenta años. Tiempo de mirar hacia atrás y ver lo que se ha hecho. He tenido grandes momentos de felicidad... inolvidables. Los nacimientos de mis hijas fueron dos de ellos. Pero creo que la mayor dicha fue cuando Alicia aceptó mi proposición matrimonial. Ella era, es, y siempre será, la compañera perfecta.

Más aplausos. Gerald le sonrió a su esposa.

-Esta noche he sido obligado a recordar los sentimientos que he compartido con Alicia desde entonces y me causa gran placer anunciarles el compromiso de mi hija Lynette, con el hombre del que esta enamorada. Para ustedes habrá sido obvio el amor que él siente también por mi hija. No me cabe la menor duda de que la apreciará como cualquier padre desea que lo haga su yerno. Peter Kelso.

Hubo jadeos y miradas de sorpresa. Madeleine dio un grito de gusto y fue Max quien inició el aplauso que se convirtió en un estruendo.

-Debí suponerlo, ¡diablo de Peter! Debí intuir que era esto lo que planeabas -gritó Madeleine felicitándolos con cariño.

-Un *showmón* -rió Máx entre dientes.

Alicia descendió hasta ellos, los besó y les deseó toda clase de felicidad, Lyn la abrazó, libre de las inhibiciones del pasado. Incluso Delvene se acercó a felicitarlos, y se asombró cuando Lyn la besó, su corazón estaba lleno de amor y no albergaba resentimiento hacia su hermana. Delvene dudó, y después, con una rara mezcla de emociones reflejada en su rostro, se inclinó para devolverle el beso.

-¿No hay rencores... Lyn? -le murmuró.

-Ninguno -Lyn sonrió-, Delvene.

-¡Peter! -Gerald lo llamaba invitándolo a hablar.

-Madeleine, esto es para publicar -le ordenó Peter antes de abrazar a Lyn y llevarla hasta el estrado desde donde los llamaba Gerald.

-Quiero agradecerle a Gerald su apoyo y a Alicia todas sus cortesías. Casi todos ustedes han oído de mí, pero sólo unos cuantos me conocen. Todos se sorprendieron, ante la información, pero créanme, sus sorpresas no son nada, comparadas con la que yo sentí cuando conocí a Lyn. Hasta hace muy poco tiempo, yo veía la vida como si fuera un juego, un juego que yo practicaba, probando todo lo que se me ofrecía, siempre buscando la última experiencia que

llenan esa parte de mí que siempre había estado insatisfecha. Yo no sabía qué era... pero ahora lo sé.

Se volvió hacia Lyn y en su mirada había una plenitud total.

-Aquellos que conozcan el verdadero amor... sabrán lo que Lyn y yo sentimos ahora -la abrazó-. Y sabrán por qué nos marchamos en este momento... -la besó y después miró a la azorada multitud-. Tenemos muchas cosas de que hablar. Nos dará mucho gusto verlos en nuestra boda. Hasta entonces, estamos oficialmente muertos, así que no telefoneen, ni llamen a nuestra puerta -se despidió con un movimiento de mano y condujo a Lyn hasta la salida-. Gracias por compartir esta maravillosa velada con nosotros y buenas noches a todos.

Lyn empezó a reír en el vestíbulo y casi se cae al llegar a los escalones.

-¡Fuiste mortal, Peter! Mi madre quizá sufra un colapso.

-Por supuesto que no: Estoy empezando a simpatizarle, ¿y quién más le habría dado mayor brillo a su fiesta? Además, sólo imaginé lo que tú harías en la misma situación, y lo hice -le respondió, juguetón.

-Tienes razón -dijo Lyn entre risas-. Compartimos algo especial.

-Almas gemelas -murmuró Peter antes de besarla.

Tomados de la mano caminaron por el sendero, gozando de la felicidad de estar juntos, hasta que Lyn distinguió a dos figuras que los seguían.

-Peter, alguien nos sigue -susurró.

El se volvió a mirar.

-¡Oh, demonios! Los guardias de seguridad. Ese es el problema con las posesiones, Lyn. Tendremos que deshacemos de esas joyas.

-¡Sobre mi cadáver!

-Sobre tu cuerpo, sí, pero vivo, en cualquier momento -sonrió y después se volvió hacia los dos hombres-. Vayan por su automóvil, nos pueden seguir a casa. ¡Pero no observen por el espejo retrovisor!

-Si, señor. Gracias, señor. Será un placer, señor -fue la respuesta de uno de los empleados.

Peter miró a Lyn y le preguntó:

-¿Qué sabe él de placer?

-Lo ignoro, pero estoy segura de que tú eres el maestro del asunto -declaró Lyn.

Y fue una locura la que los envolvió. El mundo podía mirarlos y preguntarse cualquier cosa; los ángeles podían mirar y soñar, pero la magia que compartían era única e inmortal.